

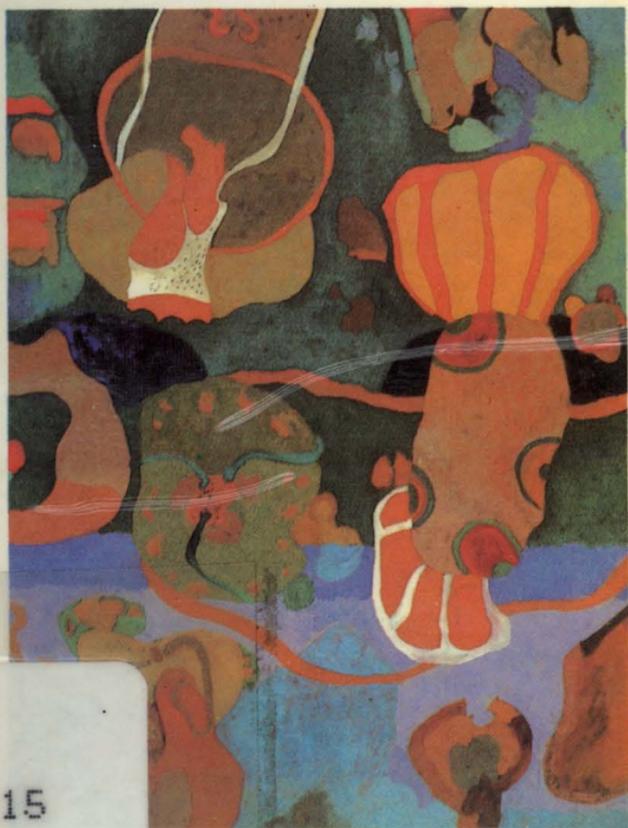
Francisco Zapata



IDEOLOGÍA

Y POLÍTICA EN

AMÉRICA LATINA



308
J88
no. 115

jornadas

115

EL COLEGIO DE MÉXICO

316942

308/J88/no.115

Zapata, Francisco
Ideología y...

TITULO

FECHA

316942

308/J88/no.115

Zapata, Francisco
Ideología y...



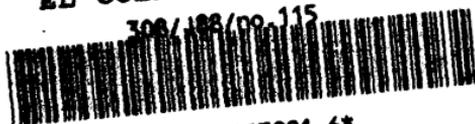
Francisco Zapata

IDEOLOGÍA Y POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA

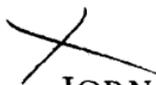
13695

EL COLEGIO DE MEXICO

308/188/09.115



3 905 0013881 6



JORNADAS 115
EL COLEGIO DE MÉXICO

El camino y la residencia, dos momentos, dos acepciones de jornada definen el carácter de esta colección que El Colegio de México ha venido ofreciendo desde sus primeros días al lector interesado en las humanidades y las ciencias sociales. Cada una de estas jornadas es así un libro sencillo —ni la monografía especializada ni el tratado monumental— que satisface la curiosidad por el tema que aborda y, al mismo tiempo, proporciona los medios necesarios para detenerse en él y aun para emprender un nuevo trayecto.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS

JORNADAS 115

Fecha de vencimiento

02 SET 1991

EL COLEGIO DE MÉXICO

316942

308
J88
no 115

Ilustración de la portada:

Sueño infantil (1965), óleo de Luis López Loza.

Tomado de *The Latin American Spirit:*

Art and Artists in the United States, 1920-1970,

The Bronx Museum of the Arts/Harry N. Abrams, Inc.,
Publishers, Nueva York

Portada de Mónica Diez Martínez

*Open access edition funded by the National
Endowment for the Humanities/Andrew W.
Mellon Foundation Humanities Open Book
Program.*



*The text of this book is licensed under a Creative
Commons Attribution-NonCommercial-
NoDerivatives 4.0 International License:
<https://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/4.0/>*

Primera edición, 1990

© D.R. El Colegio de México

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, D.F.

ISBN 968-12-0439-5

Impreso en México / *Printed in Mexico*

INDICE

Presentación	7
Introducción	11
<i>Primera Parte</i>	25
IDEÓLOGOS-DE LA IZQUIERDA NACIENTE	27
I. Nacionalismo y antimperialismo en las obras de Martí e Ingenieros	31
José Martí (1853-1895)	32
José Ingenieros (1877-1925)	41
II. Partido, sindicato y Estado en Luis Emilio Recabarren y Julio Antonio Mella	59
Luis Emilio Recabarren (1876-1924)	63
Julio Antonio Mella (1903-1929)	73
Conclusión	81
III. Clase y nación en Mariátegui y Haya de la Torre	87
José Carlos Mariátegui (1894-1930)	88
Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979)	98
Conclusión	105
IV. El nacionalismo revolucionario en la Revo- lución Mexicana	113
Tres temas	114
Tres ideólogos	117
El indigenismo	123
Conclusión	129
Apéndice	131
<i>Segunda Parte</i>	135
EL DESARROLLISMO Y LA MODERNIZACIÓN	137
V. El desarrollismo	141

La Comisión Económica para América Latina (CEPAL)	144
VI. Un liberal republicano en América Latina	157
Conclusión	167
VII. Gino Germani y la modernización	171
Gino Germani (1911-1979)	173
El debate acerca de los orígenes del peronismo (1969-1973)	182
El aporte empírico de la teoría de la modernización	191
VIII. América Latina: ¿feudal o capitalista?	201
La cuestión agraria	203
La polémica Frank-Laclau	207
<i>Tercera Parte</i>	215
DEPENDENCIA Y COLONIALISMO INTERNO	217
IX. Los enfoques de la dependencia	221
Los antecedentes del enfoque de la dependencia	223
La concepción Cardoso-Faletto	232
La concepción de Ruy Mauro Marini	247
El debate entre González Casanova y Stavenhagen a propósito del colonialismo interno (1963-1969). Un corolario del debate dependentista	256
Conclusión	260
X. Análisis crítico del enfoque de la dependencia	269
Conclusión	279
Glosario	293

PRESENTACIÓN

Este libro tiene que ver con las interpretaciones que se han hecho acerca del proceso de desarrollo de América Latina; su análisis no se desliga de los procesos socio-políticos en los cuales surgieron ni tampoco de las biografías de aquellos que las formularon. Al hacer el análisis no se pretende ser ni exhaustivo ni ideológicamente neutro. Se trata de presentar lo que me pareció más relevante desde el punto de vista de la trayectoria política que han seguido algunos de nuestros países. Con ello creo poder satisfacer una inquietud personal, que espero sea compartida por otros, sobre la importancia de conocer el aporte propiamente latinoamericano al estudio de nuestros problemas, aporte que, como veremos, nunca ha estado separado del intento de llevar a la práctica las soluciones propuestas. Desde que Martí emprendió su lucha para liberar a Cuba del sojuzgamiento de España, que se prolongó considerablemente más que en otros países latinoamericanos, hasta que el presidente Allende, médico de profesión, dio su vida defendiendo a la democracia en Chile, sin olvidar lo que pensaron e hicieron Mariátegui, Haya de la Torre y otros por tratar de comprender y transformar la realidad que vivían, el pensamiento y la

acción constituyen una unidad indisoluble.

Considero indispensable conocer mejor los aportes mencionados y buscar interpretarlos en los contextos que les dieron viabilidad, sin pretender estructurar una visión “objetiva” ni totalizadora. En efecto, lo que está aquí escrito es el producto de una reflexión personal sobre la obra de los autores presentados que está, quizás, más vinculada a mi propia necesidad de entender lo que ha ocurrido en este siglo que a una preocupación analítica pura. Ojalá que esta versión escrita del camino recorrido sirva para motivar a otros a elaborar su propia visión de nuestros problemas.

El libro, como el contenido del curso de sociología del cambio social impartido entre 1979 y 1988 en el Programa de Doctorado en Ciencia Social del Centro de Estudios Sociológicos, consta de tres partes. La primera cubre el periodo del crecimiento hacia afuera (en los términos de la Comisión Económica para América Latina) durante el cual florecieron planteamientos relativos al surgimiento de la “izquierda”, encarnada en forma cabal por los ideólogos del marxismo latinoamericano. En segundo lugar y en estrecha relación con lo ocurrido durante la fase de la industrialización sustitutiva y la intensificación de la urbanización, resultado de los intensos procesos migratorios, presentamos la contribución de la CEPAL y de los pensadores del desarrollismo y de la modernización, que contribuyeron tan decisivamente a la elaboración de un pensamiento científico en América Latina, superando así la fase anterior, más ideológica. Por último, en la tercera parte, presentamos el enfoque de la dependencia y la perspec-

tiva del colonialismo interno que constituyen el acervo analítico más estructurado de la secuencia presentada en este libro. El análisis se cierra así a fines de los años setenta y deja deliberadamente fuera todo lo que ha sido elaborado para rendir cuenta de la fase más reciente del desarrollo latinoamericano, estrechamente ligada a la dominación militar y a la puesta en práctica de políticas neoliberales.

Así, cada parte se ajusta, aproximadamente, a una etapa del proceso histórico atravesado por los países latinoamericanos durante el siglo XX y pretende presentar algunos de los argumentos que ideólogos y políticos, así como sociólogos y economistas utilizaron para caracterizar dichas fases. Los argumentos y los razonamientos planteados en sus textos sirvieron para dar forma, primero, a un discurso ideológico y, después, a una práctica política, sin que haya sido posible, hasta ahora, lograr disociarlos. Aparecieron así diferentes filiaciones ideológicas, cuyo análisis presentamos al inicio del libro, que sirvieron de base para estructurar proyectos políticos concretos y a partir de ellos generar movilizaciones sociales para llevarlos a cabo.

Ni duda puede haber, en consecuencia, de que mis reconocimientos deben dirigirse a muchos compañeros que son parte de una generación que pretendió conciliar su interés por la sociología, allá en los años sesenta, con el ejercicio de una práctica política, que en mi caso fue el trabajo que desempeñé en la mina de Chuquicamata (Chile) entre 1971 y 1973. Quisiera reconocer aquí a dos personas que tuvieron en ese entonces y tienen ahora un papel central: primero que nada, a

María Luisa Tarrés, con quien he compartido mi vida desde esos años y con quien he podido confrontar proyectos e ideas y procrear a dos hijas; en segundo lugar, a David Silberman, asesinado por la dictadura pinochetista, quien fuera para mí fuente de inspiración y modelo de compromiso en un momento en que había que elegir.

También, por innumerables razones, sucesivas generaciones de estudiantes de El Colegio de México, de la Escuela Nacional de Antropología y de El Colegio de la Frontera Norte, merecen recibir mi reconocimiento por haber formado parte del laboratorio en el que discutimos y validamos las ideas aquí presentadas. A todos ellos mi gratitud.

FRANCISCO ZAPATA
El Colegio de México

INTRODUCCIÓN

LAS FILIACIONES IDEOLÓGICAS DEL DISCURSO POLÍTICO LATINOAMERICANO

Nociones como nación, nacionalismo, antimperialismo, desarrollismo, colonialismo interno, nacionalismo revolucionario y socialismo ocupan un lugar destacado en el discurso político latinoamericano. En distintos países y por diversas razones, dichas nociones se convierten en elemento esencial de la retórica con la que distintos regímenes buscan legitimarse, recurriendo a la carga ideológica que ellas tienen en el subconsciente popular. Además, como esas nociones van asociadas a personalidades del mundo político o intelectual que figuraron o figuran en forma preeminente en los procesos de constitución de los regímenes que recurren a ellas para legitimarse, es difícil separarlas de aquellos políticos o ideólogos que les dieron su contenido básico. Es decir, esas nociones, además de servir como representaciones del mundo sociopolítico, son también

instrumentos de movilización social. Ese potencial movilizador del nacionalismo, el antimperialismo o el desarrollismo, hace necesario aclarar su sentido e indagar acerca de sus connotaciones.

Podemos pensar que las nociones en cuestión constituyen las filiaciones básicas del discurso político, un lenguaje cuyas coordenadas podemos explicar, y que los parentescos entre esas filiaciones ayudan a comprender mejor cómo son utilizadas en el proceso de movilización social. En una aproximación inicial podemos distinguir al menos cuatro filiaciones centrales: el nacionalismo, el antimperialismo, el nacionalismo revolucionario y el socialismo. Cada una de ellas sigue un proceso de formación relativamente independiente de las demás, con excepción quizás del nacionalismo revolucionario que corresponde, en términos estrictos, a una combinación de nacionalismo y antimperialismo. Tratemos de caracterizar cada una de estas filiaciones.

El nacionalismo

El origen de la filiación nacionalista está ligado al periodo de formación de los estados nacionales durante las guerras de independencia ocurridas a principios del siglo XIX. En mayor o menor medida, dichas guerras contribuyeron a la gestación de la nación a pesar de sus muy diversos contenidos según los países. Así, no es lo mismo el significado del proceso de constitución de la nación en Chile, México o Perú, a pesar de que en

cada uno de ellos fue el eje central que permitió articular a los diferentes grupos sociales. A la vez, es importante subrayar que dicho proceso tuvo un carácter excluyente. En efecto, se trató más de un conflicto que opuso a los criollos y a los peninsulares que de la incorporación de los vastos conglomerados sociales indígenas o populares a un proyecto nacional.

Asimismo, la idea nacionalista evoluciona a lo largo del siglo XIX. Por ejemplo, cuando Martí trata de establecer las bases ideológicas de un acuerdo que permitiera consolidar una alianza política capaz de independizar a Cuba de España, va más allá de la noción que tenían los líderes de los procesos de independencia de los países que la lograron a principios del siglo (Villoro, 1979). Martí complementa esa noción con la idea antimperialista, todavía incipiente pero ya operante en el caso cubano, en el que se experimentó desde muy temprano la penetración del capital extranjero en el sector azucarero. El nexo de la nación con el antimperialismo en Martí no es todavía el concepto que Haya de la Torre desarrollará más tarde y que se convertirá, por diversas mediaciones, en el nacionalismo revolucionario. Sin embargo, posee ya la preocupación por aglutinar a diversos grupos sociales en una alianza política que permitiría la definición de un proyecto nacional.

Lo que Martí pensó para Cuba estaba siendo planteado también en otros países del continente por los fundadores de los partidos radicales en Argentina o Chile, en cuyos proyectos se buscaba también reivindicar a la nación y oponerse a aquellos que preferían vi-

vir de la renta agraria y del fraude electoral, sin proponer nada a las grandes mayorías. Además, los partidos radicales atacaron a la Iglesia, promovieron la educación laica, la ampliación de derechos al sufragio, la elección popular y, en general, buscaron la secularización de sus sociedades. En este sentido el nacionalismo de las clases medias, representadas en dichos partidos, se convirtió en un proyecto político cuyo objetivo central era la ampliación de los derechos civiles y el mejoramiento de las condiciones de vida de las mayorías. Por ello es que el nacionalismo, en esta versión, se identifica con un proceso de incorporación de los grupos sociales a la puesta en práctica de un proyecto común, a pesar de que, en realidad, en estos grupos existió siempre una jerarquía interna en la que las incipientes clases medias tenían “la sartén por el mango”. Durante un largo periodo, que puede ir desde el tercer cuarto del siglo XIX hasta principios de los años veinte, esta idea se abrió camino y triunfó cuando Cuba reconquistó su independencia e Irigoyen y Alessandri llegaron a la presidencia de la República en Argentina y Chile, respectivamente.

El nacionalismo no es sólo la afirmación de la nación en función de la identidad cultural sino también un proyecto de constitución de una unidad que parte de la formulación de objetivos comunes a una estructura social heterogénea. Trata de desarrollar un proyecto que incorpore a diversos grupos sociales en forma jerarquizada. La idea del *pacto social*, de moda hoy en día en muchos países, puede originarse en la filiación nacionalista, impidiendo que las diferencias ideológicas

corrompan la puesta en práctica del proyecto nacional que debe ser aceptado por todos. Negar la posibilidad de existencia de intereses contradictorios permite la afirmación de dicho proyecto nacional.

El antimperialismo

No obstante la importancia de la filiación nacionalista en los años iniciales del siglo XX, es necesario reconocer que la penetración del capital extranjero en la economía latinoamericana impidió su consolidación. En efecto, mientras liberales y radicales administraban países como Argentina y Chile y abrían la participación política a casi todos los grupos sociales (con excepción del campesinado) y mientras en otros países, como México, se daban procesos revolucionarios, el capital extranjero daba forma gradualmente al imperialismo. Dicho fenómeno, ligado a la expansión capitalista en la periferia y orientado hacia el aumento de las tasas de acumulación en los países centrales, generó la segunda filiación ideológica, la del antimperialismo. Ésta se vincula estrechamente al surgimiento de movimientos de defensa del patrimonio económico nacional, amenazado por la explotación de que era objeto por parte del capital extranjero y en contra de los intentos de éste para influir en la política de los países donde intervenía.

El antimperialismo tuvo gran alcance, sobre todo en aquellos países donde la riqueza minera o agrícola tenía una relación íntima con el desarrollo industrial o

la reproducción de la fuerza de trabajo en Estados Unidos y Europa. Además, al oponerse al capital extranjero, el antimperialismo reivindica el desarrollo de las culturas latinoamericanas y la necesidad de constituir una nación con base en la herencia prehispánica. Muchos nacionalistas de fines de siglo, especialmente Martí, agregaron el componente antimperialista a su proyecto político. Dicha noción trata de conciliar un desarrollo capitalista nacional con la afirmación cultural y el fortalecimiento del Estado. La mejor síntesis del antimperialismo será hecha por Víctor Raúl Haya de la Torre al desarrollar la plataforma política de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), allá por 1924 (Nieto, 1984). A partir de esta contribución se hará posible la alianza entre nacionalistas y antimperialistas, que posteriormente constituirá el nacionalismo revolucionario, al cual nos referiremos en breve. En todo caso, posibilitó la constitución de un movimiento social que aseguraba la participación de las grandes mayorías en la puesta en práctica de un proyecto nacional. La raíz de los movimientos populares, a menudo convertidos en populistas, se encuentra en esta filiación. Combinación de nacionalismo, antimperialismo y populismo, será el proyecto que animará la política latinoamericana de los años treinta.

El nacionalismo revolucionario

El nacionalismo revolucionario se identifica estrechamente con la Revolución Mexicana y está ligado al

texto de la Constitución de 1917. Recuperación de las riquezas del subsuelo para la nación, educación para todos, inversión pública, son elementos centrales de esta filiación.

Así pues, si bien estos elementos pueden confundirse con los planteados por los socialistas en la misma época, cabe subrayar que el componente nacional lo diferencia claramente de aquél. En efecto, a pesar de que el nacionalismo revolucionario es antimperialista, antioligárquico y persigue metas que lo oponen claramente al imperialismo, no por ello abandona la idea del proyecto nacional plasmado en la unidad de los grupos sociales. Por ello es que en el nacionalismo revolucionario no se puede encontrar el enfrentamiento de clases como motor del desarrollo social. El Estado lleva a cabo un esfuerzo de conciliación que guarda relación a la vez con las estrategias de acumulación de los sectores privados y con la necesidad de dar respuesta a las reivindicaciones de los grupos populares. Así, el Estado se convierte en eje central del desarrollo capitalista, acto que realiza movilizando a los grupos populares y dando facilidades a los grupos capitalistas para acumular. Se trata todavía, como en la filiación nacionalista, de un proyecto que supone una alianza de clases como su elemento motor. En este sentido, Haya de la Torre es tan ideólogo de la Revolución Mexicana como Lombardo Toledano (Krauze, 1976).

Vale la pena agregar que la integración cultural dentro del nacionalismo revolucionario desempeña un papel muy importante. Su difusión en países como México, Perú o Bolivia no es casual. Organizaciones

políticas como el Partido Revolucionario Institucional (PRI), la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) o el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), reivindicaron siempre la importancia de definir la unidad nacional sin exclusiones de ninguna especie. Por ello las comunidades indígenas forman parte del proyecto nacional planteado por esos partidos y movimientos y se incorporan a la alianza política planteada por ambos. Así, indios, mestizos y criollos forman lo que Vasconcelos llamó la *raza cósmica*, base del proyecto nacional. Además, el Estado o el proyecto de Estado (para el caso peruano o boliviano) definido, tenía entre sus metas la incorporación definitiva de esos grupos a una sola nación.

Lo planteado constituye la idea central del nacionalismo revolucionario: la estructura social no se diferencia en clases sociales con intereses contradictorios y debe perseguir el proyecto unitario del desarrollo nacional. De una manera o de otra, el nacionalismo revolucionario con sus componentes antimperialista, desarrollista e integrador, concibe una sociedad relativamente unida y capaz de realizar un proyecto nacional donde los intereses de las clases no se oponen.

Sin embargo ¿es posible afirmar que existe un consenso alrededor de esta formulación política para llevar a cabo el proceso de cambio social en el continente? ¿Puede afirmarse que el nacionalismo revolucionario ha reflejado las aspiraciones de todos los grupos sociales y cumplido con los objetivos de todos ellos y que sea hoy una alternativa abierta? Es evidente que no. Pues, en paralelo con la trayectoria de la filiación nacionalista-

revolucionaria, se desarrollaba la cuarta filiación que hemos distinguido aquí, la del socialismo.

El socialismo

Estrechamente ligada al proceso de organización sindical que tuvo lugar entre los trabajadores urbanos y los mineros, la idea socialista fue también producto de la difusión del marxismo en América Latina por inmigrantes llegados de Italia y España. La novedad del aporte en el panorama mencionado estriba en la explicación de la dinámica social en términos del conflicto entre las clases. En efecto, el énfasis que da esta idea a la vinculación entre el desarrollo capitalista y la formación de la clase obrera y la relación que dicha idea establece entre ambos conceptos con la penetración imperialista constituye el signo distintivo de la filiación socialista. Esos tres elementos rompen con el planteamiento de las tres filiaciones anteriores, según las cuales la unidad nacional es el principio actuante de la política. Se trata ahora de caracterizar a la sociedad de acuerdo a su división en clases sociales y de postular el papel central de los grupos subordinados de esa estructura en el devenir de la sociedad. Además, ya en el inicio de la idea socialista aparece la necesidad de adecuar el planteamiento marxista ortodoxo a la realidad latinoamericana y de incluir entre los subordinados a la población indígena. El proletariado recibe un aporte sustantivo de ese sector de la población latinoamericana no incluido en la teoría clásica.

Otro ingrediente importante de esta filiación estriba en la articulación entre dos modos de producción en el continente, el precapitalista y el capitalista. Dicha articulación da lugar a un sistema económico, social y político en el que un modo de producción feudal, colonial o precapitalista está estructuralmente vinculado en el modo de producción capitalista dependiente, donde el imperialismo desempeña un papel fundamental. En esta concepción, es necesario utilizar una noción de clase social en la que la especificidad latinoamericana cumple también un papel importante. En efecto, las clases deben redefinirse en su composición y su papel reformularse en la explicación de la dinámica social. De esta forma, la estructura socioeconómica latinoamericana posee dos elementos que obligan a reformular la concepción clásica europea del marxismo: por un lado, la penetración imperialista identifica un capitalismo dependiente; por otro, la presencia de los indígenas hace necesario redefinir al actor social popular. No es posible hablar de capitalismo ni de proletariado a secas. Ambas nociones deben elaborarse de nuevo en el contexto donde se sitúan. Estos requisitos explican por qué la idea socialista elaborada en América Latina encontró obstáculos entre los defensores de la ortodoxia marxista-leninista. Pero a la vez explica por qué también encontró obstáculos entre los nacionalistas revolucionarios que vieron el peligro que representaba para el logro de sus propios objetivos. Por ello, quizás, la noción de colonialismo interno (véase el capítulo IX) fue creada para reflejar la originalidad de la situación latinoamericana. Concepto específico que está más ar-

ticulado con la realidad socioeconómica de países como México, Perú o Bolivia, donde la presencia de los grupos étnicos es más relevante, y que refleja bien la dialéctica existente en ellos entre las relaciones inter-étnicas y las de clase que, en su momento, ponen en jaque la realidad misma del colonialismo interno.

Sin embargo, desde los años veinte hasta fines de los sesenta la filiación socialista consiguió difundir sus planteamientos y penetrar fuertemente en los sistemas políticos de varios países del continente. Tanto en el área sindical como en las organizaciones populares de las poblaciones marginales dicha idea logró conseguir adeptos que generaran procesos de movilización social cuyo impacto forzó la intervención militar. Hoy, a pesar de los intentos por aniquilar la idea socialista, no ha surgido todavía, como fue el caso del nacionalismo, el antimperialismo o el nacionalismo revolucionario, una alternativa clara capaz de reemplazarla.

No obstante la difusión ideológica y la penetración política del socialismo, es claro que tiene un límite cuya explicación reside en la inexistencia en América Latina de los actores de clase del capitalismo clásico. Por ello debió asumir la búsqueda de una conceptualización que tuviera en cuenta la originalidad de la situación del continente y la puesta en práctica de estrategias políticas que tuvieran en cuenta dicha especificidad. Eso aclara el sentido que pueden tener las líneas políticas de los partidos comunistas, asociadas a la presentación de garantías a sistemas políticos que difícilmente pueden considerarse favorables a sus intereses. En Chile, por ejemplo, durante largos años, el

partido comunista aseguró la viabilidad del régimen surgido de la crisis del sistema de dominación oligárquico aceptando promover sus objetivos mediante elecciones, limitando las demandas de los sindicatos adscritos a él, y atacando frontalmente aquellas tendencias que, sobre todo las que se daban en la extrema izquierda, podían poner en peligro su estabilidad. No por ello abandonó el *ethos* que le era central: la defensa de una interpretación del desarrollo social donde el papel de la lucha de clases era el elemento definitorio.

Ello es más claro hoy cuando en varios países de la región se busca restablecer las bases de un sistema democrático de gobierno. En efecto, se observa que la filiación socialista reivindica para sí la democratización, pero no por ello ofrece a cambio su forma de interpretar el devenir histórico. Lejos estamos entonces de un acercamiento de esta filiación a las anteriores. Unidad nacional, integración cultural y desarrollismo encarnan un camino que se opone a las tensiones generadas por la lucha de clases, parte esencial de un proceso de transformación donde los grupos subalternos de la sociedad cumplen el papel central.

La utilización de estas filiaciones por parte del discurso político latinoamericano identifica la especificidad que puede tener en el contexto internacional y su impacto en el devenir histórico del continente. Es mediante ellas como se ha dado gran parte de la movilización social ocurrida en América Latina. Representan las alternativas ideológicas abiertas a la definición de proyectos políticos concretos en cuya realización el papel de los grupos populares es fundamental.

No obstante el uso frecuente de los elementos constitutivos de las filiaciones mencionadas y del potencial movilizador que poseen, se hace indispensable indagar acerca de sus connotaciones y precisar sus orígenes en la obra de aquellos que les dieron vigencia intelectual.

El propósito de este trabajo consiste, entonces, en hacer esa indagación y un esfuerzo de definición de los elementos constitutivos de las filiaciones ideológicas del discurso político latinoamericano. Consideramos que dicho ejercicio es necesario ahora más que nunca para no incurrir en errores conceptuales derivados del uso de dichas categorías por la retórica política. Quizás podríamos incluso pretender mejorar la retórica mencionada tratando de darle referentes más explícitos. Se trata de buscar las raíces de las filiaciones en la obra de ideólogos, intelectuales y políticos, y ver cómo se han convertido en lo que son hoy: conceptos interpretativos y herramientas de movilización social. Así, este propósito puede ser a un tiempo pedagógico y práctico al buscar precisar los contenidos de las nociones que forman las filiaciones, y al tratar de ver cómo se insertaron en los procesos sociopolíticos que han tenido lugar en América Latina.

Referencias

- Hale, Charles, "Political and Social Ideas in Latin America: 1870-1930", en Leslie Bethell (comp.), *The Cambridge History of Latin America*, Cambridge University Press, vol. IV, 1986.
- Kahal, Joseph, *Tres sociólogos latinoamericanos*, México, ENEP-Acatlán, 1987.
- Kalmanovitz, Salomón, "Cuestión de método en la sociología del desarrollo", en *Comercio Exterior*, vol. 32, núm. 5, marzo de 1982.
- Krauze, Enrique, *Caudillos culturales de la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976.
- Nieto, Jorge, "El proceso de constitución de la doctrina aprista en el pensamiento de Haya de la Torre", Tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede México, 1984.
- Solari, Aldo *et al.*, *Teoría, acción social y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1976.
- Villegas, Abelardo, *Reforma y revolución en el pensamiento latinoamericano*, México, Siglo XXI Editores, 1982.

PRIMERA PARTE

IDEÓLOGOS DE LA IZQUIERDA NACIENTE

Al finalizar el siglo XIX y al comienzo del siglo XX, América Latina experimentó importantes cambios económicos, derivados esencialmente de la intensificación de sus lazos con el resto del mundo. La penetración "imperialista", sobre todo en aquellos países productores de bienes agrícolas o mineros necesarios para la expansión del sistema capitalista en Inglaterra, Francia o Estados Unidos, se centró en la apertura de nuevas instalaciones financiadas por grandes empresas como Cerro de Pasco Corporation, Anaconda Copper Company, Grace, Gildemeister, United Fruit, etc. Los cambios económicos causados por dicha penetración tuvieron un impacto social, ya que pusieron en marcha fenómenos nuevos como la migración del campo hacia las minas y las faenas de construcción de ferrocarriles. Otro impacto importante fue el crecimiento de las ciudades, sobre todo de aquellas que eran también puertos de exportación de los productos que iban a abastecer a las potencias industriales de la época. Los casos de Buenos Aires, Santos, Callao y Antofagasta son sobresalientes. Y si hubo cambios econó-

micos y sociales, también los hubo políticos, que ocurrieron sobre todo entre 1915 y 1925, periodo en que las clases medias accedieron al poder en Argentina (1916), Perú (1918), Chile (1920) y durante el cual se consolidó la Revolución Mexicana, iniciada en 1910.

Los correlatos mencionados constituyen el contexto dentro del que surgieron interpretaciones, textos analíticos, creaciones literarias y panfletos ideológicos que trataron de dar sentido a los cambios que estaban ocurriendo en los países de origen de sus autores. Así, hombres como Martí o Ingenieros, vivieron en los años del periodo mencionado y les correspondió observar la penetración del capital extranjero, y en Argentina estuvieron al frente de los primeros planteamientos acerca de la nación y del imperialismo en el continente. Su reflexión fue prolongada y sistematizada por aquellos que se vincularon a los procesos de formación de los partidos comunistas en la región, como Recabarren, Mella y Mariátegui; los tres encarnan las variantes que adoptaron esos procesos en Chile, Cuba y Perú, especialmente como resultado de los vínculos que dichas organizaciones políticas establecieron con la III Internacional (Comintern). También encarnan la formación de un polo ideológico frente al cual reaccionaron hombres como Haya de la Torre, que quisieron matizar el proyecto comunista con posiciones conciliadoras y reformistas, abiertas a grupos sociales como las clases medias, surgidas a la sombra del proceso de urbanización y de diferenciación social ocurrido con la entrada del capital extranjero. Aparecieron así los grandes debates de los años veinte y treinta, raíz de

gran parte de las interpretaciones desarrolladas en las décadas siguientes.

En esta primera parte se reseñan estos diversos enfoques, empezando por los temas del nacionalismo y del antimperialismo en Martí e Ingenieros. Prolongamos la reflexión con la discusión de los trabajos de Recabarren y Mella. Mariátegui y Haya de la Torre merecen un espacio aparte pues ellos definieron, a partir de lo que pensaron sus antecesores inmediatos, las grandes opciones que eligieron las organizaciones políticas revolucionarias en el periodo posterior a la crisis de 1929. Aunque autónoma en su lógica, la Revolución Mexicana es parte de este proceso; a ella dedicamos un capítulo aparte pues, tanto en su devenir histórico como en la expresión ideológica de sus objetivos, se sitúa en un lugar especial. A partir de estos cuatro grandes apartados se hará la presentación de los ideólogos de la izquierda naciente.

I. NACIONALISMO Y ANTIMPERIALISMO EN LAS OBRAS DE MARTÍ E INGENIEROS

Agotamiento de una forma de ver el mundo y laborioso nacimiento de un mundo nuevo: puede ser ésta una manera de caracterizar la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX. En esta transición, nociones como las de nacionalismo y de antimperialismo hacen su aparición, con connotaciones que tratan de rendir cuenta de lo que históricamente está ocurriendo. Las reflexiones de Martí e Ingenieros, cada uno en su país y en contextos políticos muy diferentes, muestran la preocupación de ambos por la elaboración de una idea sobre la cuestión nacional y por la búsqueda de una caracterización de lo que estaba ocurriendo en América Latina como resultado de la penetración del capital extranjero en las economías de sus países; esta preocupación los llevó a preguntarse acerca del significado de los cambios que se daban en la región como consecuencia específica del fenómeno capitalista en general. También estuvieron interesados en el diseño de alternativas al *statu quo*. Ingenieros, mediante el concepto de *minorías activas*, trató de presentar una visión de la forma en que él creía que debía iniciarse el proceso de transformación social. Su rechazo a la mediocridad, al

fraude y a la dominación de la oligarquía lo motivaron a emprender una búsqueda solitaria de algo que correspondiera a su ideal de sociedad. Por su parte Martí, como ideólogo de la cuestión nacional, no descansó hasta lograr la estructuración de una alianza que permitiera la consolidación de una identidad nacional en Cuba, hecho transitorio por su precariedad, dada la dominación a la que dicho país sucumbió después de haber logrado la independencia respecto de España. No obstante, Martí fue el primer ideólogo de lo que mucho más tarde, bien entrado el siglo XX, devino en el proceso de liberación nacional, identificado con las guerras de independencia de países como Argelia, Vietnam o las colonias portuguesas en África, Angola y Mozambique. Por ello es que se ha acercado Martí a Franz Fanon (Hansen, 1977; Geisman, 1971), quien buscó también formulaciones que le dieran coherencia al proyecto que dichas naciones estaban tratando de formular. Ésta es una primera imagen de la filiación nacionalista en el continente latinoamericano, con repercusiones extracontinentales. Es a través de la descripción de la coyuntura histórica en que Martí e Ingenieros vivieron, de la presentación de sus antecedentes biográficos y de una discusión de sus principales puntos de vista como se dará cuerpo a este propósito.

José Martí (1853-1895)

Martí es un hombre actual. Si bien han transcurrido ya casi cien años de su muerte, podemos decir que su

participación en la coyuntura política que vivía Cuba en la segunda mitad del siglo XIX, enfocada en un propósito único, el de la independencia respecto de España, lo convierte en contemporáneo de aquellos que, en las últimas dos o tres décadas, han dado su vida por el logro de un proyecto nacional que permita una mayor autonomía política a América Latina.

No obstante, su actualidad no se limita al carácter de su postura política. Se plasma también en la forma en que Martí definió su inserción en esa coyuntura. Aquí, hay que subrayar la importancia de su trabajo intelectual, la constancia de su actividad periodística en diarios de varios países del continente y, por qué no, la liga que establece con la literatura, con la poesía, que no deja nunca de practicar pues hasta sus últimos días escribe versos, mientras prepara la guerra contra España. Asimismo, la actualidad del contenido de sus crónicas sobre la evolución económica, política y social de Estados Unidos, parte de las cuales están contenidas en las cartas enviadas al periódico *El Partido Liberal*, que se publica en México, es indiscutible.

Los análisis de la evolución económica estadounidense durante la década 1880-1890 no han perdido vigencia; los grandes cambios —la creciente urbanización, el expansionismo y la penetración militar, el desarrollo del capitalismo monopólico y la aparición de su contraparte, el imperialismo— acontecidos en la sociedad y en la economía de este país son reseñados con gran agudeza por Martí. Sus crónicas pueden servir de punto de referencia para la caracterización de Estados Unidos a fines del siglo XIX, como los textos que De

Tocqueville escribió acerca del siglo XVIII. La comparación no es arbitraria, pues ambos autores —ideólogos, podríamos decir— trataron de reflexionar sobre dicha realidad pensando su posible impacto en el resto del mundo y en particular en sus sociedades de origen. Pusieron énfasis en aspectos distintos: De Tocqueville estaba más interesado en resaltar las características del sistema político mientras que Martí se interesó más en discutir las relaciones entre la evolución económica y el expansionismo resultante. El resultado fue, en todo caso, que el pensamiento de ambos es hoy fuente importante de conocimiento sobre la evolución de Estados Unidos a fines del siglo XVIII y del siglo XIX.

Sin embargo, Martí es antes que nada un cubano que vive el drama de un país que fue el último en romper el lazo colonial con España. Su infancia, como la de toda su generación, está marcada por la violencia de la Guerra de los Diez Años (1868-1878). Su despertar a la lucha anticolonial le costó la prisión, el exilio y una educación en las entrañas de la madre patria. A la vez, los procesos económicos que acentúan el carácter de economía de plantación de la isla, y que asocian estrechamente a Cuba con el capital norteamericano, le permiten constatar cómo se fue transitando de una dominación política a una dominación económica, rasgo central de la historia del país. Es quizás dicho tránsito y su permanencia a lo largo del siglo XX (por lo menos hasta 1959) lo que permite explicar la evolución política tan accidentada de la isla durante las primeras seis décadas de este siglo. Así aparecieron tensiones reflejadas en la Guerra de los Diez Años, y la relación entre

Cuba, España y los Estados Unidos —cuyos ciudadanos tenían estrechos vínculos con la economía azucarrera— fue siempre más difícil. Sin embargo, es importante aclarar que ni los empresarios ni los esclavos se plegaron a la lucha nacionalista que fue más bien dirigida desde las ciudades por criollos insatisfechos con la ineficiencia y la corrupción de la administración colonial. Además, el fracaso de la Guerra de los Diez Años se explica por la división existente entre dichos criollos respecto a tres cuestiones centrales en la estrategia de Martí: la esclavitud, la independencia total y la anexión a los Estados Unidos, reflejada en la reforma pactada en Zanjón, que dejó insatisfechos a muchos nacionalistas, entre los cuales sobresalen los generales, de origen negro, Maceo y Gómez, que se exiliaron al mismo tiempo que Martí (1871).

Es con el exilio, fruto de la conmutación de la pena de trabajos forzados a los que había sido condenado por increpar a las fuerzas armadas españolas en 1870, cuando inicia el largo periplo que llevará a Martí a convertirse en el líder intelectual y político de la Guerra de Emancipación iniciada en 1895. En efecto, es en España donde Martí realiza sus estudios de preparatoria y elabora sus primeros textos de lucha (*La República Española ante la Revolución Cubana*, de 1873, y *El presidio político en Cuba*, de 1874), mientras acaba de formarse como abogado. Rápidamente abandona España y viaja a México, Guatemala y Venezuela, así como a Estados Unidos donde pasa temporadas, sobreviviendo en el medio de los exiliados cubanos de dichos países. También, pero de “incógnito”, viaja a

Cuba en 1877 y en 1878. Una vez terminada la Guerra de los Diez Años, vuelve a Cuba, donde practica su profesión, se casa y ejerce su derecho a la crítica, por lo que es nuevamente desterrado. Se traslada a Nueva York en 1881 y ahí permanece por largos años trabajando en sus textos literarios y colaborando con varios periódicos entre los cuales sobresale *La Nación* de Buenos Aires. Los quince años (1881-1895) que Martí vive en Estados Unidos le permiten observar la transición del capitalismo de libre competencia al capitalismo monopólico ocurrido en ese país durante ese periodo. Dicha transición se refleja en un gran aumento de la población de Estados Unidos, que llega a 70 millones de personas, en la expansión de la industria (Estados Unidos supera a Inglaterra en la producción de acero en 1880) y en una política expansionista (anexión de Hawai y de Filipinas), que alcanza incluso a Cuba, ardientemente codiciada por ciertos grupos económicos de la costa del Golfo de México y de Florida, que ejercen presión sobre Washington para comprar la isla. Martí sigue esta evolución y no deja de vincularla a su propósito central: la organización de la lucha de emancipación.

No obstante la perseverancia de Martí, su visión del proceso de independencia es distinta a la de los generales Maceo y Gómez, con los que choca respecto de la estrategia a seguir que, en su opinión, debe ser esencialmente civilista, por lo que sus esfuerzos son infructuosos, al menos hasta 1887. De manera que es posible percibir en Martí una idea muy precisa en torno a la necesidad de que la independencia respecto de España

no sea sólo un rompimiento del lazo colonial sino que vaya acompañada de un cambio político en la estructura de dominación de la isla, en el que es necesario definir claramente la posición frente a la presencia económica norteamericana. No se trata sólo de obtener la independencia y dejarle a los grupos económicos dominantes su hegemonía intacta: se trata también de hacer frente al imperialismo norteamericano. Esta posición se refleja en la ponencia presentada por Martí en la Primera Conferencia Internacional Americana, celebrada en 1889, donde manifiesta su oposición al propósito de Estados Unidos de crear una moneda de libre curso en América Latina, incluyendo al dólar. La preparación de la lucha por la independencia no se limitaba en consecuencia a la organización de una expedición libertadora sino que planteaba objetivos políticos de gran alcance, a cuya elaboración estaba dedicado Martí.

El proceso de elaboración de los objetivos políticos de la lucha por la independencia culmina el 5 de enero de 1891, cuando se aprueban las bases del Partido Revolucionario Cubano (PRC), organización que concentra los esfuerzos de Martí por dar coherencia al proyecto liberador. Dichos esfuerzos, que incluyeron una perseverante actividad propagandística entre los exiliados cubanos de Florida (Tampa y Cayo Hueso), se plasman en la creación (paralela a la PRC) del periódico *Patria*, donde Martí condensa sus ideales y difunde la necesidad de constituir el ejército de liberación nacional. De manera que, una vez establecidos los fundamentos políticos y organizativos de la independencia, no queda sino emprender la lucha, iniciada en enero

de 1895. Para desgracia de Martí, y de la posteridad de Cuba, éste muere en combate el 19 de marzo de 1895, poco después de iniciada la guerra que culminará felizmente con el triunfo de los patriotas en 1898.

Poeta, escritor e ideólogo pero también organizador y propagandista, Martí resume en su persona un tipo de intelectual cuya presencia ha sido importante en las luchas sociales latinoamericanas. En efecto, Martí es quizás quien mejor combina la pasión creativa con la pulsión política y racionaliza la necesidad de no separarlas. Contemporáneo de Sarmiento y de Rubén Darío, sensible además a las luchas del proletariado norteamericano (véase su crónica de la masacre de Haymarket en Chicago en 1889) y consciente de las fechorías de las empresas norteamericanas en Cuba, Martí no es entonces un ideólogo o un dirigente político unidimensional que plasme sus ideas en textos terminados. Sus propósitos políticos son también creaciones literarias.

En este sentido, su texto célebre *Nuestra América*, publicado en *El Partido Liberal* de México el 30 de enero de 1891, representa bien la forma adoptada por el análisis de Martí. Se trata de dar sentido a la noción de identidad en América, de buscar “lo que quede de aldea en América”. Hay que juntar lo diverso, y no es necesario buscar principios de unidad en la tradición francesa o inglesa, hay que recurrir a la propia tradición, es decir hay que constituir un nacionalismo latinoamericano: “no hay batalla entre la civilización y la barbarie sino entre la falsa erudición y la naturaleza”. No se deben buscar modelos fuera de América por haberlos dentro del continente. Rechaza así “el pretexto

de que la civilización tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena'' (1883) y toma partido por la barbarie porque lo autóctono, lo genuino es lo que permite oponerse a la dominación colonialista e imperialista. Martí es el primer nacionalista revolucionario porque trata de combinar la dimensión nacional (independencia política) con la dimensión antimperialista (defensa de los recursos naturales) que serán, veinte años después, incluidos en el ideario de la Revolución Mexicana.

De aquí nace la concepción antimperialista que afirma de independencia se opone a la dominación española, en lo mediato intenta prevenir la expansión norteamericana: si dicha guerra es la última de independencia, constituye el primer movimiento específico en contra del naciente imperialismo norteamericano. Martí concluye la obra del siglo XIX y prepara la del siglo XX. De aquí nace la concepción antimperialista que afirma a la nación frente al expansionismo y no se limita a defender una formal independencia política sino también a propiciar un desarrollo económico auténticamente nacional. Martí también es un panamericanista bolivariano cuya mayor expresión fue concebir al continente como una unidad, cuya integración estaba por hacerse. Pero no cualquier unidad: se trataba de unir a los que compartían una tradición común evitando la presencia de los que sólo buscaban esa unidad para favorecer un proyecto expansionista. Ese es el sentido que debe darse a la oposición de Martí al proyecto propiciado por Estados Unidos de crear una moneda única en el continente.

Sin embargo, la proposición de *Nuestra América* incluye también aspectos políticos estrechamente ligados a la lectura que Martí hace de Rousseau; supone que el hombre natural es bueno y por ello es necesario recuperar y conocer los elementos verdaderos del país y derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. La educación debe enfocarse al conocimiento de lo propio y deben buscarse los elementos verdaderos de la historia, de la geografía y también de la política. El caso de José María Morelos en México es ejemplar (véase el *Manifiesto* de la independencia mexicana). Es necesario superar la dependencia cultural, pues la colonia sobrevive en la república. “El hombre real” debe surgir de la superación de esa dependencia. Hay que reivindicar lo propio: “El vino de plátano, si sabe agrio ¡es nuestro vino!” Y, también, con base en la experiencia de Cuba, es necesario afirmar la igualdad racial como elemento indispensable de la integración nacional. Su origen cubano lo lleva a cuestionar el racismo y, al hacerlo, explica una concepción de la sociedad como pluralista y heterogénea, basada en el consenso. La repercusión de la idea de igualdad racial en el proyecto político de la revolución cubana de 1959 se origina en este planteamiento realizado por Martí casi ocho décadas antes. Por último, con relación al proyecto nacional, las ideas de Martí conciben un mundo integrado donde deben coexistir diversas alternativas. Es un proyecto más cercano a Rousseau que a Marx (Fernández Retamar, 1973). Y, entonces, si hubiese sobrevivido a la guerra, es muy probable que Martí hubiese dado un sentido socialdemócrata a la acción

del PRC, donde el nacionalismo revolucionario habría promovido la legislación social, la colaboración entre la clase trabajadora y la clase media nacionalista, así como la oposición frontal a la clase terrateniente, racista y discriminatoria.

En suma, la independencia (o la descolonización, diríamos hoy), la igualdad racial y el antimperialismo se unen en una propuesta coherente, donde Martí plantea un proyecto de sociedad sin conflictos de clase y desde el que es posible pensar en conciliar los diversos intereses para actuar en favor de la constitución de la nación, que es una unidad política superior.

José Ingenieros (1877-1925)

Si bien Ingenieros desarrolla su trabajo lejos del Caribe de Martí y le toca vivir en un país cuyo nivel de desarrollo a fines del siglo XIX sobresalía notoriamente con relación al predominante en el resto de América Latina, su perspectiva no es ajena a la del prócer cubano. En efecto, los condicionantes externos de la trayectoria histórica de Argentina son similares a los que afectaban a Cuba, sobre todo en cuanto a la penetración del imperialismo en la economía, identificada con la presencia inglesa. Ingenieros es contemporáneo del ingreso de Argentina en los mercados internacionales. Le toca vivir una época en la que su país consigue crecer en forma notable, demográfica y económicamente hablando.

En efecto, Argentina es, entre 1880 y 1914, una so-

ciudad agraria en expansión. Las innovaciones tecnológicas, la consolidación de una red ferroviaria alrededor de Buenos Aires, puerto de embarque hacia los destinos europeos a donde exporta el trigo y la carne, el crecimiento de un sistema financiero y la llegada de grandes cantidades de migrantes provenientes de Italia y España articulan una sociedad dinámica. La población pasa de 2.5 millones de personas en 1880 a 9 millones en 1920; la superficie cultivable pasa de 2.1 millones de hectáreas a 22.3 millones en el mismo periodo, mientras que el comercio exterior se incrementa de 100 millones de pesos oro a 2 mil millones de pesos oro. Todo ello contribuyó a legitimar una estrategia de desarrollo basada en la demanda exterior en la que el mercado interno no ocupaba un lugar central. Argentina era, en esos años, el granero de Inglaterra, y la presión e importancia de este país en la dirección del proceso de desarrollo de aquél era determinante. Las inversiones extranjeras ocupaban un lugar central en la dinámica económica y estaban localizadas sobre todo en el sector exportador.

La dinámica anterior deriva en una diferenciación de la estructura social. La generación de nuevas actividades como producto de la expansión del sector exportador implicó también el desarrollo de nuevas funciones estatales, centradas en la educación, la salud y el crecimiento de la burocracia pública. El impacto de la presencia de una población migrante, originaria del exterior, que contribuyó a poblar las ciudades y sobre todo la capital, se hizo sentir también en la estructura de la población económicamente activa, que se modifi-

có sustancialmente en el periodo 1890-1920. Dicha población, superior a un cuarto de la población total del país, abasteció al mercado de trabajo situado en la transformación de los productos agrarios, en los frigoríficos, en el puerto de Buenos Aires, en los servicios comerciales. Algunos autores (Kaplan, 1976) distinguen cuatro sectores sociales centrales en la estructura de la población: los *terratenientes*, insertos en la producción de trigo y carne para el mercado externo; los *sectores comerciales*, desvinculados de la oligarquía, propietarios de bancos y casas de exportación-importación; las *nuevas capas medias* compuestas de artesanos, profesionales e intelectuales de la ciudad y de medianos estancieros y arrendatarios del campo; los *trabajadores urbanos*, peones y chacareros entre los cuales había muchos migrantes de primera generación; y finalmente *sectores de la pequeña burguesía provinciana*, adscritos a la vida de los pueblos. Esta estructura social se consolida a fines del siglo XIX y prepara las bases sociales de lo que será la acción política del partido radical en las elecciones de 1916.

En dichas elecciones, reflejo del impacto de la reforma electoral de 1912, los trabajadores de la ciudad y del campo, las nuevas capas medias y la pequeña burguesía provinciana, conquistan la presidencia de la República depositada en Hipólito Irigoyen, primer presidente no oligarca. Los radicales recogen el apoyo de estos nuevos sectores sociales que quieren renovar moralmente a la nación, rechazan la alianza, tan clara, entre el imperialismo y la oligarquía terrateniente y desean intervenir en política con sus propios ideales. A

partir de estos procesos surge el pensamiento de Ingenieros, ligado a la vez a la construcción de la nación y al rechazo al imperialismo, temas que también habían sido propios de Martí.

Ingenieros había nacido en Buenos Aires el 24 de abril de 1877, de padres italianos. Sus primeros años estuvieron marcados por la participación en actividades estudiantiles, entre las que sobresale la dirección del periódico *La Reforma*. Una vez en la universidad estudia, paralelamente, medicina y derecho, disciplinas que estarán en el centro de su preocupación por la criminología, la demencia y la psicología biológica. Pero también participa en política creando el Centro Socialista Universitario (1894) y el Partido Socialista Obrero Internacional, que más tarde se transformará en el Partido Socialista Obrero Argentino (PSOA), cuyo primer presidente fuera Juan B. Justo. Su lazo con el desarrollo de la vertiente socialista se precisa en el trabajo *¿Qué es el socialismo?* publicado en 1895. Su desacuerdo con Justo respecto de su concepción sobre la vida política, ante todo en lo que se refiere a la relación entre el ideal y las transacciones necesarias para la concreción de dicho ideal en la práctica, lo inducen a retirarse de la vida política, a renunciar al PSOA y a dedicarse exclusivamente a su trabajo en el Servicio de Observación de Alienados de la Policía, donde permanece gran parte de la década de los años diez. Dicho periodo concluye dramáticamente cuando Ingenieros renuncia a todos sus cargos por la negativa del presidente Sáenz Peña (ilustre representante de la oligarquía) a ratificar su nombramiento de catedrático de medicina legal en

la Universidad de Buenos Aires. Esta decisión será la que lleve a Ingenieros a redactar su libro *El hombre mediocre*, publicado en 1914 en el exilio europeo. El mismo año regresará a Argentina al producirse el relevo presidencial.

Cuando regresa a su país, Ingenieros continúa su trabajo intelectual, ahora más ligado al análisis de cuestiones filosóficas. Aparece entonces la temática nacional en su obra. Funda la *Revista de Filosofía* y escribe el libro *La evolución de las ideas argentinas*, trabajo centrado en la exposición de sus ideas sobre la cultura argentina. En esta coyuntura tiene lugar el movimiento estudiantil de Córdoba, al que Ingenieros se adhiere con entusiasmo y que, por razones muy personales, no puede sino apoyar, dada su experiencia universitaria frustrada. En esos años, cuando no sólo es testigo de la reforma universitaria sino también de la revolución bolchevique, de la Primera Guerra Mundial y de grandes movimientos sociales en América Latina, Ingenieros alcanza su grandeza, que le permite hacer la transición que sorprende a Oscar Terán: “¿Cómo, mediante qué pactos, con qué alteraciones y posibles violencias, un sistema que aún celebraba el darwinismo social, al elitismo y al proyecto liberal, podía soportar la adhesión de nuevas realidades, de la reforma universitaria y sobre todo de la revolución rusa y de los planteos latinoamericanos antimperialistas?” Esta transición marcará sus últimos años, durante los que defiende a la revolución rusa con argumentos centrados en la justicia social y vuelve a plantearse la solidaridad social como principio de la misma. En su último año de vida, 1925,

participa en la Asamblea Anti-Imperialista celebrada en París, junto a Ortega y Gasset, Haya de la Torre y Miguel Ángel Asturias, y viaja a México donde Plutarco Elías Calles lo recibe efusivamente. A fines de ese mismo año fallece en Buenos Aires.

Las ideas de Ingenieros

Durante su paso por la Escuela de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, Ingenieros fue parte de lo que se convirtió en el Partido Socialista Obrero Internacional (PSOI), organización impregnada de anarquismo y de crítica al desarrollo político argentino del momento. La generación de Ingenieros vivió la crisis del modelo expansivo de la economía, pero también el fraude electoral que resultó de los esfuerzos infructuosos de la oligarquía por mantenerse en el poder a pesar de los cambios experimentados en la estructura social del país. Entre 1890 y 1920 el país vivió grandes tensiones reflejadas en el pensamiento de Ingenieros. En esos primeros años aborda el problema de la *cuestión social*, también considerado por otros intelectuales del Cono Sur, en particular en Chile (Morris, 1966). El capitalismo, modelo de desarrollo económico, genera miseria e injusticia social. Sin embargo, dicho modelo no es inmoral por definición y por ello es necesario buscar la forma de corregir los efectos negativos sin invalidarlo como forma de organización económica. Hay que oponer al capitalismo un modelo moral, una actitud virtuosa. El deterioro del salario real, las inhumana-

nas condiciones de vida de los obreros, y por otro lado, el consumo ostentoso y la acumulación sin límites de los grupos oligárquicos y capitalistas deben ser enfrentados con medidas que limiten el impacto del capitalismo en su generación. Hay que buscar formas redistributivas del excedente económico que beneficien a los grupos populares, y encontrar elementos de control del grado de parasitismo de los grupos pudientes de la sociedad. Ingenieros elabora así una propuesta en la que se hace necesario limitar los efectos nocivos del capitalismo sin necesariamente buscar su eliminación.

Otra dimensión del análisis de la cuestión social en Ingenieros se refiere a la oposición entre trabajo y parasitismo: pone al productor contra el parásito, el que vive sin trabajar. El vínculo de esta posición con la visión anarquista del capitalismo es notorio y revela la influencia del mismo en el pensamiento de Ingenieros, influencia también presente en el proyecto que planteó el partido obrero socialista para el desenvolvimiento de la sociedad argentina. De acuerdo con ese proyecto, la movilización social y su fundamento, la organización de los trabajadores en sindicatos, debía luchar por mejorar las condiciones de vida de los obreros y denunciar el parasitismo de los grupos propietarios. Los "productores" debían desplazar a los "parásitos". Dicha posición corresponde a un primer momento de la crítica de izquierda al capitalismo y está ligada al pensamiento anarquista. El trabajo y la producción son parte de una ética libertaria que permitirá la emancipación de los que sufren el embate de las fuerzas económicas desatadas. Esto aparece claramente en la definición de

Ingenieros de socialismo: “el más noble de los ideales que han agitado a la humanidad y el más justo de los pabellones que los oprimidos enarbolan, flameando al impulso del arma voluptuosa de la libertad, bajo los rayos regeneradores de la ciencia y el progreso”.

Al retirarse de la militancia partidaria en los primeros años del siglo, y sobre todo por la frustración que le causó el impedimento para dar la cátedra de medicina criminal en la Universidad de Buenos Aires, Ingenieros se transforma en un pensador y en una figura intelectual de primer orden. En los veinte años que van de 1905 a su muerte, desarrolla una serie de temas que tendrán gran importancia en el debate latinoamericano sobre el destino de la región. Es una época en la que América Latina experimenta una transformación de sus estructuras económicas y el capitalismo irrumpe en el sector exportador de las economías de cada país. Disminuye el peso de la sociedad agraria y el *ethos* de la “hacienda”, a la que Medina Echavarría da tanta importancia en su análisis de la estructura sociopolítica de América Latina, pierde su importancia central en la explicación del devenir histórico de la región. La sociedad argentina también vive estos fenómenos e Ingenieros los hace parte de su reflexión. Elabora puntos de vista muy personales.

Por un lado, hace el planteamiento acerca del papel de las minorías activas en la elaboración de proyectos de transformación social. Dichas minorías, que tienen acceso al conocimiento, al saber, a la ciencia, constituyen para Ingenieros un sector con talento que debe ejercer su influencia en el cambio social. La imagen del

hombre de ciencia, fuera de los circuitos del sometimiento ideológico o de las prácticas burocráticas, es la base de la constitución de un proyecto en que el conocimiento y el trabajo, los intelectuales y los proletarios deben aliarse para superar la inacción y el parasitismo. El mérito y la ciencia no son ajenos a la defensa de los oprimidos. Será mediante el saber como los oprimidos lograrán liberarse de las cadenas de la explotación. Sin embargo, dicha imagen no es anticapitalista: el proyecto no excluye el desarrollo de las fuerzas productivas, la universalización de las relaciones humanas y el fortalecimiento de una clase social, la burguesía, que lo lleva adelante.

Se trata entonces de un proyecto que debe llevar a cabo una meritocracia. La política es asunto de sabios y no de una clase política que domina a base de exclusión. La posición de Ingenieros constituye una ruptura frente a un sistema de valores y creencias que en la Argentina que le tocó vivir estaban en crisis. Su argumento se sintetiza claramente en esta afirmación: “La cuna dorada no da aptitudes; tampoco las da la cuna electoral”. La meritocracia genera un planteamiento elitista centrado en el derecho de los que “saben” a dirigir a los que “no saben”. Se trata de una reivindicación ética que atrae a amplias capas de intelectuales de fines y principios del siglo XX. Pone al *intelectual independiente*, tanto en contra de una minoría oligárquica como en contra de un movimiento popular, condenados ambos a ser manifestaciones de mediocridad. Es sólo por medio de esta alternativa como será posible superar la crisis de valores que caracteriza el periodo

en cuestión. Ingenieros defiende esta concepción incluso contra sus compañeros socialistas y en particular en contra de Justo, que había optado por la vía parlamentaria en la puesta en práctica de su proyecto político.

Por otro lado, y como consecuencia de su reacción frente a la crisis de valores por la que atraviesa Argentina, Ingenieros busca definir un principio de identidad para su país. En el libro *El suicidio de los bárbaros* afirma que América, sociedad nueva y abierta, liberada del lastre medieval europeo, está mejor preparada para la realización de nuevos ideales; sin embargo, dicha realización será instrumentada por los inmigrantes y no por la población autóctona de América, a la que relega a un papel secundario. Llega incluso a defender ideas semirracistas al afirmar: "La superioridad de la raza blanca es un hecho aceptado hasta por los que niegan la existencia de la lucha de razas. La selección natural tiende a extinguir las razas de color" (*Sociología argentina*, p. 29, citado por Terán, 1979). Naturalmente esta convicción es parte del propósito de centrar la identidad americana en el migrante y no deriva necesariamente de una discriminación de principio. Ingenieros encuentra a los inmigrantes mejor capacitados para emprender dicho propósito que a las razas indoeuropeas. A partir de lo anterior Ingenieros discute la noción de "argentinidad". En la búsqueda de dicha noción el papel de los universitarios es de importancia decisiva: es en la Universidad donde se gesta y de donde proviene el impulso básico para la implementación del proyecto nacional.

Después de 1917, cuando la Revolución Mexicana

se institucionaliza con la promulgación de la Constitución y cuando tienen lugar algunos experimentos políticos como el que Felipe Carrillo Puerto llevó a cabo en Yucatán, Ingenieros se vincula a dicho movimiento social escribiendo a Carrillo Puerto y estimulando sus iniciativas con algunas proposiciones concretas (carta a Felipe Carrillo Puerto del 1o. de junio de 1922: véase compilación de Oscar Terán, México, Siglo XXI Editores, 1979), como pueden ser la difusión de las mejores obras de escritores latinoamericanos, la creación de un consejo económico de Estado “en que estuvieran representadas las funciones sociales, un verdadero departamento funcional”, la creación de una confederación de los países latinoamericanos, etc. Después de la muerte de Carrillo Puerto (el 3 de enero de 1924) Ingenieros escribe “En memoria de Felipe Carrillo”, texto que recupera en forma notable el legado del prócer yucateco.

En esos últimos años Ingenieros reitera su posición frente al parlamentarismo, que se agudiza como resultado de su contacto con el movimiento estudiantil de Córdoba. Dicha posición, que tiene como origen la socialización anarquista de sus años universitarios, radicaliza las ideas de Ingenieros. En sus últimos años, un poco como lo hará Mariátegui inspirado en Sorel, combina lo espiritual y lo voluntario, la aspiración moral y el proyecto político, concretado en la justicia social, la solidaridad y en el predominio de los que “saben”; se enfrenta a todos aquellos que mediatizan los ideales mediante la táctica parlamentaria de la ideología sin base política. Se trata entonces de hacer reali-

dad una idea ética, de llevar a la práctica los ideales sin transacciones.

Es sorprendente cómo Ingenieros se acerca a lo que, al otro lado del Atlántico y sin haber tenido mayores contactos, estaba escribiendo Emilio Durkheim. Los dos viven una coyuntura de expansión económica que pasa por una crisis de valores. La intensificación del proceso de acumulación de capital en Argentina y en Francia, en esos últimos años del siglo XIX y comienzos del siglo XX, conlleva una pérdida de las ataduras de la sociedad tradicional. Los hombres, en la fiebre por amasar fortunas, pierden la fe en los principios del orden social.

Por un lado aparece el individualismo, se secularizan las instituciones, se agudizan los esfuerzos para la movilidad personal; por otro, aparecen proyectos de movilidad colectiva, o sea la solidaridad que busca la puesta en práctica de proyectos de clase. Se pierden de vista los valores colectivos y aparece entonces la anomía aunada con la búsqueda de un reencuentro de los principios de organización social perdidos. Así, el socialismo que proponen Ingenieros y Durkheim, cada uno a su manera, tiene más que ver con un propósito de reconstituir las bases de la solidaridad colectiva que con el de destrucción del capitalismo. Así se entiende por qué ambos concibieron a la sociología como ciencia del cambio social en un momento de expansión del sistema capitalista. Para los dos, la revolución era, antes que otra cosa, una transformación de los valores, un cambio moral. Lo demás, es decir, el cambio de la economía, vendría solo.

Comparación del pensamiento de José Martí y José Ingenieros

Noción

Martí (1853-1895)

Rechaza "el pretexto de que la civilización tiene derecho natural a apoderarse de la tierra ajena". Toma partido por la *barbarie* porque es autóctona y permite oponerse a la dominación colonialista e imperialista.

Ingenieros (1877-1925)

América, sociedad nueva y abierta, liberada del lastre medieval europeo, está mejor preparada como suelo propicio a nuevos ideales que sustituyan a los caducos. Elabora la noción de *ar-gentinidad* y deslinda los orígenes de la nacionalidad. No obstante, Ingenieros es a la vez antioligárquico, antiparlamentarista (sobre todo cuando participa en el movimiento estudiantil de Córdoba en 1918).

El antimperialismo

Si la guerra a favor de la independencia de Cuba de España es una guerra anticolonial, existe a la vez en su pensamiento el propósito de oponerse a la dominación norteamericana. La lucha de Martí es a un tiempo la última guerra de independencia y el primer

En Ingenieros, la problemática del antimperialismo tiene dos aspectos: primero, es una actitud moral en contra del materialismo del capitalismo; el intelectual se levanta contra los excesos del capitalismo contratados en la *cuestión social*. Esto explica su adhesión

Comparación del pensamiento de José Martí y José Ingenieros (continúa)

Noción

Martí (1853-1895)

movimiento antimperialista. Es simultáneamente, panamericano, bolivariano, y favorece la unión de América Latina contraponiéndola a la influencia estadounidense.

Ingenieros (1877-1925)

al Partido Socialista Obrero Argentino (PSOA) y a Juan B. Justo. Un segundo aspecto notable al final de su vida cuando Ingenieros participa en la Reforma Universitaria de Córdoba y en la Asamblea Antimperialista que tiene lugar en París con la participación de Haya de la Torre, Miguel Ángel Asturias y Ortega y Gasset. Aparece aquí la lucha en favor de una vida más justa para los más pobres.

Las bases sociales del proceso de cambio social

Es necesario integrar a la nación en términos sociales. En Cuba es necesaria la igualdad racial; debe erradicarse el racismo (lo que emparenta a Martí con Fanon). Deben integrarse todos los grupos sociales en la acción política en alianzas amplias; fue esto lo que

Ingenieros es elitista y favorece un planteamiento en el que *minorías activas* sean las que pongan en jaque a los conservadores de toda índole; la minoría que posee talento es la que debe mandar porque tiene acceso al saber, a la teoría, a la ciencia. Esta es la teo-

aseguró el éxito de la guerra iniciada en 1895.

ría de *El hombre mediocre*. Su frase más célebre es: "La cuna dorada no da apatitudes; tampoco los da la cuna electorales". El papel de los intelectuales independientes es central. La universidad desempeña un papel importante.

El proyecto de sociedad

No es socialista sino socialdemócrata. Es partidario de un régimen nacional que implemente una legislación social favorable a la clase trabajadora. El adversario es la clase terrateniente y el actor central la clase media nacionalista.

El socialismo es un proyecto moral; se trata de eliminar la injusticia y afirmar la solidaridad. Se acerca así a los ideales del anarquismo, a Kropotkin y a los rusos. Por su defensa de la justicia social, es un pensamiento para el que la cuestión nacional y la cuestión social están ligadas íntimamente.

Referencias

- Bagu, Sergio, *Vida de Ingenieros*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA), 1963.
- De Tocqueville, Alexis, *De la démocratie en Amérique*, París, Ganier-Flammarion, 1981 (edición original de 1835).
- Fernández Retamar, Roberto, "Notas sobre Martí, Lenin y la revolución-colonial", *Casa de las Américas* 10, marzo-abril de 1970.
- , "Introducción" a Martí, *Cuba, nuestra América y Estados Unidos*, México, Siglo XXI Editores, 1973.
- Geismar, Peter, "Franz Fanon: Evolution of a Revolutionary. A Biographical Sketch", *Monthly Review*, 21, mayo de 1969.
- Hansen, Emmanuel, *Franz Fanon: Social and Political Thought*, Ohio State University Press, 1977.
- Ingenieros, José, *Anti-imperialismo y nación* (introducción de Óscar Terán), México, Siglo XXI Editores, 1979.
- , "El hombre mediocre", en *Obras completas*, t. VII, 1913.
- , "Sociología argentina", en *Obras completas*, t. VIII, Buenos Aires, 1957.
- Kirk, John M., *José Martí: Mentor of the Cuban Nation*, Tampa, University Presses of Florida, 1983.
- Le Riverend, Julio, "Martí en la revolución de 1868", *Casa de Las Américas*, 10, noviembre-diciembre de 1969.
- , "Martí y Lenin", *Política Internacional* (La Habana), 8, 1970.
- Marinello, Juan, "Fuentes y raíces del pensamiento anti-

imperialista de José Martí", *Casa de Las Américas*, 15, mayo-junio de 1975.

Martí, José, *Cuba: nuestra América y Estados Unidos* (prólogo de Roberto Fernández Retamar), México, Siglo XXI Editores, 1973.

Morris, James, *Elites, Intellectuals, a Study of the Social Question and the Industrial Relations System in Chile*, Ithaca, Cornell University Press, 1966.

II. PARTIDO, SINDICATO Y ESTADO EN LUIS EMILIO RECABARREN Y JULIO ANTONIO MELLA

Si en Martí y en Ingenieros la revolución era, antes que nada, un cambio en los valores, un cambio moral, en Recabarren y en Mella es un proceso que depende de la acción de los hombres, de su voluntad. Ambos participan del clima que llevó al estallido de la Revolución Mexicana y de la Revolución Soviética y ambos son parte de lo que llevó a la constitución de los partidos comunistas de Chile y Cuba a principios de los años veinte. Son también dirigentes de movimientos sociales como el sindicalismo mancomunal del norte de Chile y el movimiento estudiantil de La Habana. Es por ello que el contexto del análisis de sus planteamientos coincide con el del origen y desarrollo de los partidos comunistas y la forma en que éstos se articulaban con la movilización de masas de las dos primeras décadas del siglo XX.

Se pueden distinguir dos tipos de factores que condicionan la aparición de los partidos comunistas en América Latina. De un lado, están los *factores internos* entre los que cabe mencionar la *inmigración* desde Euro-

pa a países como Argentina, Brasil o Uruguay que permitió la difusión del anarquismo y de la literatura marxista entre los trabajadores emigrados al Nuevo Mundo, y su penetración en las sociedades nacionales donde se establecen. Además, si bien la inmigración no fue tan importante en los países situados al otro lado de la cordillera de los Andes, la difusión de las ideologías revolucionarias también ocurrió en ellos. Otro factor, ligado al anterior, fue la *aparición del sindicalismo* en las implantaciones mineras y agrícolas identificadas con el proceso de desarrollo hacia fuera, por el cual pasaba el continente en ese periodo. En las plantaciones bananeras de América Central, en las haciendas azucareras del norte del Perú y en las minas del altiplano peruano, chileno y boliviano se generó un intenso proceso de organización de los trabajadores, ligado al enclave, donde se dan las condiciones para la aparición de líderes políticos de gran relieve, como fue el caso de Recabarren. También vale la pena mencionar que la condición social en las ciudades iba de mal en peor, generando lo que dio en llamarse *la cuestión social*, discutida incluso por los ideólogos de la Iglesia católica que ven en ella el síntoma de un desorden que debe corregirse. Dichos ideólogos se inspiraron en la *Encíclica Rerum Novarum* (1891) para justificar su toma de posición y apoyar el fomento de organizaciones sindicales adictas a su ideología. Incluso, en un momento, coincidieron los sindicalistas de inspiración socialista con los de inspiración católica para constituir, por ejemplo, la Federación Obrera de Chile (FOCH), donde ambas líneas de pensamiento coexistieron, al menos

por algunos años. Finalmente, entre los factores internos vale la pena aludir a la influencia que procesos políticos como la Revolución Mexicana de 1910 o la reforma universitaria de Córdoba tuvieron sobre el desarrollo ideológico y político de varios países. La difusión de algunos temas clásicos como el de la alianza entre obreros y campesinos, o el de la liga obrero-estudiantil y el más complejo de la relación entre sindicatos y partidos empezó a darse a partir de la difusión de estos acontecimientos por medio de la prensa obrera. Igualmente, acontecimientos como la ocupación militar de Cuba por Estados Unidos y la guerra civil dirigida por Sandino en Nicaragua impactaron a aquellos que iniciaban su participación política en esos años.

Sin embargo, existen también factores externos a América Latina que contribuyen a explicar la aparición de los partidos comunistas en la región. Podemos mencionar las revoluciones de 1905 y la de 1917 en Rusia, el conflicto entre espartaquistas y socialdemócratas en Alemania, que dio lugar a la revolución fallida de 1919 y, sobre todo, la Primera Guerra Mundial que, por sus repercusiones en las relaciones económicas entre América Latina y el resto del mundo, debe ocupar un lugar importante en este análisis (Albert, 1988). En efecto, el año de 1914 constituye un parteaguas del vínculo económico de América Latina con Europa; es también cuando entra y se consolida el capital estadounidense en esta región. A causa de esta irrupción aparecen los enclaves mineros y agroindustriales donde surgen las organizaciones obreras. Además, el estallido de la primera gran guerra hizo

difícil que continuaran las importaciones europeas. No obstante, algunos países, Chile entre ellos, se beneficiaron de la guerra europea en la medida que sus exportaciones de salitre se incrementaron, lo cual fue elemento fundamental en la expansión de la clase obrera asociada a la producción de este mineral. También Argentina y Brasil lograron insertarse en la misma dinámica. De otro lado, la cuestión ideológica central que agitó a la izquierda en esos años —vale decir el conflicto entre nacionalistas y revolucionarios— se traspasó a América Latina y perméó algunos de los debates que estuvieron en el trasfondo del surgimiento de los partidos comunistas. A lo largo de la década de los veinte, dicho debate fue la clave para la comprensión de los proyectos que defendían diversos grupos políticos en sindicatos, federaciones estudiantiles, universidades y partidos. En este clima se desarrolla la acción y el pensamiento de Recabarren y Mella, hombres estrechamente vinculados a las luchas sociales de sus países y muy seriamente preocupados por caracterizar los procesos que ocurrían en sus sociedades.

Los factores mencionados contribuyen a la aparición de los partidos comunistas de Argentina (1918), México (1919), Brasil (1921), Chile (1922), Cuba (1925) y Perú (1930). Éstos no fueron partidos de masas sino más bien organizaciones cuya membresía se limitó por mucho tiempo a selectos grupos de dirigentes con una socialización ideológica relativamente sofisticada. Su resonancia fue mayor que su impacto cuantitativo y su éxito está estrechamente ligado a la capacidad y dedicación de líderes que, por medio de la

prensa, pudieron dar sentido a la lucha de los trabajadores y estudiantes por mejorar sus condiciones de vida o los niveles de la educación superior. Esta generación contrasta claramente con la generación de dirigentes que les sucederá y estará identificada con los aparatos partidarios surgidos a partir de 1930. El contraste se da en virtud de la "recuperación" de los partidos comunistas latinoamericanos por el *Comintern* y a su entrada al movimiento comunista internacional (Caballero, 1986). Por ello es posible distinguir dos generaciones políticas en el desarrollo de los partidos comunistas: los *ideólogos* presentes en el inicio y los *hombres de partido* que aparecieron después. Los objetivos de cada generación fueron diferentes: a la primera están asociados Recabarren y Mella, a pesar de que este último encarne también algunos rasgos de la segunda.

Luis Emilio Recabarren (1876-1924)

Históricamente, la figura de Recabarren debe asociarse a un planteamiento ideológico que podríamos denominar "obrerista" (Witker, 1976). En efecto, su liga con el Partido Demócrata (fundado en 1887), derivación del antiguo Partido Radical, y su vínculo con la religión católica condicionan posiciones que contrastan con las que asumiré más adelante. En esta época, que va desde su nacimiento en 1876 hasta 1894, Recabarren participa en el movimiento mutualista, estrechamente asociado a artesanos de la ciudad de Valparaíso. Dicho movimiento, que se inserta en el Partido Demó-

crata, constituye una plataforma donde se forman líderes como Recabarren, que más tarde se incorporan al movimiento popular. En el *Informe sobre el movimiento obrero* que Recabarren redacta para presentarlo en el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart, celebrado en agosto de 1907, describe la acción del PD en los términos siguientes:

Este pequeño núcleo de hombres resueltos emprendió grandes campañas a fin de conmover a la opinión pública y presentó ante asambleas populares las cuestiones sociales relacionadas con las necesidades del pueblo.

Su trabajo intenso durante la primera década del siglo XX tomaba parte en elecciones, protestas y movilizaciones populares, hizo posible la socialización de líderes y la difusión de bisemanarios, semanarios y periódicos en diversas partes del país. Entre 1903 y 1906 está presente en el surgimiento de la organización sindical de los trabajadores del salitre en el norte de Chile. Fue colega de Gregorio Trincado, fundador de la Combinación Mancomunal de Obreros de Tocopilla, quien le propuso trasladarse al puerto de Tocopilla a ocupar la dirección de un periódico, *El Trabajo*, cargo en el que estuvo dos años. Por el contenido del periódico fue encarcelado por ocho meses en 1904, después de lo cual se trasladó a Antofagasta a dirigir el periódico *La Vanguardia*. El relieve que adquirió en el desempeño de su tarea como periodista hizo que el Partido Democrático lo postulara como candidato a diputado para las elecciones parlamentarias de 1906. Fue elegido

pero no pudo asumir la representación ganada porque una mayoría de derecha en el Parlamento desconoció su elección por no haber querido jurar por Dios y los sacramentos en su toma de posesión. Al mismo tiempo fue acusado de haber instigado, desde las páginas de *La Vanguardia*, la huelga de los trabajadores del ferrocarril de Antofagasta a Oruro en febrero de 1906, lo que lo obligó a abandonar el país a fines de ese año. Esos problemas lo llevaron a España, Francia y Bélgica, países por donde viajó entre 1906 y 1908. Conoció a dirigentes socialistas como Pablo Iglesias, Largo Caballero, Jean Jaurès, Emile Valdeverde, que lo vincularon con la II Internacional. Este vínculo es la clave para comprender lo que podríamos llamar la etapa socialdemócrata de Recabarren, etapa en la que su pensamiento se nutre de ideas nacionalistas y reformistas bien expresadas en el libro que escribe en 1909, *Ricos y pobres en un siglo de vida republicana*, publicado para el aniversario de la independencia de Chile del yugo español en 1910. Después de este año, Recabarren se traslada a la ciudad de Iquique. Ahí funda el periódico *El Grito Popular*, donde conoció a Elías Lafferte, futuro secretario general del Partido Comunista de Chile. En 1912 creó un nuevo periódico, *El Despertar de los Trabajadores*, que sirvió de base para la formación del Partido Obrero Socialista, creado el 6 de junio de 1912 en Iquique. En ese mismo año, Recabarren escribió *El socialismo: ¿Qué es y cómo se realizará?*, texto en el que estudia con gran detenimiento tanto la doctrina como los medios para alcanzarlo (véase en recopilación de Digna Castañeda, 1976). Ahí revela poseer una familiari-

dad con los textos del marxismo clásico. En efecto, en un lenguaje llano y accesible (el texto fue publicado en *El Despertar de los Trabajadores*, de Iquique) a los trabajadores que eran su público, explica los factores que producen la riqueza, destacando la noción de plusvalía y el lugar del *trabajo* en la generación de la misma. Más adelante asocia al socialismo con la realización de la justicia social, ejemplificando la necesidad de que la riqueza generada por el trabajo sea adecuadamente redistribuida entre aquellos que la producen. Trata también de las diferencias sociales surgidas entre los hombres como resultado del lugar ocupado en la producción; sin embargo, insiste mucho en la diferenciación social causada por los desniveles educacionales y culturales, subrayando que la desigualdad es producto tanto de la naturaleza como de la acción social.

En la segunda parte del texto describe los medios con que puede realizarse el socialismo. Menciona en particular la huelga, a la que valora como un medio que ha permitido mejorar la condición obrera, dada la indiferencia con que la clase capitalista veía las necesidades de los trabajadores. Menciona también la cooperativa como medio que permite organizar la producción y el consumo protegiendo a los trabajadores de la voracidad capitalista. Hace alusión a la conquista de los poderes políticos (que no deben ser repudiados sino conquistados), por parte de los trabajadores. Aboga por un socialismo alcanzado mediante la legalidad, que debe ser perfeccionada por un esfuerzo constante y alerta de los trabajadores, en términos esencialmente institucionales, define el proyecto socialista. No olvida

mencionar la necesidad de difundir el socialismo por medio de la educación, de la conferencia y de la prensa para que el mayor número posible de personas se entere de su contenido. Finalmente, el texto define “el presente histórico frente al socialismo” y caracteriza la posición socialista frente a varias cuestiones; dinero, ejército, Iglesia y religiones, matrimonio y otras doctrinas políticas que buscan “la armonía social”. Concluye su reflexión con la exposición de un programa y un reglamento del Partido Obrero Socialista, con el fin de que sirva de instrumento para la realización de los objetivos antes citados.

A partir de 1912 Recabarren se transforma en la figura central del desarrollo del socialismo en Chile. Su participación en la creación del Partido Obrero Socialista (POS), su papel como editor de varios periódicos obreros, sus viajes a Argentina, donde toma contacto con el Partido Socialista Obrero Internacional (PSOI), su importante actuación en la transformación de la Federación Obrera de Chile (FOCH) en un órgano de clase (Ramírez Necochea, 1956), lo convierten en pieza clave del andamiaje en construcción que sustentará la organización de un movimiento socialista en Chile. Esta actividad culmina en 1921-1922 con la transformación del POS en Partido Comunista de Chile (enero de 1922) al aceptar las 21 condiciones que la Internacional Comunista había planteado para incorporarse a ella (Ramírez Necochea, 1965). Es, por consiguiente, muy importante considerar la década 1912-1922 como un periodo en el que se realizan plenamente los propósitos que habían animado a Recabarren desde su in-

greso en el movimiento sindical salitrero a principios de 1903 (De Shazo, 1977).

Durante esta década, la vida política de Recabarren enfrenta variados desafíos. Por un lado, su concepción del socialismo, que hemos reseñado brevemente a partir de su texto *El socialismo: ¿Qué es y cómo se realizará?*, está ligada a la puesta en práctica de los planteamientos hechos ahí. Es un rasgo de Recabarren que no se debe olvidar: no es un intelectual que especula sobre el socialismo en el vacío; es un político ligado estrechamente al sindicalismo salitrero que trata de transformar en palanca de un proceso de transformación revolucionario en Chile. Sólo de esta manera es posible comprender por qué Recabarren nunca rompe la ligazón entre su actividad periodística, su actividad como sindicalista y su actividad como militante político. Estas tres actividades son ejercidas paralelamente en un incansable esfuerzo por hacerlas complementarias. Es por ello que en el periodo en cuestión su bibliografía crece notablemente y se crean la FOCH y el PC. Todo parece concatenarse y culminar alrededor de ese año crucial en la historia de Chile: 1920. En efecto, la participación de Recabarren en el devenir histórico del país encuentra su punto cimero cuando el POS y la FOCH deciden negar su apoyo a la candidatura de Arturo Alessandri a la presidencia de la República y luchar autónomamente. Asimismo, la carrera política de Recabarren encuentra el punto más alto cuando en 1921 es elegido diputado, esta vez con capacidad de ejercer su mandato. Y cuando se crea el PC podemos decir que todo se ordena.

Al final de su vida, Recabarren tuvo que enfrentar un último y doble desafío. Fue, de un lado, cuestionado por nuevos dirigentes del PC, cercanos a lo que hoy llamaríamos el aparato dirigente del partido, lo cual, de acuerdo con ciertas interpretaciones, explica su suicidio el 19 de diciembre de 1924. De otro, debió hacer frente al golpe de estado de septiembre de 1924 cuando el coronel Ibáñez derroca a Alessandri para hacer efectivo su programa de reformas sociales. Paradójicamente (si vemos las cosas con la óptica de hoy) Recabarren y el sindicalismo apoyaron a Ibáñez en esa coyuntura, dado el sentido que tenía en ese momento. Por lo que esos dos últimos años, 1923-1924, lo vieron enfrentar desafíos de gran magnitud. Cabe hacer notar que en ese mismo momento Recabarren tuvo la oportunidad de viajar a la URSS y observar de cerca lo que allá estaba ocurriendo. De ese viaje salió su último libro, *La Rusia Obrera y Campesina*, testimonio muy comprometido con el proceso revolucionario soviético.

Si quisiéramos realizar una síntesis de los planteamientos de Recabarren debemos recurrir a uno de los escasos trabajos analíticos que existen de su obra: el estudio realizado por Augusto Varas (1982), sobre la relación entre el ideal socialista y la teoría marxista. Dice Varas:

Las expresiones socialistas de comienzos de siglo se caracterizaron por una original ideología en la que coexistían, coherentemente, elementos socialistas utópicos junto a una reelaborada, aunque insuficiente, teoría marxista sobre el Estado y la política. Este ideal socialista, representado por Recabarren, se ve confrontado a una nueva for-

ma de entender la emancipación socialista. La teoría política implícita en las orientaciones del Comitern para Sudamérica bloquea las capacidades movilizadoras del ideal socialista nativo. Su papel iconoclasta no permite la sustitución de los elementos ideales que movilizaban esas fuerzas. El resultado de esta contradicción es el cada vez más reducido peso de los sectores nucleados en torno al PC local, situación que permanecerá hasta que la política de los Frentes Populares lo rescate de su aislamiento. (Varas, 1982.)

En este texto de Varas aparecen claramente los tres elementos que consideramos centrales en Recabarren: el socialismo utópico, la teoría marxista ortodoxa y su visión del papel de la acción sindical en la lucha política. A partir de estos tres temas es posible referirnos más en detalle a algunas cuestiones básicas del pensamiento de Recabarren.

El primero estriba en la importancia de la *vinculación con las masas*. La relación entre la participación de Recabarren en las luchas del proletariado salitrero y sus objetivos políticos es fundamental en su pensamiento. La mayor parte de los textos de Recabarren resultan de su praxis sindical y periodística. La contribución del análisis marxista al desarrollo de las luchas sociales se centra en la formación de un principio de identidad en la clase obrera que le permite enfrentar a sus adversarios en forma consistente planteando un proyecto político alternativo. Es decir, la difusión de la prensa obrera por Recabarren en el norte salitrero le proporciona un instrumento poderoso para llevar a cabo su ambición política: constituir un actor de clase con base en el proletariado minero.

Por otra parte, es necesario “nacionalizar al marxismo”. El impacto sobre el desarrollo político en Chile de la estrategia proletaria es esencial. Aspectos como la expansión sostenida del sufragio (1883: Ley del Sufragio Universal para hombres mayores de 25 años alfabetos, promulgada por el presidente Domingo Santa María), la diferenciación del sistema de partidos (Partido Radical: 1859; Partido Demócrata: 1887; Partido Obrero Socialista: 1912; Partido Comunista: 1922; Partido Socialista de Chile: 1933) y el desarrollo del sindicalismo como actor político contribuyen al desarrollo de una reformulación del marxismo, ligado más a un esfuerzo analítico que a la estructuración de un proceso político. Esta trayectoria política de Chile hace que procesos como el sufragio, tomen una importancia imposible en otros contextos. En este caso, sí es posible considerar al voto como un medio eficaz de transformación social. Por otro lado, el análisis de Recabarren sobre la estructura social del país lo lleva a privilegiar al trabajador salitrero (60 mil trabajadores en 1895 de un total de 218 mil hombres activos urbanos), en quien encontraba las condiciones propicias para la organización. En efecto, el grueso de la población masculina mayor de 15 años trabajaba en el campo y representaba, hasta ese momento, un voto cautivo para los partidos de derecha; sólo los 218 mil hombres activos de las ciudades podían constituir una reserva electoral para las organizaciones de izquierda. Como estos 218 mil hombres se dividían en 11 mil propietarios, 22 mil burocratas y empleados, 55 mil artesanos y trabajadores por cuenta propia y 131 mil obreros de los cuales 60 mil

eran salitreros, no era difícil sacar la conclusión de que era en el salitre donde debía centrarse una acción de reclutamiento sistemática. Este análisis pudo revelar a Recabarren los límites de una estrategia de reclutamiento sindical y político que se hubiera concentrado en la capital del país y en sus ciudades. Debió haber intuido que las condiciones de trabajo en el salitre (enclaves cerrados, con patrones de conducta fácilmente tributarios de la cohesión social) eran ideales para conseguir “el despertar de los trabajadores”.

Por último, en los textos de Recabarren se advierte claramente su *concepción de la revolución como no necesariamente violenta*, dadas las condiciones políticas existentes en el país. La violencia es parte de la acción sindical concebida como respuesta a una oposición minoritaria de la burguesía al acceso del pueblo al sistema político o en defensa propia frente al aparato burocrático-militar. No es sólo la *violencia* sino también la *ley* producto del voto lo que permite la transformación social. Al respecto dice:

En buenas cuentas, el socialismo sólo realiza acciones legales, puesto que su marcha va siempre encaminada a perfeccionar. Cualquiera que sea la opinión de los impugnadores del socialismo, la verdad aparecerá siempre constatando que nuestra acción marcha hacia la perfección y por ello jamás podrá ser ilegal. (Recabarren, *El socialismo. ¿Qué es y cómo se realizará?*, p. 154.)

En suma, Recabarren es un humanista en quien una propuesta utópica, ideal, coexiste con una acción consciente, centrada en la movilización de las masas

salitreras que responderán a su llamado en forma cohesionada.

Julio Antonio Mella (1903-1929)

Al considerar el lugar que ocupa Julio Antonio Mella en el desarrollo del pensamiento marxista en América Latina, vale la pena diferenciar el modo como Recabarren definió el papel del propagandista de aquel defendido por Mella. En efecto, podemos distinguir dos posturas asociadas a dos formas de definir el compromiso político con las causas de la izquierda: por un lado, la posición de Recabarren y la que será también, más tarde, la de Mariátegui, asume un marco flexible que utiliza la doctrina para la caracterización de situaciones que exigen ser definidas a fin de poder actuar políticamente sobre ellas. En esta postura, la cuestión organizacional no es determinante en el proceso de formación de un movimiento social. Se trata de combinar el análisis de situaciones con el desarrollo de las luchas sociales.

Por otro lado, muy diferente será la posición de Mella y de otros, para quienes la cuestión organizativa, es decir, la constitución del aparato o del partido, será central para el desarrollo de la acción social. Dicha postura conduce a definir una acción que depende de los intereses de la organización y en la que el desarrollo de las luchas sociales se subordina a la definición doctrinaria y a las prioridades de intereses organizativos, en determinadas luchas sociales.

Estas dos posiciones constituyen los polos entre los que se moverán los líderes de los partidos comunistas latinoamericanos de la época. Hacia la *derecha* se abrirá un espacio que ocuparán aquellos que no aceptaron la subordinación de su acción política a los intereses de la III Internacional como fue el caso, por ejemplo, de Haya de la Torre; hacia la *izquierda* se desarrollarán tendencias que mucho más tarde generarán la extrema izquierda (sobre todo como resultado del triunfo de la Revolución Cubana en 1959).

En efecto, ya bien entrada la segunda mitad del siglo XX, las posturas mencionadas serán superadas por una nueva forma de encarar las cuestiones organizativas: los procesos revolucionarios que se desarrollarán en Bolivia, Cuba, Guatemala, Venezuela y Perú buscarán definirse fuera de la opción partidaria inspirada en la III Internacional. Con base en una interpretación radicalmente diferente de la formación social de sus respectivos países, los líderes de los movimientos guerrilleros que actuaron en esos países pasaron a estructurar organizaciones cuyo carácter militar era fundamental. Se definió un nuevo carácter de la movilización social que condujo la problemática partidaria planteada por Mella hacia otros derroteros.

Mella fue, sobre todo, un dirigente estudiantil sin oportunidad de transformarse en líder político de larga trayectoria en virtud de que fue asesinado en la ciudad de México cuando tenía sólo 26 años. Proveniente de la clase media, con formación religiosa, marcado como casi todos los cubanos progresistas por el pensamiento de Martí, Mella se incorporó muy joven a las luchas

que animaban a la sociedad cubana: la ocupación norteamericana de la isla, que termina en 1902, es reemplazada por el predominio abierto de Estados Unidos sobre la vida política del país, dominio basado en el control de la economía azucarera. Los intereses vinculados al azúcar (“sin azúcar, no hay país”) definen el devenir político de Cuba. Como lo vimos al discutir el pensamiento de Martí, la independencia de Cuba de 1898 fue rápidamente reemplazada por la sujeción al imperio del norte, lo cual marcó a toda la generación que entró a la vida pública a principios de la década de los veinte. Dicha generación juzgó que las esperanzas de Martí se habían frustrado y que era necesario renovar el esfuerzo para lograr cumplir sus propósitos básicos.

Mella tuvo oportunidad de viajar a México en 1920 e impresionarse con la efervescencia política presente cuando Álvaro Obregón tomó el poder en ese año. No es posible evaluar el impacto de la Revolución Mexicana en Mella con precisión, pero es indudable que dicha experiencia dejó huella y lo ayudó a comprometerse con las luchas estudiantiles que se asociaron en la Universidad de La Habana al movimiento de la reforma universitaria iniciado en Córdoba, Argentina en 1918. Su incorporación a la Federación de Estudiantes y su adhesión a la lucha por la renovación del profesorado y la reforma de los planes de estudio son signo de las inquietudes que lo impulsan.

Durante su permanencia en la Universidad de La Habana, donde cursó estudios de derecho, Mella actuó principalmente como activista, integrante de la

FEC y participe de los proyectos de ésta. Así, entre 1921 y 1925, su vida se confunde con la lucha estudiantil universitaria. Dicha lucha consigue resultados gracias a la cohesión de los estudiantes. La FEC logra imponer la representación estudiantil en la asamblea universitaria y plantear así un debate acerca de la incapacidad de algunos profesores y presentar la Declaración de Derechos y Deberes de los Estudiantes, donde se afirma la necesidad de la unión obrero-estudiantil (Portantiero, 1978). Esta necesidad justifica la creación de la versión cubana de lo que en otros países fueron las universidades obreras. En Cuba esto se transformó en la Universidad Obrera José Martí, que siguió los pasos de la Universidad Popular González Prada del Perú y de la Universidad Obrera Lombardo Toledano de México. El proceso iniciado en la Universidad de La Habana en 1921 culmina en 1923 con la realización del Primer Congreso Nacional de Estudiantes, que Mella organiza y dirige.

En 1923, en el marco de dicho congreso, Mella se adhiere al marxismo y plantea lo que se manifestará al año siguiente en su ingreso a la Agrupación Comunista de La Habana y a la Liga Anti-Imperialista de las Américas, antecedentes directos de la creación del Partido Comunista de Cuba, constituido en agosto de 1925 (Grobart, en Mella, 1978). Mella emprende una acción de acercamiento a los obreros cubanos, difundiendo los planteamientos de antimperialismo, unión obrero-estudiantil, oposición a la Doctrina Monroe y al panamericanismo, que constituían la plataforma ideológica del nuevo partido. Al constituirse el PC, Mella

ingresó a su comité central, con sólo 22 años de edad.

Sin embargo, el liberalismo político que imperó en la isla durante esos primeros años de la década de los veinte se vio bruscamente interrumpido con el advenimiento al poder del que se transformó en el dictador más sanguinario de la historia de Cuba: Gerardo Machado. Iniciada en mayo de 1925, la dictadura de Machado rápidamente coarta las actividades que tenían lugar en la universidad y en la vida política. Mella es encarcelado y sale libre sólo gracias a la presión de una huelga de hambre. Es expulsado hacia Honduras desde donde debe pasar a Guatemala y México. Su llegada coincide con el desarrollo del PC mexicano que entonces publica *El Machete*, periódico al cual Mella se incorpora en 1926.

Durante los tres años que vive en México, Mella elabora la parte fundamental de su aportación intelectual. En ese breve periodo pudo escribir, polemizar, estructurar la acción del exilio cubano, compartir las luchas de los obreros mexicanos y establecer una relación con la fotógrafa italiana Tina Modotti, con quien vive hasta su muerte, el 10 de enero de 1929. En su trabajo intelectual sobresale la polémica que entabla con Víctor Raúl Haya de la Torre, también residente en México en esa época, gracias a una invitación de Plutarco Elías Calles. Dicha polémica, contenida en su libro *¿Qué es el APRA?* se organiza sobre la base de la refutación de las ideas de Haya de la Torre, enfrascado en el pleno desarrollo de la alternativa política al marxismo que lo hará célebre.

En *¿Qué es el APRA?* Mella se propone contestar a los

ataques que “los oportunistas y reformistas traidores” realizan contra “la revolución rusa, los comunistas y todos los obreros verdaderamente revolucionarios”. Se trata de desmentir la pretensión del APRA, fundado en México por Haya de la Torre, de ser “el único intérprete de Marx en América Latina”. Como el planteamiento aprista guarda relación, al menos temática, con lo planteado por la izquierda, Mella sigue el orden del programa aprista en su refutación. Empieza por desmentir que el APRA haya sido quien descubrió el antimperialismo afirmando que éste existió mucho antes de que el movimiento aprista se diera cuenta de su existencia. Ingenieros y Martí habían planteado posiciones antimperialistas ya a fines del siglo XIX. El artículo 27 de la Constitución Mexicana de 1917 es el mejor ejemplo de un planteamiento antimperialista. En cuanto a la necesidad de nacionalizar las tierras y las fábricas, Mella dice que ello no basta pues debe existir además el control de su explotación ejercido por los trabajadores, lo cual, estrictamente, implica una transformación del Estado y, en última instancia, la dictadura del proletariado, no reconocida por Haya de la Torre.

Otro punto importante del debate planteado por Mella es la cuestión del *frente único*. Si bien el APRA define el frente único como “la unión de obreros, campesinos y estudiantes contra el imperialismo y la unidad política de América Latina para la realización de la justicia social”, dicha definición no hace alusión a la cuestión del papel de las *clases* en el frente. Según Mella, falta mencionar “el principio básico de la lucha social, cuál es el de la hegemonía del proletariado y la

aplicación de su dictadura para la realización del socialismo” (Mella, 1978, p. 187). Mella concluye que la táctica del frente único planteada por el APRA es abstracta y esconde el propósito de subordinar a la clase obrera en dicha alianza a los intereses de la burguesía. Ligado al punto del frente único está el problema de su liderazgo. Se menciona a los intelectuales como responsables de la dirección del movimiento revolucionario, lo cual es violentamente cuestionado por Mella, que dice: “Afirmar que los trabajadores intelectuales son, en conjunto, una base para la revolución, es entregar el movimiento en manos de los charlatanes y políticos profesionales, maquiavelos de la traición revolucionaria” (p. 190). Mella exige que el movimiento revolucionario sea dirigido por los obreros manuales y lleva su planteamiento tan lejos como para definir a Sandino como obrero manual.

La refutación planteada por Mella no resulta sólo de la ausencia de las clases en la integración del frente único. Deriva también de la crítica a la caracterización que hace el APRA del proceso de desarrollo en América Latina. En efecto, según Mella, dicha caracterización supone la inexistencia del proletariado en el continente y su ausencia de las luchas sociales ocurridas en el mismo. Aquí, lo que Mella defiende, adquiere más verosimilitud histórica ya que, en su opinión, la aparición del movimiento comunista en América Latina es causada por las condiciones específicas del continente y no se explica, como lo ve el APRA, por la agitación de los bolcheviques “rusos” Por lo cual Mella supone que la interpretación de Haya de la Torre busca neutrali-

zar la acción de los verdaderos revolucionarios y desconocer la historia de las luchas sociales.

El dogmatismo de Mella surge otra vez a propósito de la relación que supone que hay entre el APRA y los populistas. Ahí afirma que si bien los "apristas" se dicen indoamericanos, al darle al *indio* un papel hegemónico en el movimiento revolucionario, por constituir una mayoría demográfica en varios países del continente, están olvidando que la penetración imperialista termina con el problema racial y convierte a indios, mestizos y negros en *obreros*, articulados al régimen capitalista de producción. El APRA se alinea entonces con los populistas que pretenden saltarse la etapa capitalista y quieren regresar a la comunidad primitiva, haciendo así abstracción del desarrollo del capitalismo y afirmando la existencia de "esa metafísica política" que es el *pueblo*.

Podemos sintetizar la posición de Mella destacando que se opone al reformismo aprista por ser confuso y formar parte de la reacción continental. Es también divisionista, además de ser intelectualizante, sin ligas con la clase obrera, cuyo papel esencial en el frente único no define y, lo que es peor, cuyo lugar en el propio frente lo subordina al de la burguesía. Su visión del desarrollo histórico del continente, el de Perú en particular, es equivocada porque confunde la debilidad relativa del proletariado en dicho desarrollo con el predominio necesario que debe darse al indio en la revolución, dada su mayoría demográfica. Por último, el APRA es antileninista y oportunista porque busca tener relaciones con movimientos como el Kuomintang

chino, identificados con la burguesía. En suma, Mella define clara y dogmáticamente las posiciones del APRA y del partido comunista en la coyuntura política de los años veinte.

Conclusión

La presentación de Recabarren y Mella en forma conjunta permite contrastar dos visiones que parten de la perspectiva comunista enfocada en forma distinta. Es posible especificar el papel histórico de ambos en el deslinde de la posición comunista respecto a otras posiciones. Primero, definieron un espacio político para la organización de la clase obrera y su representación en el sistema político. En esos años, al inicio de la aparición del sindicalismo y al comienzo de las alianzas que éste iba a estructurar con otros actores sociales y políticos, esta tarea era fundamental. Dicho deslinde llevó consigo la entrada del proletariado a la vida política de Chile y de Cuba, en forma diferenciada pero real.

Los trabajos de Mella y de Recabarren constituyen esfuerzos por introducir el marxismo aplicado a la práctica política en América Latina. En forma incipiente y sin pretensiones de altos vuelos teóricos, ambos autodidactas consiguen articular su conocimiento del marxismo con la práctica política que les toca desarrollar. Sus contactos con el movimiento obrero internacional, la lectura de los textos más conocidos del marxismo, y la necesidad de presentar una interpretación de lo que ocurría en las sociedades donde les tocó

vivir, los inducen a “nacionalizar el marxismo”.

También se plantean la cuestión del internacionalismo proletario como compatible con el nacionalismo y el patriotismo, lo cual no evita que sean a la vez antimilitaristas y antimperialistas. La solidaridad internacional de los trabajadores es una cuestión de principio, no obstante lo incipiente del momento histórico, cuya relevancia se ve considerablemente resaltada con el triunfo de la Revolución Soviética en 1917.

La contribución de Mella y de Recabarren a la estructuración de la movilización social los convierte en figuras notables del inicio de la historia política obrera en América Latina.

Obras de Luis Emilio Recabarren
(1876-1924)

- 1905 Proceso oficial contra la Mancomunal de Tocopilla, Santiago.
- 1907 Discurso ante el IV Congreso de la Federación Obrera de la República Argentina celebrado en Buenos Aires, entre los días 28 y 31 de marzo.
- 1910 *Mi juramento* en la Cámara de Diputados en la sesión del 5 de junio de 1906.
- 1910 *Ricos y pobres en un siglo de vida republicana*. Conferencia dictada en la ciudad de Rengo, el 3 de septiembre de 1910, en ocasión del Primer Centenario de la Independencia de Chile.
- 1910 *El sembrador de odios*, Santiago.
- 1912 “El socialismo: ¿Qué es y cómo se realizará?”, folleto publicado en el diario *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique, 8-21 de octubre de 1912.
- 1914 *Patria y patriotismo*, conferencia dictada en Iquique, mayo.
- 1914 *El Despertar de los Trabajadores*, Iquique.
- 1916 *La mujer y la educación*, Punta Arenas.
- 1917 *La materia, eterna e inteligente*, Buenos Aires.
- 1917 *Lo que puede hacer la municipalidad en manos del pueblo inteligente*, Buenos Aires.

- 1917 *Proyección de la acción sindical*, Buenos Aires.
- 1917 *Lo que da el gremialismo*, Buenos Aires.
- 1921 *Lo que da la Federación Obrera*, Santiago.
- 1921 *Desdicha obrera* (drama social en tres cuadros),
Antofagasta.
- 1921 *¿Qué queremos federados y socialistas?*, Antofagasta.
- 1921 *Los albores de la revolución social en Chile*, Santiago.
- 1923 *La Rusia Obrera y Campesina*, Santiago.
- 1925 *Discursos y Poesías*, Santiago.

Referencias

- Albert, Bill, *South America and the First World War: The Impact of War in Brazil, Argentina, Perú and Chile*, Cambridge University Press, 1988.
- Barros, Roberto, "The Left and Democracy: Recent Debates in Latin America", *Telos*, núm. 68, verano, de 1986.
- Caballero, Manuel, *The Comintern and Latin America: 1919-1945*, Cambridge University Press, 1986.
- De Shazo, Peter, "Urban Workers and Laborism in Chile 1902-1927", Ph.D. dissertation, University of Wisconsin, 1977.
- Garreton, Manuel Antonio, "Vigencia, crisis y renovación de los partidos de izquierda", *Chile-América*, núm. 64-65, 1980.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl, *¿Qué es el APRA?*, México, 1924.
- , *El anti-imperialismo y el APRA*, Santiago, Ed. Ercilla, 1936.
- Mella, Luis Antonio, *Escritos revolucionarios* (prólogo de Fabio Grobart), México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Moulian, Tomás, "Evolución histórica de la izquierda chilena: la influencia del marxismo", en Lechner (comp.) *¿Qué significa hacer política?*, Lima, DESCO, 1982.
- , "La crisis de la izquierda", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 44, núm. 2, 1982.
- Nieto, Jorge, "El proceso de constitución de la doctrina aprista en el pensamiento de Haya de la Torre", Tesis de

maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede México, 1984.

Ramírez Necochea, Hernán, *Origen y formación del Partido Comunista de Chile*, Santiago, 1965.

———, *Historia del movimiento obrero en Chile*, Siglo XXI, Santiago, 1956.

Recabarren, Luis Emilio, *Obras* (compilación y prólogo de Digna Castañeda), La Habana, *Casa de Las Américas*, 1976.

Varas, Augusto, “Ideal socialista y teoría marxista en Chile: Recabarren y el Comintern”, *Documento de Trabajo*, núm. 153, FLACSO, Santiago, 1982.

Witker, Alejandro, *Los trabajos y los días de Recabarren*, México, ed. Nuestro Tiempo, 1976.

III. CLASE Y NACIÓN EN MARIÁTEGUI Y HAYA DE LA TORRE

El pensamiento de Mariátegui y Haya de la Torre debe analizarse tomando en cuenta dos tipos de influencia: la que ejercen acontecimientos fuera de Perú durante los primeros veinte años del siglo XX y la que impone la trayectoria económica, social y política peruana durante el mismo periodo. Ambas tienen efectos combinados en la reflexión de los dos pensadores y contribuyen a explicar los temas que van a ser objeto de su trabajo. De la misma forma que a Recabarren y Mella la Revolución Soviética, el proceso de reforma universitaria de la unidad de Córdoba y la Revolución Mexicana de 1910 impactaron a Mariátegui y a Haya de la Torre; cada uno de dichos acontecimientos influirá decisivamente en estos dos hombres. Para Haya de la Torre será más importante que para Mariátegui el efecto de lo que ocurría en la URSS; de igual forma, el proceso mexicano tenderá a impresionar más a Haya que a Mariátegui. Si bien las luchas de Córdoba influyeron en ambos por parejo, fue Haya de la Torre quien surgió como líder en las movilizaciones estudiantiles de Lima en los años veinte. No obstante, a

Mariátegui le fue útil la movilización estudiantil para estructurar una acción conjunta con los obreros, que era el grupo que le interesaba.

Por otra parte, los condicionantes internos, como el afianzamiento de la penetración imperialista de origen norteamericano en el sector minero y agroindustrial, la recomposición de la estructura de clases y el aumento de las luchas sociales en el país entre 1915 y 1923 contribuyen a moldear un pensamiento que, en sus comienzos, fue muy similar. Fueron las conclusiones extraídas del análisis propio donde difirieron, sobre todo en términos de las lecciones que dichos condicionantes podían conferir al diseño de una acción política comprometida. Mariátegui y Haya de la Torre, como consecuencia de las tomas de posición que adoptaron, debieron abandonar el Perú para continuar su trabajo en el exilio, dada la intolerancia surgida en su país frente a los planteamientos que estaban realizando. Estos factores están en el origen del trabajo al que nos referiremos a continuación en forma más detallada.

José Carlos Mariátegui (1894-1930)

Según su biógrafo Guillermo Rouillon (1975), Mariátegui “era una mezcla de sangre española y de sangre indígena”. Originario del puerto de Moquegua en el sur del Perú, creció al lado de su madre que debió criar a sus hijos sola ya que el padre abandonó a la familia. Desde 1908, fue ayudante de linotipista (“alcanzarrejonés”) en un periódico. En su trabajo la relación

con los anarquistas es estrecha, y su frecuentación de los locales *Luz y Amor*, donde Manuel González Prada (1848-1918) daba sus conferencias, le da, desde muy temprano, una idea precisa de las propuestas de dicha corriente ideológica (González Prada, 1982). Sin embargo, dicha relación no lo lleva inmediatamente a adherirse al movimiento anarquista peruano pues su inclinación por la literatura, el periodismo y la poesía le llevan más bien a vincularse con un grupo de “intelectuales wildeanos y ególatras”, a inscribirse en los cursos de latín de la Universidad Católica y a “cubrir” las carreras de caballos para el periódico *El Tiempo*. Durante esta época, que va desde 1910 hasta 1918 aproximadamente, Mariátegui lee muchísimo y se familiariza con una gama muy grande de autores. Mantiene viva su fe religiosa, inculcada en él por su madre. Hasta que es encarcelado por haber escandalizado en el cementerio de Lima, experimenta una radicalización y se inicia en los textos de Marx, que el doctor Víctor Maurtra le da a conocer. Durante esta etapa de la vida de Mariátegui caracterizan su personalidad rasgos subjetivistas que lo habían llevado a la poesía y a un comportamiento de joven excéntrico, “esteta”, y una actitud proclive al compromiso social y al radicalismo que lo acerca a personas como González Prada y Maurtra, quienes alentaban una crítica subjetiva que dejaba al mundo real intacto. Este es el Mariátegui que enfrenta el bienio 1918-1919, durante el que pasaron tantas cosas en Perú.

En efecto, su lectura de las tesis de Feuerbach, de Sorel y de Marx lo conducen a una reflexión socialista,

que calza muy bien con las opciones que debió tomar cuando los obreros de Lima se levantan el 13 de enero de 1919 en demanda de las ocho horas de trabajo. Ahí conoce a Haya de la Torre, quien venía del movimiento de reforma universitaria iniciado el año anterior en la Universidad de San Marcos. Ambos se encuentran cuando los periodistas le piden que divulgue, en la prensa, las ideas sobre la reforma universitaria que sostiene Haya. De una u otra manera, ambos están en contacto con el movimiento anarquista pues Haya tiene vínculos de tipo político en Lima, mientras que Mariátegui los tiene teóricos, con los libros de Sorel. Temiendo una posible actuación destacada en la profundización del movimiento social, el dictador Augusto Leguía, que acababa de llegar por segunda vez al poder (ya había sido presidente de Perú entre 1908 y 1912) manda a Mariátegui a un exilio dorado: se va becado por el gobierno peruano a Italia, donde permanecerá hasta 1923.

Es en el periodo 1919-1923 cuando Mariátegui sienta las bases de su obra *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, publicada en 1928. Dichas bases se identifican con la lectura de textos del marxismo italiano (Croce, Labriola, Gobetti), y con la observación directa de los procesos sociales y políticos que tienen lugar en Italia en ese momento (Quijano, 1982). Mariátegui, en sus artículos periodísticos, enviados a la prensa limeña, revela tener gran sensibilidad para interpretar lo que estaba ocurriendo en la Europa de la posguerra, para visualizar los procesos sociales que se estaban incubando tanto en Italia como en Francia, Ale-

mania e Inglaterra y con ello imaginar las posibles tendencias futuras del desenvolvimiento mundial. La recopilación, *La escena contemporánea*, donde aparecen publicados los principales artículos periodísticos que escribió en esos años, testimonian en forma muy clara todo aquello. Asimismo, la recopilación titulada *Cartas de Italia*, de artículos que aparecieron en *El Tiempo* de Lima entre el 2 de mayo de 1920 y el 23 de abril de 1922, revela las preocupaciones de Mariátegui y su visión de los problemas que afectan a su país en ese período.

Sin embargo, no es su actividad periodística la que debe merecer nuestra mejor atención. Él es también un ávido lector de la prensa italiana y un observador de hechos tan significativos como las ocupaciones de las fábricas de Turín (1920), la creación del partido comunista italiano en Livorno (1921) y sobre todo del surgimiento del fascismo (Mariátegui, 1975). Como testigo de estos acontecimientos, Mariátegui puede reflexionar acerca de su sentido para la práctica política. Lee también a Benedetto Croce, mediante el que se acercará a una concepción crítica del marxismo.

El papel de los italianos en la formación teórica de Mariátegui es importante. Según Robert Paris (1981), quien ha estudiado esto en detalle, Croce y Gobetti son sus "traductores" del marxismo. Es la versión historicista del marxismo, afirmada por Croce, la tomada por Mariátegui que, por su propio proceso de desarrollo intelectual, tiende a favorecerla. La afirmación de la primacía de la realidad, vista a través de la historia y de la literatura en Croce, toca a Mariátegui, que desde

joven había estado cerca, intuitivamente, de una interpretación de este tipo. Algo similar ocurre cuando toma contacto con la obra de Sorel. El énfasis que pone este autor sobre el marxismo como filosofía de la libertad y de la acción, y su operacionalización en el desarrollo de conceptos como el de *mito* (modelado a base de la visión sindicalista de la huelga general) y el de *violencia* (vista en términos de la negación del orden existente) también encuentran eco en los temas propios de Mariátegui, que antes de viajar a Italia ya los había encontrado en los trabajos de los indigenistas peruanos de la época (Valcárcel y otros). Ambos ideólogos, Croce y Sorel, contribuyen así a reforzar una temática que Mariátegui ya conocía y que se formalizó al encontrarse con sus obras.

El 18 de marzo de 1923, al regresar al Perú, Mariátegui encuentra un país movilizadо alrededor de las luchas estudiantiles dirigidas por Haya de la Torre y de las luchas obreras que surgen como resultado del crecimiento de la organización de los trabajadores mineros, azucareros y algodoneros. El gobierno de Leguía enfrenta la movilización y deporta a Haya de la Torre en 1923, pocos meses después del retorno de Mariátegui, que sufre un recrudecimiento de la enfermedad que lo afectaba en una pierna que le amputan en 1924. Todo ello contribuye a hacer difícil el trabajo y la elaboración teórica en que Mariátegui se había enfrascado. No obstante, en 1925 aparece su libro *La escena contemporánea* y en 1926 funda la revista *Amauta* que rápidamente se transforma en un órgano de gran difusión en Lima y en el resto de Perú. Es en *Amauta* donde

aparecen textos de Freud, de Croce y del mismo Mariátegui que publica ahí sus siete ensayos.

Durante los dos últimos años de vida, entre 1928 y 1930, Mariátegui establece lazos estrechos con el movimiento obrero peruano y se vincula con el proceso de formación del partido socialista de Perú. En ambos compromisos, la contribución de Mariátegui es fundamental. Promoverá la publicación del periódico *Labor* para asegurar la difusión de la propaganda socialista entre los obreros; además, tendrá contactos frecuentes con los dirigentes sindicales mineros que al ir a Lima lo irán a visitar en su casa, dada la invalidez que lo afecta. En cuanto a la política, es importante mencionar el debate que emprende con el APRA en 1927 y su contribución a las negociaciones de los socialistas peruanos con la III Internacional, donde desempeña un papel determinante para evitar la aceptación de las 21 condicionantes que esta organización exigía para aceptar la adhesión de los partidos socialistas. Mariátegui contribuye con ponencias acerca de la cuestión indígena, las tareas del sindicalismo y la cuestión racial, presentadas por su amigo Hugo Ponce en la Primera Conferencia Comúnista Latinoamericana, celebrada en Buenos Aires en junio de 1929. A pesar de las tesis de Mariátegui, el PSP entra a la III Internacional no sin una gran tensión. Finalmente, pocos meses antes de su muerte, el gobierno de Leguía clausura *Labor*, lo que induce a Mariátegui a pensar en el exilio en Buenos Aires. Sin embargo, la muerte llega antes y Mariátegui fallece en Lima el 16 de abril de 1930.

Los temas de Mariátegui

La visión teórica de Mariátegui es original. Parte de una lectura anarquista del marxismo en la que no está ausente una carga subjetiva, irracional si se quiere, de la interpretación de los procesos sociales. No hay pretensiones académicas que lo obliguen al reconocimiento de grandes deudas intelectuales. Mariátegui elabora planteamientos personales, inscritos en el campo del marxismo sin ambición formalista.

Se trata de interpretar la realidad peruana y buscar su transformación. Para ello, Mariátegui desarrolla un diagnóstico nutrido de la historia de su país, de la sensibilidad que es capaz de tener sobre esa realidad tan presente en la geografía, que es la cultura serrana, indígena, y también de su propia forma de sentir los debates que ocurren en los años que le toca vivir y que ponen frente a frente a grupos comprometidos con la revolución y a aquellos que buscan conservar el orden o subordinarlo al extranjero.

La vivencia de los problemas de Perú entre 1910 y 1920, la lectura de Sorel, de Croce, Gobetti y Labriola, la experiencia italiana, el descubrimiento de una lectura "razonable" de Marx (propuesta por los revisionistas como Croce), son los elementos mencionados por París (1981) que sirven para conocer a Mariátegui en forma cabal. Se trata de un socialista muy especial, en el que coexisten preocupaciones estéticas y sociales; el concepto de *mito* es clave para cruzar ambas preocupaciones y darle sentido a su visión del papel del indio en la transformación de Perú y para comprender

su lectura del significado de la revolución proletaria.

Estas consideraciones generales nos permiten contextualizar las proposiciones específicas con base en las que es posible ordenar el pensamiento de Mariátegui.

a) *La cuestión del concepto autónomo del socialismo.* Se trata de constituir una fuerza socialista autónoma, liberada de alianzas de tipo populista con la pequeña burguesía o con otras clases, donde el proyecto del proletariado no esté subordinado a ningún otro. En filigrana está el debate con el APRA y con la III Internacional acerca de la naturaleza específica de la formación social peruana, donde es fundamental reconocer la liga con la evolución del capitalismo mundial, la articulación de formas capitalistas y precapitalistas de un modo de producción (es decir, sin que quepa la hipótesis dualista) y donde se da una asociación objetiva entre los intereses de los capitalistas extranjeros y nacionales. A partir de dicha especificidad se puede diseñar un proyecto político que no se limite para el APRA a un simple antimperialismo dirigido por las clases medias y que incluya, por un lado, una transformación radical de las estructuras productivas y, por el otro, la presencia de un liderazgo de clase en la puesta en práctica de la revolución. El proyecto socialista es un liderazgo de clase en este proceso y es entonces diferente al proyecto populista o nacional-revolucionario, y también del proyecto soviético, en la medida que las condiciones sociales de la periferia no son idénticas a las del capitalismo central.

b) *La revolución social.* ¿Cómo se generan las condiciones de un proceso de transformación revolucionaria-

rio? ¿Cuáles son las condiciones específicas, presentes en la periferia, que permiten ese proceso? En Mariátegui, no se desmerece la herencia cultural indígena como un factor de la revolución social. En *El hombre y el mito*, afirma:

No es la civilización, no es el alfabeto del blanco lo que levanta el alma del indio. Es el mito, es la idea de la revolución social. Hacia ese mito se mueve con fe vehemente y activa. La burguesía niega, el proletariado afirma, lo cual constituye un verdadero trastocamiento con respecto a la perspectiva dialéctica clásica, para el cual el proletariado representa la negatividad o la negación, inserta en el corazón de una realidad que produce sus propios "sepultureros" (p. 142).

Vale la pena recordar aquí la trama de la novela de Manuel Scorza (1928-1983) *Redoble por Rancas* (1968), donde se muestra cómo el humo de la fundición de La Oroya terminó con la fertilidad de la tierra serrana y la forma en que los campesinos crearon un mito en el que todo ello podía revertirse y recuperar la viabilidad de la comunidad indígena. Citamos esto porque el ideario de Mariátegui considera el papel del mito como agente estructurador de las percepciones de los campesinos y esta idea aparece claramente en la obra de Scorza.

c) *El papel de la Revolución Rusa*. En sí, la consideración de la Revolución Rusa no tiene un lugar específico en el pensamiento de Mariátegui sino como símbolo de una cuestión primordial: la *unidad*, como condición de la acción revolucionaria. Es decir, lo ocurrido en la

URSS en 1917 desempeña un papel como centro del proletariado internacional. Mariátegui escribe:

Para el proletariado, cualesquiera que sean sus divergencias y sus discrepancias sobre los principios maximalistas la revolución rusa es siempre el principio de la revolución social. Para el proletariado, Rusia es siempre la primera república del experimento socialista. Todos ellos ven en el proletariado la vanguardia del proletariado universal (véase *El hombre en Rusia*, p. 65, citado por Paris, 1981). Y agrega: Para nosotros, la Internacional es un acto del Espíritu, es la conciencia que tienen los proletarios de todos los países (cuando lo son) de constituir una unidad (*idem.*, p. 121).

De manera que la URSS y lo ocurrido en 1917 impactan más allá de lo que la historia de la revolución podría indicar. Es un factor mítico de movilización social, que sirve de motivación subjetiva a todos los "pobres del mundo" para emprender el camino de la revolución social.

d) *El papel de las clases medias*. La reflexión aquí propuesta está ligada al diagnóstico histórico que Mariátegui hace del devenir de Perú. Para él, la pequeña y la gran burguesía no son nacionales en la medida que su destino forma parte del proyecto imperialista. La explotación imperialista es también una explotación clasista y en ella participan los grupos medios. Además, contrariamente a lo que pretenden los apristas, es imposible el desarrollo de una burguesía nacional en las condiciones del dominio imperialista de la economía peruana. Las reformas democráticas se darán sólo con

el advenimiento del socialismo, donde no se pueden confundir los intereses del proletariado con los de la pequeña burguesía y el campesinado. Mariátegui define entonces un proyecto revolucionario centrado en un frente clasista para lograr una revolución democrático-popular, como parte de una transición al socialismo.

Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979)

Haya de la Torre nació en la ciudad de Trujillo, en la costa norte de Perú, y desde muy joven participó en las luchas estudiantiles que culminaron en la versión peruana de la reforma universitaria de Córdoba (iniciada en 1918). Junto a Mariátegui, encabezó protestas en contra de la consagración de Perú al Sagrado Corazón y participó en la organización de las Universidades González Prada que sirvieron de nexo entre estudiantes y obreros en las luchas populares. Limitó sus actividades políticas a la cuestión estudiantil. De manera que, integrante de la Generación del 19 junto a César Vallejo, Eudósio Ravines, Jorge Basadre y Mariátegui, Haya de la Torre se distinguió por su origen provinciano que, según Nieto (1984) “los hacía anticentralistas y anti-limeños, enfrentándolos a la oligarquía limeña... el tinte mestizo de sus cunas los acercaba a los trabajadores urbanos”.

Entre 1919 y 1923 las luchas sociales se agudizan en Perú. En ellas la influencia del movimiento estudiantil es patente y el papel de Haya de la Torre en éste sobre-

sale claramente. A raíz de ello Haya es detenido el 2 de octubre de 1923 y después de haber declarado una huelga de hambre es deportado a Panamá, donde permanecerá hasta viajar a México, invitado por el secretario de Educación del gobierno del general Álvaro Obregón, José Vasconcelos. Permanecerá en México cuatro años (1923-1926); ahí inicia la elaboración de la doctrina más adelante transformada en una organización política: Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Durante su estadía en México, Haya viajó por periodos cortos a la URSS, a Inglaterra y a Francia. Su visita a la URSS fue patrocinada por la sección mexicana de la Internacional Comunista (IC) y por la Federación Obrera de Lima. Su observación de los debates en el V Congreso de la Internacional Comunista lo llevan a la conclusión de que América Latina está completamente ausente de sus deliberaciones. Dicha constatación suscita en él la preocupación de delinear la especificidad de la realidad social de América Latina en la lucha antimperialista. Al año siguiente (1925), Haya, desde su exilio mexicano, viajó a Inglaterra y asistió a los cursos de Lindsay en Oxford al mismo tiempo que leía los trabajos iniciales de Cole sobre la historia del socialismo. También se familiarizó con los textos de Lenin, del que recoge los criterios organizativos del movimiento revolucionario. Haya de la Torre asimila una versión leninista de la política en la que la presencia del Estado resulta central. Según Nieto, "en esta fase el pensamiento de Haya es, de un lado, doctrinarista y abstracto en el sentido en que deduce de su asimilación inicial del marxismo la conceptuali-

zación de las realidades sociales que pretende explicar; y, de otro lado, politicista, en el sentido que los juicios afirmativos que realiza sobre las clases a agrupar en el frente antimperialista los extrae directamente del comportamiento inmediato de las mismas”. De aquí es posible deducir que el proceso de constitución de la doctrina aprista fue, hasta 1926, al menos, eminentemente ideológico. Fue un enfrentamiento polémico a propósito de la definición de la naturaleza específica de las sociedades latinoamericanas.

La familiarización adquirida por Haya de la Torre respecto a las categorías del marxismo, así como su observación sobre los debates de la III Internacional, le permiten enfocar su atención en un problema primordial: la identificación de los sujetos sociales capaces de llevar adelante un proceso de transformación política. Durante este periodo escribe textos que apoyan ideológicamente el embrión de lo creado a fines de 1924, principios de 1925 (“¿Qué es el APRA?”), la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Establece tres puntos fundamentales en el programa de este organismo: *a)* el lugar central que ocupa el imperialismo y la lucha contra él en América Latina; *b)* la autonomía del APRA respecto a intervenciones o influencias extranjeras; *c)* la burguesía nacional es la aliada del imperialismo. El programa encontró adversarios que, como Mella, lo acusaron de disfrazar planteamientos reaccionarios con ropaje revolucionario.

El APRA empieza a definirse como adversario de la III Internacional. En más de un sentido, su posición se acerca a la de Vasconcelos, con quien comparte la idea

de que hacer la revolución en América implica distanciarse radicalmente de las ideologías europeizantes. Dicen ambos: “nuestros revolucionarios no han hecho hasta hoy sino tratar de inventar un ambiente europeo en una realidad americana que jamás descubrieron; forman las ‘burocracias’ revolucionarias, especie de sacros colegios o inquisiciones de nueva cepa, obstáculos formidables y tremendos factores de desprestigio para la verdadera causa revolucionaria”.

Cabe mencionar aquí el debate que enfrentó a Mariátegui y a Haya de la Torre. Puede afirmarse que este debate está referido esencialmente a la caracterización de la formación social peruana y latinoamericana por un lado, y a la naturaleza de la alianza (o frente) que debería dirigir el proceso revolucionario, por el otro.

En la propuesta de Haya de la Torre se afirma que el desarrollo de Indoamérica es diferente al europeo. En América Latina existe un feudalismo colonial que impide el desarrollo de una burguesía autóctona, que implica que este feudalismo coexista con el capitalismo que, a su vez, se identifica con el imperialismo. No existe un capitalismo independiente del capital foráneo que es el que controla la economía colonial. Esto da lugar a la afirmación según la cual “el imperialismo es la primera etapa del capitalismo en América” que contradice la tesis de Lenin en cuanto éste la identifica con la última etapa. Políticamente, la existencia de este tipo de articulación entre el feudalismo colonial y el imperialismo da pie a la imposibilidad de separar la lucha antimperialista de la lucha antifeudal. Es así como la explotación imperialista conduce a la lucha contra

dicho fenómeno de los diferentes grupos sociales presentes en la sociedad colonial. Se trata entonces de constituir una alianza o frente único de todos estos grupos, independientemente de su adscripción de clase, que se proponga la constitución de un Estado ant imperialista cuyo núcleo esté formado por los grupos medios que son los más lúcidos y conscientes de dicha dominación.

Frente a la posición de Haya de la Torre, Mariátegui defiende una concepción en la que la articulación entre el feudalismo y el capitalismo imperialista también está presente y en la que, por otra parte se afirma que América Latina es una realidad inserta en un contexto internacional que le impide llegar a un desarrollo capitalista autónomo. Sin embargo, existen desacuerdos respecto de los agentes de la transformación de esa realidad. Mariátegui piensa que la pequeña y mediana burguesía no son nacionalistas porque participan en la dominación imperialista; son dichos grupos los que encarnan el imperialismo en la realidad nacional de cada país. Además, dadas las características del imperialismo, es imposible que se desarrolle una burguesía nacional en dichos países. Es decir, las reformas y las transformaciones económicas y políticas, el desarrollo de una economía nacional y la implantación de un régimen democrático podrán darse sólo después de que la revolución haya tenido lugar. Por lo tanto, no se pueden confundir los intereses de los proletarios, de los obreros, con los de grupos como las clases medias, que no poseen nada en común con ellos.

En síntesis, Mariátegui, tratando de conciliar las

condiciones específicas de Perú con las derivadas de la teoría de la revolución, aboga por la constitución de un frente "clasista", que busque la revolución democrática y popular como forma de transición al socialismo. La necesidad de lograr dicho frente se impone como resultado del análisis de los procesos ocurridos en México o China, donde el ideal socialista fue sacrificado en beneficio de los grupos medios que, una vez instalados en el poder, mediatizaron los intereses de los campesinos y de los obreros que los habían ayudado en el proceso de transformación.

A la luz de estas consideraciones las divergencias entre Haya de la Torre y Mariátegui adquieren toda su significación. En efecto, si bien ambos compartían la preocupación por "caracterizar las realidades latinoamericanas en función del objetivo de la definición de los sujetos sociales capaces de llevar adelante un proceso de transformación y la forma que debía adoptar su organización política" (Nieto, 1984), se distanciaron porque su respuesta a dicha pregunta fue muy diferente. Entre 1927 y 1928, después de la adopción por la Internacional Comunista de las 21 condiciones que debían aceptar los partidos comunistas para poder integrarse a ella, tanto el APRA como el Partido Socialista Peruano (PSP), creado por Mariátegui, tomaron posiciones encontradas que dividieron al movimiento popular peruano. La insistencia de Haya de la Torre en: *a)* el lugar central del imperialismo; *b)* la autonomía del APRA en relación con intervenciones e influencias extranjeras y, *c)* la importancia del actor estatal en el logro de los objetivos revolucionarios, lo enfrenta-

ron, por un lado a Mella, quien publicó en 1928 su opúsculo *¿Qué es el APRA?* (México, 1928) y, por el otro a Mariátegui, quien, al final de su vida, también se opuso a esta línea de pensamiento.

Ya hemos aludido a los planteamientos de Mella (véase capítulo 2). En cuanto a las posiciones de Mariátegui, tres cuestiones están en el centro de su desacuerdo con Haya: *a)* la cuestión del partido, que él ve articulado al actor proletario; *b)* la cuestión del lugar de las clases medias, cuyas connotaciones vimos anteriormente y, *c)* la cuestión del Estado, sobre la cual Mariátegui no se pronuncia en forma tan enfática como Mella, quien descartaba el enfoque del APRA en nombre de la primacía de la clase obrera sobre el Estado en las luchas políticas.

En todo caso, en retrospectiva, vale la pena interrogarse si estas diferencias constituyen de veras un abismo como el que se ha tratado de poner entre los proyectos de ambos ideólogos. Puede pensarse que había más coincidencias que desacuerdos entre Haya de la Torre y Mariátegui. Su estrecha colaboración en la organización de *Amauta*, donde aparecieron muchos textos de Haya, la participación de Mariátegui en las Universidades Populares González Prada, creadas por Haya, la lectura apasionada que ambos hicieron de los procesos revolucionarios de México y la Unión Soviética, son un acervo intelectual común.

Por otra parte, el contacto con el marxismo, que Haya de la Torre logró en Inglaterra y Mariátegui en Italia, puso a los dos pensadores en relación con la ideología principal de los revolucionarios de la época

aunque con tendencias distintas dentro de la misma (Haya más cerca de la socialdemocracia, Mariátegui más cerca de los marxistas culturalistas). Fue quizás el imperativo de llevar sus ideas a la práctica lo que contribuyó a separarlos. La creación del APRA en México, resultado de la ambición de Haya de la Torre por constituirse como polo de atracción política frente a la III Internacional, forzó a Mariátegui a definirse en relación con esa posición. El resultado fue su desacuerdo con algunos de los puntos de vista adoptados por Haya de la Torre y la creación del PSP, más tarde base de sustentación del Partido Comunista de Perú, creado después de la muerte de Mariátegui. En suma, los separan lecturas divergentes respecto de la forma en que determinado análisis debe concretarse en una práctica política y no diferencias fundamentales en el plano doctrinario y analítico.

Conclusión

La pregunta central que se hicieron los ideólogos del marxismo naciente en América fue cómo conciliar, cómo hacer coexistir a dicha doctrina con la nación y con la afirmación de la especificidad latinoamericana en el contexto internacional. Esta pregunta puede desglosarse en tres grandes cuestiones: 1) ¿Qué implica la presencia del imperialismo en el continente como factor condicionante del desarrollo de un capitalismo *sui generis*? 2) ¿Cómo caracterizar a la sociedad latinoamericana? ¿Cuáles son los rasgos típicos de esta sociedad

que la diferencian de otras sociedades? 3) ¿Qué quiere decir el proyecto socialista en América Latina? ¿Cómo conceptualizar dicho proyecto, dadas las características de la sociedad latinoamericana?

A lo largo de la década de los veinte y en particular como resultado de la fundación de la III Internacional por parte del recién instalado gobierno de la URSS (Caballero, 1986), los debates latinoamericanos se centraron en estas tres cuestiones y sirvieron de marco de referencia para los procesos políticos que tenían lugar en paralelo, particularmente en el desarrollo de las luchas sociales emprendidas por el proletariado naciente en Argentina, Bolivia, Chile y Perú. Es importante ligar la presencia de esa reflexión con la realización de la movilización social, pues constituye un rasgo particular de la forma que adquirió el debate en América Latina.

En cuanto a la primera interrogante, vale la pena afirmar que hombres como Mella o Mariátegui se opusieron a Haya de la Torre al declarar que el antimperialismo no era un fin en sí mismo: estaba subordinado al objetivo socialista, que lo trascendía. El socialismo es más que el antimperialismo. La lucha contra la dominación extranjera de la economía se lleva a cabo sobre la base de un proyecto de transformación global de las relaciones sociales y no sólo para "nacionalizar" la explotación de los recursos naturales.

La caracterización de la sociedad latinoamericana debe asumir una cuestión central en relación con la que se puede hacer de otras sociedades: la presencia de grandes masas indígenas que, en países como México o Perú, Ecuador o Bolivia constituyen más del 50% de

la población total. La aplicación del concepto de lucha de clases, en su connotación clásica, representa un problema de difícil solución. No es fácil conciliar tal conceptualización de la realidad con las características dadas en América Latina, por eso, la cuestión del indio es primordial en los estudios de Mariátegui.

Por otro lado, Haya de la Torre, al argumentar a favor de un indoamericanismo tutelado por el frente único, donde los grupos medios cumplen un papel central, define un proyecto opuesto al de Mella, Mariátegui o Recabarren, para quienes la presencia del imperialismo ha permitido el desarrollo de un proletariado incipiente que puede asimilarse al clásico. El imperialismo da lugar al desarrollo del capitalismo y convierte a indios, mestizos y negros en *obreros*, que si bien no constituyen una mayoría como actores sociales, sí desempeñan el papel clásico de agentes de transformación y líderes del proceso revolucionario. Es necesario aclarar que estas formulaciones matizan considerablemente el esquema marxista clásico y si bien tienen una forma mecanicista en Mella, no la asumen tanto en el planteamiento de Mariátegui que trata siempre de tomar la realidad del continente como punto de partida de su trabajo y de su acción.

Por último ¿qué quiere decir el proyecto socialista en este contexto? Las divergencias son numerosas. Para Haya de la Torre se trata de reconocer la existencia de varios modos de producción y de afirmar el papel del Estado en su superación. El Estado antimperialista industrializador se convierte en el órgano del proyecto aprista. Mientras Mella sostiene una posición

adscrita al proyecto que la URSS ponía en práctica, donde el papel del Estado estaba subordinado a las directivas del partido comunista, Mariátegui propone un proyecto socialista en el que no se trata sólo de romper con el imperialismo, ni tampoco solamente de establecer un modelo de dominación política sino también de recuperar la herencia cultural precolonial y consolidar un modo de producción que reintegre al indio al patrimonio nacional. En Mariátegui, el indio y el proletario se identifican y sostienen su concepción del socialismo.

Referencias

- Alexander, Robert J., *Trotskyism in Latin America*, Hoover Institution Press, Stanford University, 1973.
- Arico, José, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Siglo XXI Editores, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 60, 1978.
- , *Marx y América Latina*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1982.
- Béjar, Héctor, "APRA-PC: 1930-1940; itinerario de un conflicto", *Socialismo y Participación*, núm. 9, febrero de 1980.
- Caballero, Manuel, *Latin America and the Comintern: 1919-1943*, Cambridge University Press, 1986.
- VI Congreso de la Internacional Comunista, *Tesis, manifiestos y resoluciones*, col. Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 66, primera y segunda parte, México, Siglo XXI Editores, 1977, 1980.
- Franco, Carlos, "Mariátegui-Haya: surgimiento de la izquierda nacional", *Socialismo y Participación*, núm. 8, septiembre de 1979.
- Fernández, Otto, "Notas marginales sobre el aprismo", trabajo inédito, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, julio de 1983.
- González Prada, Manuel, *Textos: una antología general*, Clásicos, México, UNAM, 1982.
- Lowy, Michael, *El marxismo en América Latina (de 1969 a nuestros días)*, México, ERA, 1982.
- Mariátegui, José Carlos, "El problema del indio" (ensayo 2) y "El problema de la tierra" (ensayo 3), en *Siete ensayos*

- de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Biblioteca Amauta, 1928.
- , *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (ensayos 1-3), Lima, Biblioteca Amauta, 1929 (22a. edición de 1973) (existe edición de Era, 1978).
- , *Defensa del marxismo, polémica revolucionaria*, 7a. ed., Lima, Biblioteca Amauta, 1976.
- , *La escena contemporánea*, 6a. ed., Lima, Biblioteca Amauta, 1975.
- , *Cartas de Italia*, 3a. ed., Lima, Biblioteca Amauta, 1975.
- , *Figuras y aspectos de la vida mundial*, Lima, Biblioteca Amauta, 1970.
- , *La novela y la vida*, 6a. ed., Lima, Biblioteca Amauta, 1976.
- Munck, Ronaldo, *The Difficult Dialogue: Marxism and Nationalism*, Londres, Zed Books Ltd., 1986.
- Murillo Garaycochea, *Historia del APRA: 1919-1945*, Lima, Imprenta Atlántida, 1976.
- Neira, Hugo, "El pensamiento de Mariátegui: los 'mariateguismos'", *Socialismo y participación*, núm. 23, septiembre de 1983.
- North, Liisa, "Orígenes y crecimiento del partido aprista y el cambio socio-económico en el Perú", *Desarrollo Económico*, julio-septiembre de 1970.
- Paris, Robert, "Mariátegui y Gramsci: prolegómenos a un estudio contrastado de la difusión del marxismo", *Socialismo y Participación*, núm. 23, septiembre de 1983.
- , *La formación ideológica de José Carlos Mariátegui*, México, Siglo XXI Editores, 1981.
- Quijano, Aníbal, *Introducción a Mariátegui*, México, ERA, 1982.
- Ricárdez, Rubén, "Mariátegui: teoría y práctica del marxismo en América Latina", *Cuadernos Políticos*, núm. 17, julio-septiembre de 1978.
- Rouillon, Guillermo, *La creación heroica de José Carlos Mariátegui*, tomo I, *La edad de piedra*, Lima, Editorial Arica, 1975.

- Sánchez, Luis Alberto, *Apuntes para una biografía del APRA. Los primeros pasos 1923-1931*, Lima, Mosca Azul Editores, 1978.
- Skinner, Geraldine, "José Carlos Mariátegui and the Emergence of the Peruvian Socialist Movement", *Science and Society*, vol. 43, núm. 4, invierno de 1979-1980.
- Vanden, Harry E., *National Marxism in Latin America: José Carlos Mariátegui's Thought and Politics*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, Colorado, EUA, 1986.
- Varios autores, *7 ensayos: 50 años en la historia*, Lima, Biblioteca Amauta, 1979.

IV. EL NACIONALISMO REVOLUCIONARIO EN LA REVOLUCIÓN MEXICANA

El surgimiento de la filiación nacionalista-revolucionaria tiene raíces en las posiciones de José Martí, pero su consolidación está estrechamente ligada a la Revolución Mexicana. Si bien esta filiación debe mencionarse y subrayarse, no por ello puede deducirse que la Revolución Mexicana surgió a partir de una opción ideológica explícita y ligada a dicha variante del nacionalismo. En efecto, es posible afirmar que la Revolución Mexicana, al menos en su primera fase, se llevó a cabo sin un proyecto ideológico depurado. Más allá de las reivindicaciones esencialmente políticas que guiaron a Madero y le inspiraron su consigna “sufragio efectivo, no reelección”, y más allá de algunos planteamientos radicales, derivados esencialmente de una respuesta a las posiciones zapatistas, sería difícil sostener que dicha revolución se haya orientado a partir de alguna opción ideológica clara y coherente.

Por otra parte, tampoco se pueden identificar las diferencias existentes entre los proyectos magonista, agrarista, constitucionalista o zapatista en la esfera

ideológica: esas diferencias tienen más que ver con enfrentamientos personales, entre caudillos, que con planteamientos opuestos en el plano de las ideas, de los proyectos globales. Vale decir entonces que la ideología de la Revolución Mexicana se gestó junto con el proceso armado y se fue articulando, poco a poco, en respuesta a los desafíos que dicho proceso debía resolver. Podemos mencionar al menos tres temas alrededor de los cuales gradualmente se fue definiendo una ideología: el agrarismo, la subordinación del sindicalismo al Estado, el proyecto educacional. Sin pretender agotar el tema, se trata de tópicos centrales identificados con personalidades como Luis Cabrera, Vicente Lombardo Toledano y José Vasconcelos. Veamos cada uno de más cerca.

Tres temas

El agrarismo es parte constitutiva del proyecto revolucionario por implicar un rompimiento radical con la estructura social imperante en el país en 1910. Tanto villistas como zapatistas lucharon por transformar la estructura de la tenencia de la tierra y, en esa lucha, le dieron un papel central al campesinado que así se transformó en actor fundamental de la revolución. Algo parecido ocurriría más tarde en China y daría lugar a la segunda gran revolución del siglo XX donde los campesinos desempeñarían el papel principal. El planteamiento agrarista tenía por objeto la devolución de las tierras de las comunidades recibidas durante el

periodo colonial. Ninguno de los planes, ni el Plan de Ayala, va más allá de esta ambición. La revolución restableció los derechos legales a la tierra pero se demoró mucho en apoyar a los campesinos con agua, tecnificación, comercialización, hasta el punto que todavía hoy se reclaman estos insumos básicos para la producción agraria. Las medidas tomadas por el régimen de Carranza, que fortalecieron a la pequeña propiedad y a la burguesía comercial de los pueblos tuvieron que ser enfrentadas por Cárdenas, en quien los campesinos encontraron a un reformador agrario de verdad.

La subordinación del sindicalismo al Estado puede ser considerada como un segundo tema central en el desarrollo de una ideología de la Revolución Mexicana. Primero, el pacto de Obregón con la Casa del Obrero Mundial y después la redacción y promulgación del artículo 123 de la Constitución de 1917 dieron lugar a un modelo de conciliación entre obreros y empresarios que facilitó la acumulación de capital. También dio lugar al registro de la organización sindical, a la separación de los sindicatos obreros y de los sindicatos campesinos y a la integración del liderazgo sindical al aparato político. Con esas medidas, el sindicalismo se transformó en un aparato adscrito al sistema político y no pudo, como en otros países, convertirse en representante autónomo de las bases trabajadoras. La historia de las relaciones entre los gobiernos revolucionarios y el sindicalismo desde 1915 en adelante, está claramente identificada con la imposibilidad del segundo para definir un proyecto ideológico distinto al

del poder político. Cuando el modelo pareció estar en entredicho, como fue el caso en el sexenio de Cárdenas, debido a la fuerza que adquirieron los sindicatos nacionales de industria, éste tuvo la intuición de reformular dichas relaciones y construir lo que conocemos hoy como Partido Revolucionario Institucional (PRI), alrededor del cual se colocan las tres grandes organizaciones de masas, la Confederación de Trabajadores de México, la Confederación Nacional Campesina y la Confederación Nacional de Organizaciones Populares que sirven de soporte a dicha organización política.

Finalmente, el proyecto educacional tiene que ver con el propósito de crear un mundo nuevo donde los niños sean capaces de transformarse en ciudadanos partícipes del proyecto revolucionario. Los caudillos revolucionarios y particularmente Obregón, al nombrar a Vasconcelos ministro de Educación, se dieron cabal cuenta de la importancia de la educación en el esfuerzo por renovar la estructura de poder del país. Se trataba de levantar los niveles de alfabetización del pueblo (más del 80% de la población del país no sabía leer ni escribir en 1910) pero también de darle conciencia al proceso revolucionario. Había que fortalecer las bases de apoyo de la revolución y difundir el proyecto en todos los niveles de la sociedad. Asimismo, entre las medidas acordadas por Vasconcelos figuraba también la integración de la población indígena a dicho proyecto, lo cual contradecía frontalmente las políticas aplicadas por el porfiriato en la materia. Se trataba entonces, por un lado, de integrar a México en torno a la

revolución y romper con la exclusión de grandes grupos de población que habían desempeñado un papel central en la estructuración de una cultura en diversas regiones del país. La Revolución Mexicana, antes de la soviética, fue capaz de articular una política respecto de las minorías étnicas funcional para su proyecto. Para su implantación se debía incorporar estas minorías al proyecto nacional.

Estos tres temas constituyen el fundamento sobre el que se construyen algunas de las instituciones más importantes del país, como son la Ley de Reforma Agraria, la Ley Federal del Trabajo y la Secretaría de Educación Pública. Vale la pena profundizar y discutir más detalladamente acerca de las figuras intelectuales protagonistas de la formulación de dichos temas y en particular a Luis Cabrera, José Vasconcelos y Vicente Lombardo Toledano.

Tres ideólogos

Luis Cabrera fue uno de los intelectuales que denunció con más inteligencia a la dictadura porfirista y el dominio de los "científicos" sobre la vida política de México. Supo enfrentarse al pensamiento y a la acción de un régimen que consideraba inferiores a los mexicanos, al pueblo y a los que no pensaban como él. Debatió públicamente con Limantour y formó parte del partido antirreeleccionista. Antes del 20 de noviembre de 1910 desempeñó un papel comparable al de otros latinoamericanos, como Ingenieros, Mariátegui o Mella,

para quienes las ideas formaban parte de la lucha política. En ese propósito, la prensa jugaba un papel central y es por ello que Cabrera fue periodista y columnista político. En la fase previa al estallido del conflicto armado, defendió la política, a los partidos políticos y afirmó la necesidad de crear un espacio donde los ciudadanos pudieran dirimir sus diferencias en forma organizada. Dijo: "casi puede decirse que en un país deberían existir tantos partidos políticos como cuestiones que resolver, multiplicados por dos". Fue así como Cabrera participó en el proceso que llevó a Madero a la presidencia de la República. Después, cuando la revolución debió acudir a las armas, Cabrera se ligó a la personalidad de Carranza. Hombre de confianza pero también ideólogo del régimen carrancista (redactó la Ley Agraria del 6 de enero de 1915) ocupó el cargo de ministro de Hacienda en la difícil coyuntura de los años 1919-1920. Una vez asesinado Carranza, Cabrera volvió a su práctica de abogado de la que no se desligó más a pesar de haber continuado opinando sobre el devenir nacional. Representa al planteamiento constitucionalista en la polémica agrarista, que fue el triunfador en esa coyuntura (De Beer, 1984).

La vigencia del proyecto vasconcelista dura, para los efectos de esta discusión, sólo cuatro años. En efecto, desde el momento en que Obregón nombra a Vasconcelos rector de la Universidad hasta su renuncia a la Secretaría de Educación Pública en 1924, indignado por el asesinato del senador Field Jurado, quien había manifestado desacuerdo con la firma de los Tratados de Bucareli, se desarrolla una gran obra de difusión de

la educación en el país. Vasconcelos sobresale en esta historia primero porque supo ser un hombre de acción. Le decía a sus colegas universitarios al tomar posesión de la rectoría: “yo soy en estos instantes más que un nuevo rector que sucede a los anteriores, un delegado de la revolución que no viene a buscar refugio para meditar en el ambiente tranquilo de las aulas, sino a invitarlos a sellar un pacto de alianza con la revolución” (Blanco, 1977). Pero su ambición no se limita sólo a querer crear un vínculo orgánico entre la Universidad y la revolución. También persigue una meta estrictamente pedagógica: definir lo que hay que enseñar en las escuelas, cómo y quién debe enseñarlo y particularmente con qué materiales realizar esa magna tarea. En esa dirección, Vasconcelos emprende un proyecto de gran aliento en el que se encargan textos escolares a intelectuales como Gabriela Mistral (poetisa chilena que ganó el Premio Nobel en 1945), Salvador Novo (novelista y poeta mexicano), Xavier Villaurrutia (poeta mexicano); se editan los clásicos en ediciones de bolsillo (Homero, Platón, Goethe, Hugo); se fomenta el arte a través de contratos con los muralistas, como Rivera; se construyen bibliotecas a lo largo y ancho de la República. Igualmente, se fomenta la educación tecnológica y se asegura la formación profesional de los maestros. En los tres años que estuvo al frente de la SEP, Vasconcelos fue el gran animador de la cultura nacional. Quiso capacitar para el ejercicio de la democracia, convirtiendo a las masas en ciudadanos, buscó educar a los campesinos y difundir la cultura universal entre sus compatriotas.

Por su participación en todos los procesos dados en la política mexicana entre 1920 y 1970, y por los lazos que lo unieron a muchos de los que institucionalizaron los grandes proyectos de la revolución, Vicente Lombardo Toledano puede ser considerado como uno de los participantes en la formación del Estado y, en particular, en la estructuración del planteamiento sindical. Desde su paso por la Escuela Nacional Preparatoria (donde heredó de Antonio Caso la cátedra de ética) y la pertenencia al Ateneo de la Juventud, de tanta importancia para su generación, hasta su participación en la reunión constitutiva de la CROM en Saltillo en 1918, y su entrada en el gobierno de Obregón a través de la oficialía mayor del Distrito Federal en 1921, Lombardo desempeña papeles que tienen que ver principalmente con la elaboración de ideología. La coexistencia de una herencia religiosa y de la lectura de textos marxistas, la participación en las luchas políticas y los estrechos vínculos con el sindicalismo le permiten tener múltiples oportunidades de hacer sentir su influencia en ámbitos tan disímiles como el intelectual, el sindical o el burocrático. Además, el vínculo con Obregón le permitió acceder a posiciones de poder como el interinato del gobierno del estado de Puebla, la diputación federal en representación de la CROM (1924-1928) y la dirección de la Escuela Nacional Preparatoria, todos nombramientos que, en la época, eran de significación. Sin embargo, alrededor de la problemática sindical se puede apreciar mejor su influencia. En efecto, al escribir entre 1926 y 1927 *La libertad sindical en México* contribuye a defender la legislación labo-

ral mexicana y a fundamentar la alianza entre el Estado y el sindicalismo. Al identificar los propósitos del Estado con los del sindicalismo y a ambos con los de la Revolución Mexicana, Lombardo Toledano consigue especificar la naturaleza nacionalista revolucionaria del sindicalismo mexicano y separarlo de la tradición socialista, muy activa en esos años, especialmente en algunos grandes sindicatos como el minero y el electricista. Su participación en las discusiones que llevaron a la promulgación de la Ley Federal del Trabajo en 1931 permiten considerar a este documento como derivado en parte de la ideas de Lombardo acerca de la relación sindicato-Estado. Su participación posterior en las iniciativas del general Cárdenas y sobre todo en la constitución de la CTM en 1936 confirmaron el proyecto que se había gestado en la década de los veinte.

Sin embargo, la influencia de Lombardo Toledano en la formación de la ideología de la Revolución Mexicana no se agota con sus planteamientos acerca del sindicalismo. Incluye también cuestiones ligadas a la educación, al lugar del indio en la sociedad mexicana, a la importancia del campo y de los campesinos en el proyecto económico de la revolución. Y, en términos más generales, vale la pena referirse también a lo que se podría denominar, el “marxismo” de Lombardo Toledano.

Respecto a la educación, Lombardo Toledano tenía una concepción en la que la escuela debía enseñar a relacionarse, a hablar en público, a redactar, a conocer la naturaleza. La escuela debía estar cerca de los niños; no debía ser un lugar donde sólo se profesionaliza-

ra a la juventud. El proyecto educacional se articula con el proyecto político, en el que los estudiantes deben participar. De manera que Lombardo se convierte en un precursor del modelo educacional que promoverá el cardenismo a través de la denominada "escuela socialista" promovida por Narciso Bassols y otros entre 1934 y 1936 (Lerner, 1979).

En cuanto al indigenismo, Lombardo promueve una concepción muy cercana a la de Mariátegui para quien, como vimos anteriormente, el problema del indio se identificaba con el problema de la tierra. La restitución de los derechos de los indígenas sobre sus comunidades y la recuperación de las formas de organización específicas de dichas comunidades. Plantea:

No hay posibilidades de redimir al indio si antes no se le dan tierras; sin la libertad económica que la tenencia de éstas acarrea, la incorporación a la vida civilizada no es, a menudo, sino un factor de desquiciamiento en la comunidad indígena.

Estos planteamientos los hace más tarde cuando participa en el Primer Congreso Indigenista Interamericano celebrado en Pátzcuaro en 1940, y en las tesis del Partido Popular Socialista (PPS) creado por él en los inicios de los años cincuenta.

Por último, para Lombardo Toledano el marxismo es objeto de una lectura "evangélica" y romántica, basada sobre todo en la lectura de *El manifiesto comunista* y de otros textos de juventud de Marx. Además, puede

afirmarse que no es la visión marxista ortodoxa que permea el pensamiento de Lombardo sino más bien una lectura realizada a través del prisma de la Revolución Mexicana. Por ello niega la posibilidad de trasladar las propuestas del régimen soviético a México, lo que no quita que haya sido uno de los principales defensores de la Revolución Rusa y un partidario apasionado de sus logros. Para Aguirre Beltrán, Lombardo Toledano es un ejemplo del "sincretismo" más extremo, pues llega al punto de combinar en el mismo discurso al positivismo con el marxismo soviético, al agrarismo con el anarcosindicalismo, al liberalismo con el populismo (Aguirre Beltrán, 1973).

El indigenismo

No obstante, las reflexiones de Lombardo Toledano acerca del problema del indio forman parte de una preocupación más vasta sobre lo que se ha denominado el indigenismo. Eje de una parte importante de la ideología posrevolucionaria, el indigenismo plantea un debate sobre la nación y la integración nacional en México. Según Favre (1976), "el indigenismo se presenta como una interrogación sobre lo indio por los no-indios en función de las preocupaciones de estos últimos". En este sentido, la existencia de al menos tres connotaciones, la racial, la cultura y la lingüística, complica notablemente las cosas al impedir alcanzar un solo significado de la presencia del indio en la sociedad mexicana. En efecto, los mayores malentendidos

se presentan cuando se concibe el problema en términos *raciales*; en ese momento el perfil antropológico de los indios ya se ha modificado radicalmente: es difícil encontrar indios “puros”. Además, desde su independencia, México se ha transformado en una sociedad de clases en la que el criterio racial no desempeña un papel central.

Por otra parte, lo que se presenta como una “cultura” indígena no es sino una mezcla de la herencia colonial e indígena. La aculturación producida desde la conquista en adelante produjo una interpenetración que impide separar al uno del otro en términos de su especificidad. El arcaísmo de algunos rasgos de la cultura indígena de hoy no se debe identificar con alguna sobrevivencia prehispánica. Lo que hoy aparece como cultura indígena es algo nuevo, especial, y lo primitivo que pudiera tener no refleja sino lo primitivo de la situación de los indios.

Por último, el criterio lingüístico permite distinguir las diferentes etnias y fundamentar una diferenciación de las comunidades existentes en el país. Una vez hecho este deslinde que, al menos, permite alcanzar una definición aproximada de lo “indio”, es importante subrayar que el indigenismo constituye una visión del indio desde la perspectiva del no indio.

Las reflexiones de Villoro (1949) sobre este tema son relevantes. En su perspectiva, existen varias concepciones que definen el desarrollo del indigenismo como ideología y cada una de ellas tiene su propia lógica y presupuestos. Según Villoro, tenemos primero una concepción en la que lo indígena aparece como lo

cercano y negativo. Se rechaza el mundo anterior a la conquista; pero, a la vez se le asigna un significado dentro de la propia ideología de la conquista, que es la búsqueda del nuevo mundo y el logro de riquezas basadas en la grandeza de la colonia. En esta perspectiva, el nuevo mundo y los indígenas con él, deben ser asimilados al ideal, que es el europeo.

Una segunda concepción ve lo indígena como lejano y positivo. Aquí, lo indígena contiene la mexicanidad. Se postula una continuidad entre el mundo prehispánico y la colonización. En el trabajo de Clavijero, por ejemplo, Villoro percibe una reivindicación de la cultura prehispánica y un rechazo de la pretensión europea de erigirse en ideal, y el reconocimiento consecuente de que el mundo prehispánico contenía una cultura superior, en algunos aspectos, a la española.

Una tercera línea de pensamiento trata lo indígena como "muerto". El mundo prehispánico desapareció y es necesario reconstruir sus elementos constitutivos por medio de la arqueología, de la clasificación y análisis de la cultura desaparecida. Así, la cultura prehispánica se asimila a cualquier otra cultura existente con anterioridad a la colonización.

Más adelante, lo indígena se concibe como un asunto que plantea problemas, amenazas, riesgos... Existe una separación entre criollos e indios; entre la población autóctona y los colonizadores. Un episodio como la guerra de castas en Yucatán se interpreta como un intento de restauración de la supremacía indígena. Podemos observar que, en otros países de América Latina, esta percepción de lo indígena dio lugar a san-

grientas guerras de exterminio. Este fue el caso del Estado chileno con respecto a los araucanos en el sur de Chile y del Estado argentino con sus poblaciones autóctonas.

En seguida, y claramente derivada de una versión progresista de la presencia indígena en la sociedad mexicana, tenemos aquella concepción propia de Andrés Molina Enríquez, y también de Vasconcelos, en la que se trata de eliminar a la oligarquía blanca que protege su linaje y de sacar a los indios de su situación de exclusión para darles un lugar en la nueva sociedad. Se trata entonces de fundir las razas para producir una homogeneización social y producir la unificación del país. Para Vasconcelos se trataba de crear la "raza cósmica", no sólo en México sino también en los demás países del continente en donde existieran mayorías indígenas.

Esta versión de lo indígena como "problema" se identifica con una concepción en la que lo indígena debe ser "suprimido". Se trata de colonizar los países con inmigrantes blancos que permitan constituir sociedades lo más cercanas posibles, en términos raciales, a las sociedades avanzadas. Proyectos como los de Domingo Faustino Sarmiento y Porfirio Díaz, se acercan claramente a esta idea.

Por último, al triunfo de la Revolución Mexicana, el indio es reivindicado como encarnación de la nacionalidad y del proyecto de cambio social que aquélla inspiraba. Se trata de incorporar al indio a la nación porque se constata que su exclusión es clarísimo síntoma de la ausencia de tal integración. Por ello es posible

afirmar que el problema del indio es el problema que la revolución debe resolver. Esta concepción no está lejos de la idea de *raza cósmica*, pero su especificidad reside esencialmente en que da lugar a todo un proceso institucional relacionado con la implementación de medidas concretas que plasmen el ideal. Así, en 1938 se crea el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) con el propósito explícito de “buscar la unificación lingüística y de velar por el desarrollo económico de los pueblos indígenas”. Antes, el presidente Lázaro Cárdenas había creado el Departamento de Acción Social, Cultural y de Protección Indígena, cuyos primeros resultados se presentaron en el Primer Congreso Indigenista Interamericano celebrado en Pátzcuaro en 1940. Dentro de la misma dinámica se creó en 1948 el Instituto Nacional Indigenista (INI) que, adscrito directamente a la Presidencia de la República, promueve acciones en los campos de la educación, la salud, la agricultura, las comunicaciones y los asuntos jurídicos.

De manera que el *indigenismo*, después de atravesar por una serie de etapas en su desarrollo conceptual y sin perder nunca su estrecha relación con el campo político, se plasmó en una institucionalidad hoy inseparable de lo que se denomina el proyecto cultural de la Revolución Mexicana. Dentro de este contexto puede comprenderse el cuestionamiento de la labor del INI que se produjo en la coyuntura del movimiento estudiantil de 1968. En dicho cuestionamiento los estudiantes trataban de distanciarse con respecto a la herencia de la revolución que había orientado al indigenismo

hacia metas directamente tributarias del régimen político hegemónico. Además, los antropólogos, que eran quienes debían llevar a cabo las tareas específicas que debía cumplir el INI, pusieron objeciones intelectuales a la continuación del desarrollo de esas tareas. Según ellos, ya no se podía seguir orientado el desarrollo de la antropología con base en las necesidades del indigenismo. Los disidentes rehusaron seguir vinculando ambos elementos y, al mismo tiempo, cuestionaron el orden implantado por el régimen de la revolución. Denuncian la política de integración nacional perseguida por el INI acusándola de favorecer al capitalismo y a la clase dirigente, sobre todo en el nivel local. También la acusan de colocar deliberadamente a los indios en una situación dependiente en la estructura social, traicionando así los objetivos para los cuales el INI fuera creado. Por último, afirman que la política indigenista tiene por objeto liquidar las culturas indígenas, las cuales, según estos antropólogos, deben ser conservadas en su pureza. Las ideas planteadas son objeto de un debate que provoca el presidente Echeverría en 1971 y que lleva a una reformulación de la política del INI. El Instituto recibe entonces un presupuesto más elevado y se recomiendan políticas en cuya formulación y ejecución participe la población indígena. Se pretende también descentralizar la política indigenista y dar mayor injerencia a las entidades federativas donde esos asuntos sean importantes.

Conclusión

La cuestión nacional, central en el análisis de la ideología de la Revolución Mexicana, posee rasgos originales en la medida que está referida a elementos como el agrarismo, el indigenismo y la educación que, en otros proyectos similares, no ocupan el lugar que tienen en México. La constitución gradual y progresiva de una ideología de la Revolución Mexicana pasa por el desarrollo que estos ingredientes experimentan en el periodo posrevolucionario. Se reafirma así la hipótesis según la cual este proceso político no partió de un esquema ideológico preconcebido sino que más bien estuvo sujeto a la implementación de algunas ideas matrices convertidas en realidad a medida que la revolución se fue llevando a cabo.

Se trataba de formular un proyecto nacional en el que los campesinos, frecuentemente indígenas o de origen indígena, ocuparan el núcleo. Con base en este proyecto, había que proporcionar educación, dado el déficit que existía en el momento de la revolución. Pero, además, la educación tenía como propósito formar una conciencia revolucionaria en los niños y el sentido de pertenencia a una nación, concepto que no tenía referentes claros para grandes grupos de población a principios del siglo XX. Pero tampoco se agotaba ahí la pretensión de hacer nación mediante la educación. Se trataba también, y por último, de construir el país, devastado por la guerra revolucionaria y, para ello, era indispensable contar con una población formada en la *técnica*, capaz de sembrar, operar maquinaria y trabajar

en la industria. En este contexto, el proyecto ideológico de la Revolución Mexicana toma todo su sentido y adquiere la especificidad que reviste en el contexto internacional.

Apéndice

*Artículos 6o. y 7o. del Plan de Ayala
(28 de noviembre de 1911)*

- 6o. “Como parte adicional del Plan que invocamos, hacemos constar que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la tiranía y la justicia venal entrarán en posesión de estos bienes inmuebles desde luego los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos correspondientes a estas propiedades, de las cuales han sido despojados por la mala fe de sus opresores, manteniendo a todo trance, con las armas en la mano, la mencionada posesión y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos lo deducirán ante tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución.”
- 7o. “En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura por estar monopolizadas en unas

cuantas manos las tierras, montes y aguas, por esta causa se expropiarán, previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios, a los poderes propietarios de ellas, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.”

(Citado en Arnaldo Córdova, *La ideología de la Revolución Mexicana*, México, Editorial ERA, 1973, p. 437.)

Referencias

- Aguilar Camín, Héctor, *Saldos de la Revolución, cultura y política de México, 1910-1980*, México, Editorial Nueva Imagen, 1982.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, "Introducción" a Vicente Lombardo Toledano, *El problema del indio*, México, Setentas, núm. 114, 1973.
- Barre, Marie Chantel, *Ideologías indigenistas y movimientos indios*, México, Siglo XXI Editores, 1983.
- Blanco, José Joaquín, *Se llamaba Vasconcelos*, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Córdova, Arnaldo, *La ideología de la revolución mexicana*, México, Editorial ERA, 1976.
- Chassen de López, Francie, *Lombardo Toledano y el movimiento obrero mexicano (1917-1940)*, México, Editorial Extemporáneos, 1977.
- Favre, Henri, "L'indigénisme mexicain: naissance, développement, crise et renouveau", *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 4338-4340, 2 de diciembre de 1976.
- Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976.
- Lerner, Victoria, *La educación socialista*, El Colegio de México, 1979 (tomo 17 de *Historia de la Revolución Mexicana*, periodo 1934-1940).
- Skirius, John, *José Vasconcelos y la cruzada de 1929*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Vasconcelos, José, *Memorias*, II. *El desastre, El pro-consulado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Ediciones de la Casa Chata, núm. 9, 1979 (primera edición: El Colegio de México, 1950).

SEGUNDA PARTE

EL DESARROLLISMO Y LA MODERNIZACIÓN

Si los ideólogos de la izquierda naciente se expresaron en función de los grandes momentos de la historia latinoamericana de fines del siglo XIX y principios del siglo XX (expansión del imperialismo a partir de 1890, estallido de la Primera Guerra Mundial, las revoluciones de México y Rusia, la crisis del sistema de dominación oligárquico en los años 1915-1925), aquellos que se identifican con el desarrollismo y la modernización también tuvieron que rendir cuenta de los procesos que les tocó vivir (surgimiento del fascismo en Italia y España, crisis de 1929 y génesis de la industrialización sustitutiva, los frentes populares y la Segunda Guerra Mundial). De manera que las escuelas de pensamiento surgidas en los años treinta y cuarenta para interpretar el acontecer social y político de América Latina se insertan directamente en la historia del continente.

Si bien los textos más importantes, asociados tanto al desarrollismo como a la modernización empezaron a aparecer sólo en los años cincuenta (*Estudio económico de América Latina*, CEPAL, 1949; *Estructura social de la Argentina*, 1955), la herencia de los años treinta y cua-

renta estuvo en el centro de la reflexión de estos ideólogos. Pues, en efecto, dichos enfoques quisieron interpretar retrospectivamente la evolución de América Latina y sobre todo dar racionalidad a las propuestas de cambio que permitirían iniciar el crecimiento económico, las reformas indispensables en el campo y las transformaciones democráticas a las que aspiraban las masas de la región. Hombres como Prebisch, Germani y Medina Echavarría, inmersos en el desarrollo de enfoques originales en la economía y en la sociología formaron parte de una generación hoy destacada.

Esas escuelas, muy compatibles entre sí, sobre todo por el optimismo que las caracteriza respecto de las posibilidades de desarrollo del continente, tuvieron influencia política y formaron parte de los programas de organizaciones políticas como la democracia cristiana, el radicalismo, el aprismo y de organizaciones de izquierda, como los partidos socialistas. En algunos países, como Brasil y México, el *desarrollismo* puede ser considerado como la doctrina que inspira la acción estatal en el periodo 1940-1960. Personalidades como Miguel Alemán, presidente de México entre 1946 y 1952, o Juscelino Kubitscheck, presidente de Brasil entre 1956 y 1961 son ejemplos claros de cómo el proyecto desarrollista se adecuó a los programas políticos de aquellos líderes.

Sin embargo, la vigencia de dichas escuelas y de los proyectos políticos a los que dieron lugar se agotó hacia comienzos de los años sesenta: la Revolución Cubana de 1959 y el golpe de Estado en Brasil de 1964 dieron al traste con esa interpretación del desarrollo y

con los proyectos asociados a ella. Por lo que, entre 1959 y 1973, se abrió un nuevo debate que culminó con la generalización de la intervención militar en la política (Bolivia: 1971; Chile: 1973; Argentina: 1976; Perú: 1968). Es por ello que esos años hacen un parteaguas en la historia contemporánea de América Latina, considerada ésta tanto en su dimensión intelectual como política.

V. EL DESARROLLISMO

La crisis de 1929 afectó profundamente la dinámica económica latinoamericana. Marcó la relación de América Latina con el resto del mundo ya que la imposibilidad de seguir importando productos de consumo desde los países centrales y el cierre de los mercados para las materias primas exportadas por el continente hacia ellos, obligó a concentrar los esfuerzos en la sustitución de las importaciones por productos fabricados localmente y en diversificar la estructura productiva de manera tal que las exportaciones perdieran su carácter estratégico. Junto al impacto de la crisis en necesario decir que, en la década de los veinte, varios países experimentaron cambios políticos importantes. El acceso al poder de los radicales en Argentina (1916), de una alianza identificada con las clases medias en Chile (1920) y la consolidación de la Revolución Mexicana, son hechos que ilustran lo que podríamos llamar una recomposición del sistema político. De manera que, tanto el impacto de la crisis económica como la reforma del sistema político son elementos de la transformación del modelo de desarrollo que había seguido la región hasta ese momento.

Este modelo se identifica con un esfuerzo por romper los lazos de dependencia con el mercado internacional y con la realización de inversiones locales que permitiesen basar la dinámica económica en el mercado interno. Durante gran parte de las décadas de los años treinta y de los cuarenta, los acontecimientos políticos tendrán que ver con la implementación de ese nuevo modelo de desarrollo. Lo que hasta ese momento había sido una industria manufacturera incipiente, ligada al enclave minero o agroindustrial, se convierte en el sector prioritario al que corporaciones de desarrollo como Nacional Financiera (Nafinsa) en México o la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo) en Chile dedican atención preferente. Incluso, la colaboración del Banco de Exportación e Importación de Estados Unidos (Eximbank), contribuye, sobre todo en los años de la Segunda Guerra Mundial, a la realización de inversiones en la siderurgia, la electricidad, el petróleo y el riego. A la vez, empresarios, frecuentemente inmigrantes, crean nuevas empresas en sectores como el textil y el metalúrgico que se transforman rápidamente en las principales fuentes de abastecimiento de productos manufacturados para el mercado interno. Las inversiones se concentran en las ciudades, lo cual contribuye a mover el centro económico desde las minas, plantaciones y haciendas hacia los centros de consumo. Se intensifica la urbanización y crece la población activa dedicada a labores no agrícolas.

Durante el periodo 1935-1955, cuando ocurren los acontecimientos mencionados, varios países de América Latina empiezan a transitar desde la tradición hacia

la modernidad, en la expresión de Germani. La ampliación del mercado interno y la consecuente urbanización, la diversificación de las actividades económicas y la aparición de servicios de salud y educación en forma masiva proporcionan la base de lo que podríamos denominar la aparición de nuevos actores políticos asociados al nuevo modelo de desarrollo. El crecimiento de la clase obrera, de las clases medias y el debilitamiento de las oligarquías son el soporte del crecimiento de los partidos políticos de centro y de izquierda de esos años. En la medida que crece el producto y la economía interna se fortalece aumenta también el excedente disponible para distribuir en la población. Ello explica que ese periodo no haya sido, como el anterior, un periodo de grandes enfrentamientos de clases. Además, los marcos institucionales y, en particular, la legislación del trabajo desempeñaron un papel importante para asegurar esa "paz social" que se observa en el periodo en cuestión. Pareciera existir una "alianza" entre los diversos actores que forman el proyecto industrializador, que permite la puesta en práctica del modelo en las mejores condiciones. En este contexto deben situarse propuestas como el desarrollismo y la modernización para interpretar y dar sentido al modelo mencionado.

La Comisión Económica para América Latina (CEPAL)

Génesis política de la institución

El pensamiento desarrollista está estrechamente ligado al trabajo de la CEPAL, creada en 1949. Esta organización surgió como resultado de las deliberaciones de la VI Reunión del Consejo Económico y Social (Ecosoc) de las Naciones Unidas en febrero de 1948. Dicho Consejo tomó la decisión de crearla después de meses de negociación con Estados Unidos y la URSS, que se oponían a ello. Según Hernán Santa Cruz, funcionario de larga trayectoria en la ONU (1985), la CEPAL vio la luz gracias al apoyo otorgado por los europeos y entre ellos dos grandes figuras políticas de la posguerra, Pierre Mendés France y David Owen, quienes ayudaron a Alberto Lleras Camargo, presidente del Ecosoc a producir un consenso favorable. Pudieron constituir así una organización que ha desempeñado y desempeña un papel importante en el esfuerzo de interpretación del devenir económico y social de América Latina, inseparable de la concepción de varias políticas de desarrollo de la región, en particular la de industrialización por la vía de la sustitución de importaciones. En este punto, la figura de Raúl Prebisch es fundamental.

En efecto, después del nombramiento de Gustavo Martínez Cabañas como primer secretario general de la CEPAL, los países miembros solicitaron a Prebisch que se hiciera cargo de dirigirla, dada la mala salud

del primero. Al asumir la dirección de la CEPAL, Prebisch ya había hecho una larga carrera como funcionario de instituciones financieras de Argentina, y por ello es posible caracterizar la llegada a su nuevo cargo como la culminación de una trayectoria que se sostenía por sí sola.

Prebisch nació en Tucumán (Argentina) en 1901, en el seno de una familia de clase media; su padre era abogado y profesor universitario. A edad temprana, 19 años, Prebisch imparte una cátedra de economía política en la Universidad de Buenos Aires en 1920 y poco después, en 1925, se hace cargo de la dirección adjunta del Departamento de Estadística del gobierno argentino y de la Unidad de Investigaciones Económicas del Banco de la Nación. Esos son años de grandes cambios asociados a la figura del presidente Hipólito Irigoyen, primer radical que accedió al poder, lo que simboliza una transformación de la estructura de poder en Argentina. Sin embargo, dicha transformación no pudo sostenerse y en 1930 Irigoyen fue derrocado por un golpe militar dirigido por el general Uriburu. En esa coyuntura y por el contacto de Prebisch con el que fuera nombrado ministro de Hacienda, un antiguo militante socialista, Federico, en 1930, tomó posesión del cargo de subsecretario en este ministerio, puesto que ocupó hasta 1935. Este año fue nombrado presidente del Banco de la Nación y como tal definió las políticas económicas del gobierno castrense. En la *Memoria Anual* del Banco de la Nación dejó muchas de sus ideas, tal como lo haría más tarde en los estudios económicos de la CEPAL. Según Hodara (1987), Pre-

bisch estaba muy cerca de las ideas organicistas de pensadores como Ingenieros, Justo y Spencer, que lo llevaron a conceptualizar la inserción de Argentina en el mercado internacional en forma original. En ese esfuerzo, también aplicó las ideas de un economista chileno-alemán, Ernest Wageman, autor del libro *Estructura y ritmo de la economía mundial* (1933), que puede ser considerado como padre de la idea de "periferia", que tendrá tantos adeptos en América Latina en años posteriores. Tampoco puede excluirse la posibilidad de que Prebisch haya tenido contacto con los textos de Haya de la Torre y en particular con el libro *El anti-imperialismo y el APRA*, publicado en Santiago de Chile en 1936 y en el que también se discuten ideas semejantes a posteriores planteamientos centrales de Prebisch. En particular, se favorece la intervención del Estado en la actividad económica.

Finalmente, la obra de Gessel Wasserman, otro economista alemán, también tuvo influencia en la gestación de las ideas de Prebisch, quien, en su labor docente utilizaba textos alemanes que más tarde serían traducidos al español. Durante esta época, Prebisch no deja de tener contacto con la cátedra y a través de ella y de su puesto en la presidencia del Banco de la Nación, entra en contacto con muchos economistas y políticos latinoamericanos que lo pondrán en el primer lugar para la candidatura a la secretaría general de la CEPAL. Vale la pena señalar que con motivo de la llegada al poder del coronel Juan Domingo Perón en 1943, Prebisch pierde el cargo que ejercía y debe refugiarse en la Universidad de Buenos Aires, donde trabaja como

profesor de economía a lo largo de casi toda la década de los años cuarenta. Y es ahí donde lo encuentran para ofrecerle la secretaría general de la CEPAL, cargo que asume en 1950.

Una de las primeras decisiones de Prebisch fue constituir un grupo de trabajo formado por los economistas más destacados del continente en ese momento, entre los que se puede mencionar a Celso Furtado, Jorge Méndez, Carlos Castillo, Jorge Ahumada, Aníbal Pinto, Víctor Urquidi, Cristóbal Lara, José Antonio Mayobre, Manuel Balboa y Dudley Seers. Este grupo estuvo al frente de la CEPAL en sus comienzos y fue la base intelectual del proyecto de la organización. Se pudo poner en marcha los programas de investigación y Prebisch pudo fundamentar y dar sentido al encargo de los creadores de dicha institución.

Rápidamente, Prebisch y sus colaboradores dieron luz al primer documento de análisis de la realidad económica continental, el *Estudio económico de América Latina*, editado en 1950, seguido a partir de este año por un estudio anual. Por mucho tiempo, el documento fue la base de discusión tanto de la evolución como de las perspectivas del desarrollo de la región. La interpretación que contiene acerca de las dos grandes etapas del desarrollo, la del crecimiento hacia fuera y la del crecimiento hacia dentro, han pasado a ser moneda corriente en la periodización de la economía latinoamericana. Los fundamentos estadísticos que se proporcionan para fundamentarla eran, en esa época, inéditos y permitieron mostrar, en términos comparativos, la forma en que el continente se había relacionado con

el resto del mundo desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Prebisch y sus compañeros constituyeron, según Hodara, una "secta" en términos weberianos, ya que su presencia articuló el trabajo colectivo dándole un relieve que no hubiese tenido si el proyecto se hubiera individualizado. En diez años la CEPAL intensificó el ritmo de sus publicaciones, que de acuerdo con la cuenta de Hodara, suman más de tres mil documentos de diversa índole, escritos para las reuniones anuales de la organización, para seminarios y otro tipo de reuniones convocadas para la discusión de cuestiones específicas. Vale la pena subrayar que la CEPAL, a diferencia de otras instituciones de tipo internacional, fue poco burocratizada y su impacto en todos los países reemplazó la escasa repercusión de las universidades de la región en ese mismo periodo. Por lo menos mientras Prebisch estuvo a cargo, su carisma, su creatividad y el talento para producir trabajos colectivos permitieron a este organismo el logro de objetivos importantes.

Lo anterior puede darnos un telón de fondo para presentar la contribución más precisa de la CEPAL. Los planteamientos presentados corresponden a un "intento de mediación de las instancias económicas y sociales en relación al Estado" y como tales pueden ser asimiladas a una ideología en la que a un tiempo se realiza un diagnóstico esencialmente histórico del devenir latinoamericano y se estructura un proyecto económico con gran relevancia política, sobre todo si recordamos las condiciones imperantes en el continente entre 1935 y 1955, relacionadas todas con una transi-

ción tanto en las formas de inserción en el mercado internacional como en los procesos que estaban afectando a las sociedades (urbanización, industrialización). De esta manera es posible pensar que el discurso de la CEPAL confiere racionalidad a una acción gubernamental que en varios países estaba llevando a cabo, empíricamente, políticas después organizadas por la CEPAL y sustentadas en lo técnico.

La concepción de la CEPAL

a) La concepción centro-periferia

En los textos de la CEPAL hay una serie de proposiciones que pretenden interpretar el desarrollo de América Latina en forma global. En efecto, la idea según la cual la economía mundial es una sola, en la que se pueden distinguir un centro y una periferia, es el punto de partida de dicho análisis integral. Esto implica que si bien existe esa economía es necesario diferenciar sus elementos constitutivos para dar sentido a la dinámica de la misma. Así, las estructuras productivas de la periferia y del centro se caracterizan por su complementariedad y por la naturaleza desigual de sus relaciones. Es decir, las relaciones entre centro y periferia no se dan en un contexto de igualdad sino de desigualdad y de subordinación. ¿Por qué? Esencialmente porque si la economía periférica es heterogénea, especializada y poco tecnificada, la economía central es homogénea y diversificada a la vez que posee altos niveles de tecni-

ficación: tal situación condiciona la existencia, en la periferia, de sectores de alta y de baja productividad, así como la concentración de las exportaciones en uno o dos sectores. Por su parte en el centro, la economía tiende hacia la homogeneidad en términos de sus niveles de productividad del trabajo y hacia la diversificación de las exportaciones. También existe innovación tecnológica constante.

La desigualdad también se expresa en el deterioro de los términos del intercambio entre el centro y la periferia. Es decir: el nivel de precios de los productos primarios exportados por la periferia tiende a disminuir mientras el nivel de precios de los productos que importa tiende a aumentar; esto genera un desequilibrio creciente entre los recursos necesarios a la periferia para desarrollarse y los requisitos planteados para llevarlo a cabo. De manera que tanto por las características de las economías del centro y de la periferia como por el deterioro de los términos del intercambio se producen resultados altamente perjudiciales para esta última. Se refuerza así el carácter desigual de ambos elementos constitutivos de la economía mundial.

Según Octavio Rodríguez (1980), autor del mejor intento para dar forma a lo que podría llamarse la doctrina cepalina, tres aspectos son fundamentales en la caracterización del tipo de crecimiento que experimenta la periferia.

b) El desequilibrio exterior

El valor de las exportaciones latinoamericanas no corresponde al costo de las importaciones, que tienden a experimentar alzas de precios. Los déficits comerciales endémicos se producen como resultado de la ausencia de una dinámica industrial intensa en la economía periférica, lo cual, según la CEPAL, debe corregirse mediante la puesta en práctica de la industrialización. La periferia debe reorganizar su estructura industrial con base en una política de inversiones deliberada que permita fortalecer el mercado interno y eliminar la necesidad de importaciones. Además, y para fortalecer las posibilidades de éxito de esta política, es necesario fijar tarifas de entrada a las importaciones. En todo caso, según Prebisch, “la industrialización de la América Latina no es incompatible con el desarrollo eficaz de la producción primaria” (1962). Se trata de activar también el comercio exterior pero en función del proyecto industrializador, de manera que éste sea la locomotora de la expansión industrial nacional. Afirma: “la solución no está en crecer a expensas del comercio exterior sino de saber extraer, de un comercio exterior cada vez más grande, los elementos propulsores del desarrollo económico” (1952). Añade: “pero ello no significa que la exportación primaria haya de sacrificarse por favorecer el desarrollo industrial”.

c) La heterogeneidad estructural y el desempleo

La existencia de sectores de alta y baja productividad en la economía periférica induce la migración de éste al primero y fomenta al mismo tiempo la organización desligada de una oferta de oportunidades de empleo para los migrantes. Ésta es una de las consecuencias más dramáticas del proceso de desarrollo seguido por la región, y uno de los obstáculos más serios a una expansión de la economía limitada por lo reducido de los salarios y el efecto de esto en la demanda global.

d) Especialización, heterogeneidad y deterioro

La acumulación y el crecimiento no tienen lugar en la periferia con los requisitos de equilibrio necesarios. Las exportaciones continúan concentradas en uno o dos sectores y la tan ansiada diversificación no se produce. Tampoco disminuye el volumen de las importaciones y la expansión del sector primario está ligada estrechamente a los vaivenes de la economía de los países centrales. El sector industrial, si bien recibe la atención preferente del Estado, no consigue despegar. Así, el progreso y el desarrollo de la periferia se mantienen condicionados a la dinámica del centro, de donde no pueden salir.

En el planteamiento de la CEPAL aparecen frecuentemente referencias a la cuestión social. Se supone que la industrialización contribuye a la transformación de las relaciones sociales: aparecen nuevas categorías so-

ciales como las de obreros y empresarios industriales, conceptualmente cercanas a la de burguesía. También se fortalecen instituciones como el sindicalismo, protagonista importante en la regulación de la economía, al presionar por mejoras salariales. Por otra parte, se incrementan los niveles de racionalidad del sistema social, lo que se refleja en incrementos de eficiencia del aparato productivo. Aparecen aquí actores como los administradores y técnicos cuyo papel es fundamental en la implantación del proyecto industrializador. A la vez, el papel del Estado se convierte en clave pues, por su mediación, se negocian los conflictos, se establecen planes de desarrollo concertados y se establecen los mecanismos de protección del mercado interno, todo lo cual apunta hacia el fortalecimiento de la nación, considerada como el espacio fundamental donde debe desenvolverse la actividad económica. La CEPAL, a pesar de ser una organización internacional, plantea estrategias basadas en una visión muy precisa del Estado-nación como unidad básica del desarrollo. Además, considera que las relaciones sociales dentro de esa unidad no son necesariamente conflictivas. Los actores sociales principales pueden encontrar puntos de unión a través del Estado. Finalmente, la CEPAL no se alinea ideológicamente con las grandes corrientes políticas que animaban el escenario latinoamericano de la época. Quizás sin quererlo, asume la lógica del populismo que caracterizaba los regímenes de Brasil, Argentina y México durante los años en que expresó dichas ideas.

En este sentido, la definición de Weffort sobre el

populismo puede servir de referencia para la caracterización del planteamiento cepalino: "estructura institucional de tipo autoritario y semicorporativo; orientación política de tendencia nacionalista, antiliberal y antioligárquica; orientación económica de tendencia nacionalista, estatista e industrializadora, composición policlasista con apoyo mayoritario de las clases populares" (1973). Este modelo, vigente en esos países durante el periodo que nos ha tocado revisar (1930-1960), pareciera presidir la estrategia recomendada por la CEPAL para desarrollar a los países de la región. En efecto, en el modelo populista existen elementos funcionales al proyecto cepalino: coexistencia entre las clases sociales, Estado omnipresente, nacionalismo y búsqueda del apoyo del pueblo. Eso fue lo que permitió la utilización de las recomendaciones cepalinas por gobiernos tan disímiles como los de Getulio Vargas, Perón o los de presidentes mexicanos.

Tenemos entonces que la concepción de la CEPAL, si bien puede presentarse en términos esencialmente técnicos, es también susceptible de fundamentarse políticamente. Y a este respecto debe mencionarse la herencia que Prebisch supo rescatar de los planteamientos de Haya de la Torre en los años treinta. En efecto, la doctrina aprista planteada por Haya guarda más de alguna semejanza con la elaboración que Prebisch realizará en sus años en la CEPAL. Nacionalismo, antimperialismo, un Estado concebido como centro de planeación y mediación entre diversas categorías sociales, se encuentran aquí en un marco de referencia imposible de no asociar con aquél propuesto por la CEPAL.

Referencias

- Cavarozzi, Marcelo, "El 'desarrollismo' y las relaciones entre democracia y capitalismo dependiente" en *Dependencia y desarrollo en América Latina*, *Latin American Research Review*, vol. 17, núm. 1, 1982.
- Gurrieri, Adolfo, "José Medina Echavarría, un perfil intelectual", *Revista de la CEPAL*, núm. 9, diciembre de 1979.
- Hodara, Joseph, *Prebisch y la CEPAL: sustancia, trayectoria y contexto institucional*, México, El Colegio de México, 1987.
- Lira, Andrés, "José Gaos y José Medina Echavarría: la vocación intelectual", *Estudios Sociológicos*, vol. IV, núm. 10, enero-abril de 1986. (Publicado también en *Vuelta*, noviembre de 1982.)
- Love, Joseph, "Raúl Prebisch and the Origins of the Doctrine of Unequal Exchange", *Latin American Research Review*, vol. V, núm. 3, 1980.
- Rodríguez, Octavio, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, México, Siglo XXI Editores, 1980.
- Sikkink, Kathryn, "The Influence of Raúl Prebisch on Economic Policy Making in Argentina: 1950-1962", *Latin American Research Review*, núm. 2, 1988.
- Wageman, Ernest, *Estructura y ritmo de la economía mundial*, Barcelona, Editorial Labor, 1933.

VI. UN LIBERAL REPUBLICANO EN AMÉRICA LATINA

Para establecer la perspectiva que quisiéramos presentar aquí, es indispensable tratar de unir las ideas de la CEPAL y la labor sociológica de Medina Echavarría. En efecto, si bien es correcto clasificar a Medina dentro del desarrollismo cepalino, los correctivos que éste trató de introducir en la obra de la CEPAL pueden, en justicia, formar parte de ésta. Porque, tal como lo plantea Andrés Lira en un texto importante: “los medios técnicos del desarrollo económico que se elaboraban en los organismos internacionales resultaban cada vez más ineficientes y ciegos frente a los auténticos problemas sociales. Para enfrentar esta situación, Medina propuso y dirigió planes de estudio destinados a lograr visiones responsables de los problemas del desarrollo” (Lira, 1986).

Como muchos intelectuales que tuvieron que emigrar a América después de la derrota de la República española en 1939, Medina comparte los desafíos que se le plantearon a todos ellos cuando atravesaron el Atlántico. Entre éstos cabe mencionar primero la necesidad de conferir sentido a la derrota frente a las poten-

cias del eje y racionalizar el advenimiento del fascismo. En este sentido, para Medina, como lo fue para Germani, se trató sobre todo de digerir la decadencia de la sociedad liberal, de interpretar la generalización del irracionalismo como fuente de inspiración intelectual en muchos países y de buscar la reactualización de los valores liberales, problema que le preocupó en el desarrollo de su obra posterior. En la década de los cuarenta —gran parte de la cual Medina pasó en México dando sus cursos en la Universidad Nacional y en El Colegio de México y publicando varios trabajos elaborados antes de viajar a América, entre los cuales podemos mencionar *Panorama de la sociología contemporánea* (1940) y *Sociología: teoría y técnica* (1941)— llevó a cabo este ajuste de cuentas con su pasado y empezó a tirar líneas hacia lo que sería su trabajo futuro. En este esfuerzo, una tarea inicial era conocer el contexto dentro del cual se desenvolvían los países latinoamericanos, en el que la consolidación de Estados Unidos como potencia jugaba un papel central. Pues era claro que la Segunda Guerra Mundial y el papel de Estados Unidos en ella dieron pie al establecimiento de nuevas relaciones, mucho más estrechas, entre América Latina y el país del norte. La intensidad de la dinámica del país del norte, fortalecida con la guerra, se derramó hacia el sur, que pudo desempeñarse como proveedor de materias primas y como mercado de las exportaciones norteamericanas. Sin embargo, para Medina el impacto más duradero de la consolidación del poder estadounidense no reside en el ámbito material sino más bien en el efecto de demostración del *American way of*

life, centrado en el consumo. Las élites sociales y políticas buscan constituir sociedades que imiten el modelo de Estados Unidos y para ello adoptan el proyecto industrializador que les permitirá alcanzarlo. La intensificación del ritmo de crecimiento económico, centrado en el mercado interno, está ligado a la penetración del modelo cultural norteamericano en las sociedades latinoamericanas. De manera que cuando Medina llega a trabajar a la CEPAL como traductor y revisor de los textos escritos por los economistas (1952), la necesidad de estudiar los aspectos sociales del desarrollo económico era prioritaria. Además, su contribución a la elaboración de las ideas que estaban en gestación en Santiago de Chile conllevó la entrega de su amplia erudición respecto de la sociología alemana, en particular de los aportes que Max Weber había hecho al estudio del cambio social en *Economía y sociedad*, libro que Medina había traducido para el Fondo de Cultura Económica en 1944.

El análisis de las consecuencias sociales del desarrollo económico está plasmado en el texto *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*, que Medina Echevarría publicó en Buenos Aires en 1964. Se trataba de problematizar la relación entre la economía y la sociedad en América Latina, cuestión que en la sociología clásica había sido central. Según Medina, es necesario separar estos ámbitos y buscar cómo se oponen o refuerzan mutuamente en un proceso de desarrollo. Porque en principio es difícil encontrar una correspondencia clara entre estos dos elementos; más bien, si uno realiza una comparación entre diversos países lo que

tiende a encontrarse es un contraste entre los indicadores económicos y los indicadores socioculturales. Además, la contribución de la sociología clásica a dicho análisis está en la identificación de los obstáculos para el desarrollo, entre los cuales figuran las instituciones económicas, las formas de propiedad, el tipo de división del trabajo, las concepciones acerca del trabajo, de la acumulación de capital, las formas organizativas y el papel del Estado. Es en este campo donde pretende intervenir Medina.

El punto de partida es postular que América Latina constituye un fragmento de la cultura occidental, donde no ha actuado en forma pasiva y en la que, además, no existe una ruptura respecto a la historia de Occidente. Sin embargo, ser parte de esta cultura ha resultado adverso para el desarrollo de la región. Por ejemplo, la invasión napoleónica a España repercute sobre los procesos de independencia que tendrán lugar en América a principios del siglo XIX. Medina caracteriza así un tránsito dificultoso y tenso en donde "la constelación externa ha tenido una significación adversa" para el continente.

Y, al enfrentar conceptos como el de *dualismo estructural*, utilizado para dar cuenta de la situación americana, Medina plantea que las distancias entre lo tradicional y lo moderno están dadas por el propio proceso interno y no por la yuxtaposición en un pueblo primitivo de organizaciones económicas de origen externo. No se trata pues de la oposición entre dos modos de vida diferentes sino de la forma en que se interpenetran partes retrasadas y adelantadas en un mismo pro-

ceso. Medina se adelanta así a lo que más tarde, en los años sesenta, Stavenhagen y González Casanova denominarán el colonialismo interno. De lo anterior se derivan tres procesos de cambio: *a)* la transformación económica; *b)* el proceso de integración nacional, y *c)* la integración supranacional. Los tres niveles están estrechamente interrelacionados pues la intensificación del desarrollo económico ha contribuido a la integración ciudadana que a su vez desempeña un importante papel en la consolidación de los estados nacionales. Como culminación de lo anterior se busca el ideal de la integración económica como palanca para lograr una identidad continental.

A partir de esas consideraciones iniciales, Medina prepara la presentación de su conceptualización del proceso de cambio en América Latina, que se refiere al paso de la *hacienda* a la *empresa*. Pues, “toda la historia económica, social y política de América Latina es en buena parte la historia de la consolidación y transformación de esa unidad económica y social. El relato del ocaso de la estructura tradicional se confunde con la del lento declinar de esa vieja organización” (p. 53). Para Medina, la *hacienda* es algo más que una unidad de producción económica: es el instrumento de la instalación de un *orden* en el campo. Es decir, la hacienda es una forma de dominación, el soporte de una familia y el símbolo de un apellido. Es un todo social, cerrado, con una textura de relaciones humanas continuamente reiteradas en un conjunto de funciones y tareas para cada quien. Se constituye así un sistema de *autoridad tradicional* (de acuerdo con la conceptualización webe-

riana) que penetra y se extiende por las relaciones de mando encarnadas en la figura del patrón, figura muy persistente en la representación popular. Por último, la hacienda representa un orden señorial en donde hay una religiosidad de destino, magnanimidad, prestancia, diletantismo. Cuando Eduardo Barrios en su novela *Gran señor y rajadiablos*, habla de la figura del dueño de fundo en Chile, está muy cerca de lo que busca ilustrar Medina en su esfuerzo por constituir el *tipo ideal* de la hacienda.

Pero dicho tipo ideal enfrentó desafíos de la realidad que le fueron quitando progresivamente su pureza. La extensión de las relaciones de mercado y la inserción en un sistema de comercio, así como la aparición de cultivos especulativos (azúcar, café, algodón) desarraigaron la mano de obra de las haciendas y contribuyeron a crear una fuerza de trabajo móvil, que más tarde fue base de sustentación del proletariado, en sentido estricto. Además, lo anterior permitió la aparición de un mercado interno cuya demanda creció más rápido que la capacidad de la hacienda para satisfacerlo. El paso de la hacienda a la empresa estaba en marcha. El modelo del paternalismo tradicional empieza a vaciarse de contenido. Pierde sentido el valor de la cordialidad en las relaciones personales. Desaparece el amparo que dicho paternalismo representaba en momentos de crisis. Todo coincide con el *desarraigo*, con la pérdida de los vínculos personales de relación. Otro proceso, el de la urbanización, refuerza al anterior y se combina con él para traslaparse con el paso de la hacienda a la empresa; aparece así la oposición entre la

ciudad y el campo, entre la urbe y la hacienda. Medina afirma: “si la hacienda hizo materialmente a América Latina al organizar como pudo —bien o mal— su dilatado espacio geográfico, la ciudad hizo a América Latina como la sede de su ‘poder espiritual’ ”.

En la constitución del tipo ideal de la hacienda, Medina define por exclusión al de la empresa, que pasa a representar un modelo analítico concebido como el revés de la medalla. Por ello no coincide necesariamente con el planteado por Weber. En efecto, la empresa es, en Medina, un tipo de dominación, un modelo de relación social directamente tributario de la *modernidad*, en donde el hombre de empresa desempeña un papel anónimo en sus vínculos con los trabajadores aunque existen formas híbridas en las que subsiste, en la fábrica, la imagen del patrón heredada de la hacienda.

Sin embargo, el problema central del paso de la hacienda a la empresa no reside sólo en el ámbito económico sino también en la alteración de la estructura de poder. Políticamente el sistema de la hacienda descansaba en la oposición entre liberales y conservadores, subdivididos entre laicos y confesionales, federalistas y centralistas, urbanos y rurales. Este sistema funcionó a lo largo del siglo XIX pero cuando cesó de funcionar dejó un vacío “tremendo”, producido básicamente a partir de la aparición de las nuevas clases medias, urbanas y en parte rurales. Para Medina este proceso es esencialmente de tipo ideológico y está ligado a la disolución del liberalismo. Vale la pena citar a Medina a este respecto:

Ortega y Gasset define al liberalismo como el principio de derecho político según el cual el poder público, no obstante ser omnipotente, se limita a sí mismo y procura, aun a su costa, dejar un hueco en el estado en que él impera para que puedan vivir los que no piensan y sienten como él, es decir, como los más fuertes, como la mayoría. El liberalismo es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a la minoría y es por lo tanto el más noble grito que ha sonado en el planeta. Proclama la decisión de convivir con el enemigo, más aún con el enemigo débil.

A esta concepción se contraponen la teoría de inspiración paretiana que define la esencia de la política como la contraposición entre amigo y enemigo:

La auténtica distinción política es la distinción entre amigo y enemigo. Es la que otorga a las acciones humanas su sentido político. La distinción entre amigo y enemigo señala la máxima intensidad de una unión o de una separación. Puede existir teórica o prácticamente sin que para nada tengan que aplicarse al mismo tiempo distinciones de otro tipo: morales, estéticas, económicas u otras. El enemigo político no es necesario que sea moralmente malo ni tampoco competidor económico pues incluso pudiera ser provechoso entrar en negocios con él. Lo esencial, sin embargo, es que siempre es el otro, el extraño.

Este paso del liberalismo —donde la deliberación era la nota esencial de la democracia— hacia el esquema de inspiración positivista en el que “minorías audaces crean el destino histórico”, es el que preside la transición de la hacienda a la empresa en el ámbito político.

Por ello, las preguntas acerca de lo que está ocu-

rriendo, acerca de los elementos constitutivos de la nueva sociedad se hacen indispensables: “¿cuáles son los soportes de la nueva estructura que está sucediendo a la anterior y que ésta portaba en su seno desde los comienzos de su descomposición?; ¿dónde se encuentra el último fundamento de la toma de conciencia que se abre con el nuevo ciclo económico, la fisionomía del futuro inmediato?” Para Medina, no son ni los nuevos burgueses ligados al sector exportador, ni los nuevos proletarios asociados a éste quienes dirigen el cambio; son más bien las clases medias emergentes cuyo proyecto está centrado más en la distribución del ingreso que en el crecimiento económico *per se*. Las clases medias son expertas en el arte del compromiso y serán ellas las que encarnarán el nuevo modelo de dominación en el siglo XX. La historia da la razón a Medina: Irigoyen en Argentina, Leguía en Perú y Alessandri en Chile son ejemplos de la forma que toma el proceso de transición y también ilustraciones del quiebre del sistema de dominación oligárquico controlado por los terratenientes.

El problema planteado a los nuevos grupos dirigentes es que no son ni legítimos ni eficaces. Y por ello aparecen los militares como agentes capaces de llenar el vacío de poder que los grupos medios quisieron llenar. Los militares son los únicos profesionales educados en una visión patriótica que además trata de ser técnica, lo que les permite adscribirse a una lógica de acción eficaz. Sin embargo, los casos más conspicuos de intervención militar como son los de Argentina, Perú o Chile, revelan que dicho intento siempre es fa-

llido. De una aspiración a la legitimidad degeneran en promesas y programas que no derivan en realidades tangibles. Así, la transición se hace cada vez más tensa: el paso de la hacienda a la empresa no consolida un nuevo sistema de organización económica, social o política y las formas ambiguas tienden a predominar.

Finalmente, la situación de las masas marginales constituye un terreno abonado para los planteamientos extremistas. Medina no cuenta en el momento de escribir con una base de investigación empírica suficientemente amplia para justificar esta afirmación, por lo que, vista retrospectivamente, ella no posee gran validez. En efecto, los trabajos de Nelson (1969), Cornelius (1980), Portes (1971) y Lomnitz (1978) revelaron que los habitantes de las poblaciones suburbanas no tenían tanta propensión a adscribirse a ideologías extremistas como se supone y que más bien sus aspiraciones buscaban el logro de beneficios tangibles como agua potable, electricidad, drenaje y vigilancia policial. Medina, al seguir a Lipset, cayó en la trampa de lo que muchos estudios revelaron como ajeno a la vivencia de los marginales: su participación en organizaciones voluntarias lejos de ser escasa es muy intensa; la organización familiar es compleja por la presencia de unidades extensas; sus niveles educacionales no son tan bajos como una apreciación inicial pudiera hacerlo pensar. En suma, estas características no conducen hacia actitudes antidemocráticas y autoritarias, como pensó Lipset y Medina acriticamente lo transcribió, sino más bien hacia actitudes de participación social intensa. Además, no llevaron a los habitantes de las

poblaciones marginales hacia fórmulas políticas extremistas sino más bien a sustentar organizaciones políticas centristas que ofrecieron soluciones a sus problemas.

Las opciones del desarrollo son entonces esencialmente políticas y en ello el planteamiento de Medina puede parecer hoy en día un tanto añejo. Sin embargo, en los años sesenta, tanto Medina como la CEPAL tuvieron que definir alternativas en ausencia de información empírica suficientemente desglosada.

Conclusión

El esfuerzo pionero de la CEPAL y Prebisch por un lado, y la contribución sustantiva de Medina a este esfuerzo por otro, caracterizan una etapa del desarrollo del pensamiento *analítico*, en oposición al que pudiéramos llamar *ideológico* de la etapa anterior. Se intentó cumplir una serie de tareas, entre las cuales sobresale la búsqueda de una periodización de la trayectoria económica del continente y darle un sentido al proceso de transición de la tradición a la modernidad. Medina, firmemente apoyado en los textos de Max Weber fue quien llevó a término esta segunda tarea mientras que la CEPAL, apoyada en las tesis de Prebisch, cumplió con la primera. En la etapa siguiente Gino Germani conseguirá teorizar en forma más acabada el proceso de transición apoyado en el modelo que habían elaborado Moore, Hoselitz y Parsons a la vez que le dará una especificidad, basada en sus estudios de la realidad argentina de los años cuarenta y cincuenta.

Referencias

- Cornelius, Wayne, *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México*, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Gurrieri, Adolfo, "El progreso técnico y sus frutos. La idea de desarrollo en la obra de Raúl Prebisch", en *Comercio Exterior*, vol. 31, núm. 12, diciembre de 1981.
- Lomnitz, Larissa, *Cómo sobreviven los marginados*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Medina Echavarría, José, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1964 (también Editorial Universitaria Centroamericana, EDUCA, San José, Costa Rica, 1976.)
- , "Inéditos", *Estudios Sociológicos*, vol. IV, núm. 10, enero-abril de 1986.
- Nelson, John, *Migrants, Urban Poverty, and Instability in Developing Nations*, Cambridge, Center for International Affairs, Harvard University Press, 1969.
- Portes, Alejandro, "Political Primitivism, Differential Socialization and Lower Class Leftist Radicalism", *American Sociological Review*, vol. 36, octubre de 1971.
- Prebisch, Raúl, "El desarrollo de América Latina y algunos de sus principales problemas", en A. Gurrieri, *La obra de Prebisch en la CEPAL*, México, Fondo de Cultura Económica, col. Lecturas del Fondo, núm. 46, 1982.
- Rodríguez, Octavio, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, México, Siglo XXI Editores, 1980.
- Santa Cruz, Hernán, *La CEPAL: encarnación de una esperanza de América Latina*, Cuadernos de la CEPAL, núm. 50.

Urquidi, Víctor, "Raúl Prebisch: 1901-1986", *El Trimestre Económico*, vol. LIII (3), núm. 211, julio-septiembre de 1986.

VII. GINO GERMANI Y LA MODERNIZACIÓN

Para comprender el aporte de Germani a la caracterización del proceso de cambio social en América Latina, es necesario situarlo dentro del contexto de la teoría de la modernización. La pregunta primordial de esta teoría atañe a la posibilidad de reproducir la experiencia de desarrollo de los países centrales en la periferia. Tal posibilidad depende de las características culturales de los países de la periferia que se embarquen en dicho proceso. En efecto, la teoría de la modernización asigna un papel esencial a estas características en contraposición al desarrollismo, donde la evolución económica y los cambios en la forma de inserción de la periferia en el mercado mundial desempeñaban un papel central. Esta afirmación de principio vincula a la modernización con los esquemas evolucionistas del siglo XIX que postulan la existencia de una sociedad tradicional y de una sociedad moderna, entre las cuales tienen lugar una serie de procesos como los de diferenciación o especialización, que progresivamente van dando lugar a la nueva sociedad. El paso de una a otra está, además, inscrito en un *continuum*, que no da lugar

a rupturas profundas. Al contrario, la evolución se da en forma gradual, progresiva y supone la existencia de un mejoramiento, de un progreso (en los términos de los positivistas) entre ambos extremos de dicho *continuum*.

Por otro lado, la teoría de la modernización se sitúa en el marco del Estado nacional y posee los límites que éste puede marcar desde el punto de vista histórico y también desde el punto de vista del desarrollo institucional. Así, la modernización no necesariamente trasciende esos límites.

El análisis del proceso de modernización de la periferia da por supuesta la existencia de una modernidad en los países centrales. En efecto, se deben conocer empírica y formalmente las funciones de los países avanzados, que se supone ya han alcanzado los objetivos pretendidos para los periféricos. Por ello es que la diferencia entre países modernos y atrasados no se da tanto en su naturaleza como en la rapidez e intensidad con que estos últimos pueden avanzar.

Por otra parte, el énfasis dado a los aspectos culturales se completa con una insistencia en la necesidad de un cambio individual. La modernidad está sujeta a la internalización de normas de ese carácter por parte de los que viven este proceso. Así, se subraya el incremento de la "racionalidad" en el comportamiento humano y en la organización social; se insiste en la necesidad de decidir a partir de información objetiva y de cálculos relacionados con los procedimientos que se aplicarán para buscar el "logro" (*achievement*); y finalmente, la "racionalidad" es instrumental y no está re-

ferida al encuentro de fines últimos. En ese sentido, el planteamiento de la modernización está muy cerca de la tesis weberianas, de las que es tributaria directa, sobre todo de aquella que versa sobre la relación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo.

En esta línea de pensamiento debe inscribirse el trabajo que Germani desarrolló en los años cincuenta, obra de gran influencia porque llevó la experiencia latinoamericana a la conceptualización de la modernización.

Gino Germani: (1911-1979)

La biografía de Germani tal como él la reconstruye en la entrevista concedida a Joseph Kahl (1976), puede periodizarse en algunas etapas, cada una de las cuales posee cierta vida propia. Su etapa "italiana", que va de 1911 a 1934, está ligada al surgimiento del fascismo y a los densos procesos sociales que ocurren en Italia. En gran medida, este periodo es el que provoca en Germani inquietudes más tarde plasmadas en sus análisis de los procesos latinoamericanos: los efectos de la migración del campo a la ciudad (que se intensifica en Italia a partir de la Primera Guerra Mundial); la organización sindical y la movilización obrera (toma de fábricas en Turín en 1918); las divisiones de los socialistas que sirven de catalizador para el desarrollo del movimiento fascista (a partir de las elecciones de 1921). Su vivencia del ascenso de Mussolini al poder lo impulsa a participar en el cuestionamiento que esos

procesos provocan en su generación. Es encarcelado por distribuir propaganda antifascista y, desde la cárcel, observa de cerca la cultura clandestina animada por los militantes comunistas; al mismo tiempo se compenetra de las categorías del pensamiento marxista, cuyo dogmatismo percibe desde muy temprano. A pesar de ser liberado, sigue estando sujeto a vigilancia policial y por ello, así como por la viudez de su madre, decide emigrar a Argentina en 1934. A partir de ese año puede identificarse una segunda etapa de la trayectoria de Germani, que se prolongará hasta 1945, momento del acceso al poder de Perón.

Durante el lapso 1934-1945, Germani termina sus estudios superiores. A pesar de que en la Universidad de Roma había iniciado estudios de contabilidad, sobre todo para dar satisfacción a su padre porque sus inclinaciones lo llevaban más bien hacia la música, es en Buenos Aires donde consolida su formación en las humanidades. Siguió algunos cursos de economía y más tarde de filosofía. Participó en la Federación de Estudiantes y en ella se suma al ejercicio de la actividad política universitaria. Recordemos que en esos años se encontraban en el poder los militares que habían derrocado a Irigoyen y que el dominio oligárquico era general en el país. Germani, para poder sobrevivir, trabajaba en la Comisión Dictaminadora del precio del mate en el Ministerio de Agricultura, al mismo tiempo que seguía los cursos del historiador Ricardo Levene. Éste le ayudaría a formarse, sobre todo después de la creación del Instituto de Sociología, adscrito a la Universidad de Buenos Aires. Es ahí donde Germani lee

a los clásicos y empieza a realizar estudios de la situación "social" de Argentina. Escribe en el *Boletín* de dicho Instituto trabajos relacionados con la estadística publicada por el gobierno sobre la evolución de la población económicamente activa. A partir de sus cálculos establece los cambios producidos en la distribución sectorial de la PEA, tema que siempre le será útil para puntualizar lo que más adelante denominará la transición. En 1943 recibirá el título de profesor de filosofía, que facilitó su ingreso al Instituto de Sociología. Ahí profundizó sus conocimientos de metodología y concibió sus ideas acerca de la interrelación entre la urbanización, la secularización, la movilidad social y los procesos migratorios como indicadores básicos del cambio social. Argumentó en favor de la importancia de los procesos psicosociales en la caracterización de dicho cambio. Vale la pena aludir a su lectura del libro de Medina Echavarría, *Sociología: teoría y técnica* publicado en México en 1942. El advenimiento al poder de Perón entre 1943 y 1945 le impidió acceder al puesto de profesor propuesto por Levene y lo obligó a seguir trabajando de tiempo parcial en el Ministerio de Agricultura como funcionario público. Debemos anotar aquí que Germani vio en Perón una reproducción de Mussolini y el peronismo lo asoció inevitablemente al fascismo italiano, a pesar de que en años posteriores modificó su visión, reconociendo el apoyo real que tenía Perón entre los trabajadores (véase párrafo 4 del capítulo IX de Germani, 1962, sobre "la irracionalidad de las masas en el nazifascismo y en el peronismo", pp. 343-354, edición de 1977).

Durante los años del peronismo (1945-1955), Germani fue profesor del Colegio Libre de Estudios Superiores, donde encontró a muchos futuros líderes de movimientos políticos disidentes. Impartía clases en las que Marx, Parsons, Durkheim y Pareto tenían un lugar preferente. Muchos de sus alumnos de esa época, entre ellos los hermanos Frondizi, apoyarían más tarde la creación de un Departamento de Sociología en la Universidad de Buenos Aires. Su convivencia con el peronismo fue siempre difícil. Sin embargo, continuó sus trabajos sobre Argentina que fueron recogidos en el libro *Estructura social de Argentina*, publicado en 1955. El libro resume su análisis del Censo de Población de 1947, que servirá de sustento a la interpretación de los resultados de las elecciones presidenciales de 1946. El análisis de las bases sociales del peronismo se inicia en este trabajo.

A la caída de Perón (1955), Germani inicia su período más productivo intelectualmente. Impartió cátedra en la Universidad de Buenos Aires y en 1957 pudo crear el Departamento de Sociología con apoyo de fundaciones norteamericanas para financiar viajes de profesores y también para emprender proyectos de investigación. A la vez Germani realiza varios viajes a Estados Unidos, donde ejerce la docencia en Chicago, Berkeley, Columbia y Harvard. Entre 1955 y 1966 Germani tiene una intensa actividad intelectual que culmina con la creación del Centro de Sociología Comparada adscrito al Instituto Torcuato di Tella. Publica varios libros entre los cuales destaca *Política y sociedad en una época de transición*.

El golpe de Estado del general Onganía en 1966 interrumpe su trayectoria y tiene que abandonar sus proyectos y trasladarse a la Universidad de Harvard donde emprenderá estudios sobre las relaciones entre el desarrollo nacional y la política autoritaria. Poco antes de su traslado a Roma, donde quería seguir trabajando en lo que hoy es el Centro Gino Germani, que reúne sus libros y papeles, falleció en Harvard en 1979. Este último periodo de su vida le permitió acceder a un público amplio y situar su obra en un panorama universal. Muchos de sus libros fueron traducidos al inglés y forman parte del acervo de la teoría sociológica general.

*Una lectura de Política y sociedad
en una época de transición (1963)*

La perspectiva central de este libro es que, en el paso de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, deben destacarse aquellos aspectos no económicos que inciden y condicionan el desarrollo económico. El texto, dividido en cuatro grandes apartados (I. Problemas de teoría sociológica general; II. Sociedad industrial y sociedad tradicional; III. Notas sobre la transición en América Latina; IV. Estudios sobre la Argentina en transición), busca combinar dos perspectivas, la de los tipos ideales de la transición y de la modernidad con un análisis de los procesos de transición tal como operan históricamente. Germani está más interesado en indicar y analizar los procesos, que en bus-

car la caracterización estructural de los tipos ideales. El resultado de lo anterior es que el diseño teórico combina las tendencias históricas con los procesos individuales, que le interesan de manera preferente. La construcción de los tipos sigue el procedimiento usual de tratar de establecer modelos coherentes, es decir, abstracciones genéricas en las que se muestren similitudes entre formas concretas que aparecen como disímiles.

Por otra parte se trata de definir la *transición*. Ésta puede caracterizarse por: *a*) el paso de acciones prescritas a acciones elegidas, *b*) la producción de una institucionalización del cambio y *c*) la producción de una gran especialización. Así, la transición es simplemente el camino de la tradición a la modernidad en el que procesos como la secularización, la modernización del aparato productivo y la creciente racionalidad de los actores sociales manifiesta el cambio social. La transición se verifica en varias esferas a un tiempo: en la ciencia, en la tecnología, en la estratificación social, en la política. Los papeles sociales cambian: desaparecen las asignaciones prescritas y las actividades las definen quienes las desempeñan. Se intensifica la competencia y se abre un sistema de *status* con jerarquías que resultan del "logro" alcanzado por los actores. Se reorganizan los sistemas políticos buscando la legitimación en sistemas electorales abiertos, competitivos y no en la simple reproducción de una legitimidad heredada. La familia extensa se hace nuclear y se transforma en un agente de socialización para la producción. Los sistemas educacionales buscan profesionalizar las habilida-

des. En suma, la transición afecta diversos niveles de la vida social.

Sin embargo, estos cambios no se producen en forma homogénea: existe *asincronía*, es decir, desequilibrios y rezagos de una esfera respecto a las demás. También existen desequilibrios entre el nivel de la sociedad global y lo que ocurre en el personal e individual. La existencia de *asincronía* produce dos efectos sobre el funcionamiento de la sociedad: por un lado, se produce un *efecto de demostración* y por otro un *efecto de fusión*, que pueden definirse de la siguiente manera.

a) *El efecto de demostración*. Si bien la connotación del concepto está referida al comportamiento del consumidor por su propensión al consumo y al ahorro, ésta está afectada no solamente por el nivel absoluto de su ingreso sino también por el consumo de otras personas con ingresos más elevados. En el marco de la modernización dicho concepto busca caracterizar el impacto que tienen sobre la periferia los estilos de vida de los países centrales. Dicho impacto traslada a la periferia tensiones propias de países muy distintos y repercute negativamente sobre las posibilidades de resolver los desafíos de la modernización. La presencia permanente de aspiraciones, modelos de comportamiento, de organización social (por ejemplo en el campo sindical) y, sobre todo, de modos de consumo importados, pudiera decirse, de los países centrales, hace más complicada la transición y dificulta las decisiones.

b) *El efecto de fusión*. Este efecto implica que las ideologías y las actitudes que emergen en una fase avanzada del desarrollo se transfieren hacia lugares atrasados

y se reinterpretan en ellos no en términos de su contexto original sino en función del contexto donde se insertan reforzando así ideas tradicionales. Por ejemplo, el efecto de fusión puede denotar la combinación de actitudes precapitalistas entre los terratenientes con relación a la producción con actitudes frente al consumo totalmente identificadas con pautas existentes en las sociedades avanzadas. Dicha combinación hace casi imposible asegurar una transición equilibrada y refuerza la importancia del concepto de asincronía como elemento básico de la misma.

También la asincronía se agudiza cuando los procesos de movilidad social preceden a los procesos de integración social. Cuando, por ejemplo, la ciudadanía se extiende a grupos cada vez más amplios de la población sin que todavía estén presentes las bases de la organización de un sistema político capaz de procesar las demandas de esa ciudadanía, se generan presiones cuyo manejo les resulta cada vez más difícil a los grupos dirigentes. En América Latina esta situación ha agudizado la expresión de demandas sobre sistemas que no pueden satisfacerlas. Germani buscará en este concepto la explicación de muchos procesos políticos frustrados.

Una vez realizado el análisis conceptual Germani define seis etapas de la transición a las que asigna una serie de características. La primera etapa es la de las guerras de liberación y proclamación formal de la independencia, en la que predomina el patrón tradicional de la estructura social y se intenta sobreponer las formas modernas del Estado nacional. Es decir, en un

marco profundamente dominado por formas tradicionales de relación social se insertan las formas de la democracia representativa, identificadas con la modernización política. La segunda etapa, la de las guerras civiles, caudillismo y anarquía, se corresponde con la desintegración de la primera, la fragmentación del poder tanto geográfica como políticamente. Cuando un caudillo logra frenar esta evolución, surge la tercera etapa denominada la de las autocracias unificadoras que coinciden con cambios económicos y sociales modernizantes. La cuarta etapa, desarrollada sobre la base de una intensificación de la urbanización y de la industrialización, puede denominarse la democratización con participación limitada y se caracteriza por la existencia de una integración política institucionalizada de grupos cada vez más amplios de la población. Además, dicha democratización se lleva a cabo cuando existe a un tiempo la movilización e integración y es por ello que funciona. La fase siguiente, de democracia con participación ampliada, así como la fase final, de democracia con participación total, define la época contemporánea cuando lo que podría llamarse el sector "central" de la periferia consigue dominar a todos los sectores "periféricos", excluidos, que continúan siendo sujetos dominados. En partes subsiguientes del argumento, Germani recurre a las categorías de "movilización" e "integración" elaboradas por Deutsch y otros para mostrar cómo se va diferenciando la sociedad tradicional permitiendo la expresión de tendencias nuevas que permiten asegurar el cambio social. Lo mismo realiza con la categoría de "ciudadanía" de

Marshall, que permite interpretar la situación latinoamericana a la luz de lo ocurrido en los países centrales en las fases iniciales de su desarrollo político contemporáneo. Todo esto hace posible constatar diferencias en cuanto a la estructura social, la cultura y los tipos de personalidades en los países centrales con respecto a las de países actualmente en desarrollo. También le permite observar una secuencia diferente de los cambios en los distintos sectores de la estructura social y, además, un ritmo diferente de los mismos. Por último, existen diferencias en las circunstancias sociales y políticas en cuanto al contexto global donde se desarrolló el proceso de transición en los países centrales y en los países periféricos de América Latina.

El debate acerca de los orígenes del peronismo (1969-1973)

Cuando el general Ramón Castillo fue derrocado por el Grupo de Oficiales Unidos (GOU) el 4 de junio de 1943 pocos imaginaron que ello acarrearía la formación y el desarrollo del poder personal de Juan Domingo Perón, quien rápidamente se hizo cargo del gobierno de Argentina. En efecto, Perón, entre 1943 y 1945 logró desplazar a sus compañeros de armas con base en el llamado que hizo a los trabajadores recién incorporados al mercado de trabajo urbano, los "descamisados". Si bien la lucha por el poder fue intensa y sostenida, al punto que Perón debió renunciar a todos sus cargos y fue encarcelado el 17 de octubre de 1945, pu-

do volver “en gloria y majestad” a recuperarlos y a consolidar su posición al frente del país, a través de las elecciones presidenciales celebradas en febrero de 1946. El triunfo electoral de Perón y el apoyo obtenido de los trabajadores constituyen el inicio del régimen que duraría hasta septiembre de 1955, cuando fue derrocado por un golpe de Estado. No obstante el interés que pudiera tener el repaso de las características del régimen peronista, sobre todo por sus semejanzas con procesos ocurridos en otros países de la región, como Brasil o México, lo que nos interesa destacar aquí es el vínculo forjado por Perón con los “descamisados” y cómo logró trascender las inercias del sistema político argentino para constituir un régimen personalista. Es esta originalidad la fuente del debate sobre “los orígenes del peronismo” en el que varios científicos sociales argentinos han participado, entre ellos Germani, Portantiero, Murmis, Halperin Donghi. Se trata, como diría Delich, de una polémica histórica en la sociología argentina; ello por varias razones, entre las que se pueden mencionar las siguientes:

a) Dicho debate trata de definir el carácter de uno de los fenómenos políticos más importantes de la historia de Argentina en el siglo XX. b) Por otra parte, implica referirse al proceso de constitución de la nación argentina, cuestión sin resolver en este país desde que la llegada masiva de inmigrantes extranjeros trastornó la estructura social del país y las élites gobernantes ensayaron “civilizar el país” siguiendo el proyecto de Sarmiento. Además, la combinación de la primera ola migratoria con la segunda, de origen interno, produc-

to de la urbanización y de la industrialización del país, dio lugar a fricciones cuya resolución no se había alcanzado cuando Perón accede al poder. c) Obliga a periodizar el desarrollo económico de Argentina y a distinguir los dos momentos de dicho proceso: el que concluye con la crisis de 1929 y se basa en la exportación de trigo y carne, y el iniciado en ese momento y que culmina con la industrialización sustitutiva de los años cincuenta y sesenta, en la promoción de la cual el régimen peronista desempeña un papel central. Vale la pena agregar que durante este segundo periodo pueden distinguirse dos etapas, una excluyente con salarios reales negativos, desarrollada antes del acceso peronista al poder entre 1935 y 1943, y la otra, basada en la expansión del mercado interno mediante salarios reales positivos, la generalización de los derechos sociales y la promoción del sindicalismo organizado (Ferrer, 1965). Estas dos etapas son también contrastantes en términos políticos ya que durante la primera la actividad huelguística tiende a ser intensa mientras que en la segunda, disminuye pronunciadamente.

Las cuestiones señaladas permiten afirmar que la migración interna culminó con la entrada de una nueva generación al mercado de trabajo, distinta cualitativamente de la inmigración extranjera, de lo cual se derivó lo que algunos han denominado la "disponibilidad" política de estos nuevos sectores. Para Germani, como para otros, el proceso señalado tuvo una importancia crucial en la modificación de las bases de la estructura social y política de Argentina. Por otra parte, la historia del sindicalismo argentino experimenta un

cambio importante en el mismo momento en que se modifica el mercado de trabajo. Así, lo que había sido un sindicalismo profesional, centrado en contados sectores económicos localizados sobre todo en el puerto de Buenos Aires y en los frigoríficos adyacentes, se transformó en un sindicalismo industrial a medida que la economía se diversificó. Asimismo, la política social del Estado, que había tenido expresiones pioneras en el contexto latinoamericano durante la presidencia de Irigoyen, se expande y logra generalizar beneficios sociales antes limitados sólo a algunas categorías de trabajadores. Finalmente, todo lo anterior culmina con la incorporación generalizada de la clase obrera al sistema político y en la participación activa de ésta en la resolución de los dilemas nacionales.

En términos puntuales, los acontecimientos de 1943-1945 implican plantear la relación entre los procesos estructurales vigentes en la sociedad argentina, a los cuales hemos aludido con la movilización social del 17 de octubre de 1945 (día en que Perón recuperó el poder), con los resultados de las elecciones presidenciales de febrero de 1946 en las que Perón obtuvo un triunfo contundente. En términos más generales, se trata de conocer las formas revestidas por el proceso a través del cual Perón consolidó sus bases sociales. Este fue el contenido del debate y, con fines expositivos, podemos situarlo alrededor de tres puntos fundamentales: la composición del electorado peronista; los puntos de vista respecto de los fenómenos estructurales, y el papel del sindicalismo en la evolución del régimen peronista. A la vez, podemos diferenciar la posición de

Germani y aquella de sus detractores, esencialmente Murmis-Portantiero y Halperin Donghi.

La posición de Germani

En cuanto a la composición del electorado peronista, Germani afirma que el apoyo decisivo a Perón vino de los obreros manuales. El análisis de los resultados de las elecciones de 1946 y su cotejo con los resultados del censo de 1947, que Germani conocía muy bien, pueden fundamentar ese juicio, sobre todo porque los obreros manuales eran predominantemente migrantes internos, originarios de zonas geográficas periféricas y atrasadas del país y se habían radicado en zonas urbanas precisas que era posible identificar en los distritos electorales. Además, en términos estructurales, Germani observa que la disminución de las ocupaciones agrícolas en el conjunto de la población económicamente activa (entre 1925-1929 y 1947, la PEA agrícola pasa de 36 a 25% del total) acarrea una concentración de la fuerza de trabajo en las grandes ciudades como Buenos Aires, Córdoba y Rosario. La transformación de las relaciones sociales inducida por esos fenómenos se identifica con cambios en las actitudes y modos de comportamiento de los migrantes quienes, en cierta forma, al cambiar de lugar de residencia, están cambiando de sistema de dominación.

Paralelamente a la concentración urbana se producen cambios en la composición social de las ciudades. Desaparece el peso determinante de la inmigración fo-

ránea y se incrementa la presencia de los migrantes internos. La clase trabajadora de Buenos Aires, compuesta de 27% de nativos y 73% de migrantes, de los cuales el 57% había llegado a dicha ciudad después de 1938, induce a Germani a pensar que dichos migrantes eran “nuevos” y distintos de los que habían llegado antes. Además, en 1947, la mayoría de los migrantes internos provenía de las provincias menos desarrolladas en donde predominaban el analfabetismo, el desempleo y la pobreza. Para Germani, esto significaba que los migrantes internos no eran “modernos” y estaban todavía profundamente ligados, sociológicamente, a los modos y a las actitudes campesinas. Lo que no impedía que, a raíz del déficit en el mercado industrial, esos migrantes ocuparan los puestos de trabajo cubiertos hasta ese momento por los migrantes extranjeros. Esto acarrearba entonces una incorporación masiva de los migrantes internos al mercado de trabajo industrial.

Los efectos de esta evolución implicaron que si hasta 1945 dicha organización había estado centrada en los trabajadores del sector exportador, en particular en los de los frigoríficos de Buenos Aires, después de esa fecha la composición del mismo experimenta cambios sustantivos. Lo más importante que señala Germani al respecto es el incremento de la afiliación sindical, de 473 mil trabajadores sindicalizados en 1941 a más de dos millones en 1948. Además, debe señalarse que el sindicalismo sufre un cambio de adscripción ideológica al romperse el lazo tan estrecho sostenido con el partido socialista. Según Germani, el sindicalis-

mo preperonista no se había adaptado a los cambios ocurridos en el mercado de trabajo del país y seguía representando a los trabajadores de los sectores económicos tradicionales. Poseía un liderazgo insistente en tratar de implantar un proyecto ideológico sofisticado frente a una masa de trabajadores poco educados, con mentalidad tradicional y poco arraigados en las ciudades. En suma, Germani interpretó la adhesión de los trabajadores a Perón como basada en una "disponibilidad" generada por la empatía que éste supo establecer con ellos. Esa empatía llenó el vacío que el sindicalismo preperonista no había podido ocupar y consolidó el poder de Perón en el sistema político.

La posición disidente

Frente al argumento de Germani respecto de la composición del electorado peronista, Kenworthy (1975) afirma que no sólo los obreros manuales votaron por Perón. Existió una base sustancial de apoyo proveniente de las clases medias en las elecciones de febrero de 1946. Así, Perón obtuvo el apoyo de aquellos sectores sociales surgidos al amparo de la industrialización sustitutiva iniciada en los años treinta y, en particular, en las grandes ciudades industriales del país. Por lo demás, el uso de la contrastación entre los resultados electorales y los resultados censales implica ciertos riesgos para la interpretación: la estimación retrospectiva de la migración y el peso atribuido a ésta sobre los resultados electorales es, según Halperin (1975), un pro-

cedimiento ilegítimo. El argumento general sobre este punto se centra en la negación a aceptar que el voto peronista tuvo connotaciones de clase.

La interpretación de la dinámica estructural de la sociedad argentina reflejada en una afirmación como la siguiente: "Los cambios estructurales que provocaron el desplazamiento de una considerable proporción de la población del país y los posibles efectos de este último fenómeno en los cambios psicosociales que se expresaron políticamente con la aparición del peronismo" (Germani), son para Halperin, exagerados. Los inmigrantes extranjeros de la primera etapa (1890-1930) no eran ni tan educados, ni tan "modernos", ni tan ideologizados como Germani los quiere hacer aparecer. Es decir, no existían diferencias tajantes entre la migración foránea y la migración interna, por lo que no es correcto interpretar el voto peronista en términos de la diferencia entre ambos grupos de trabajadores.

Finalmente, la visión de Germani sobre el sindicalismo y su evolución olvida la experiencia de la clase obrera en los años treinta. Durante la llamada "década infame" (1930-1943), la movilización obrera fue intensa y la imagen de un sindicalismo exageradamente ideologizado, identificado con un partido socialista parlamentarista y poco anclado en sus bases sociales, no rinde cuenta de la fuerza de las organizaciones obreras en ese periodo. El énfasis en la lucha parlamentaria por parte del PS tenía que ver con el logro de posiciones como grupo de presión, lo que permitiría incrementar la participación de los obreros en las deci-

siones políticas. Por eso es necesario relativizar la posición de Germani y dar al sindicalismo argentino de la época anterior a Perón un crédito que Germani no le da.

Por último, el contraste entre obreros “viejos” y obreros “nuevos” reduce el análisis a cuestiones de tipo individual en donde la conciencia personal del migrante influye en el modo de su participación política. Germani no le otorga ningún lugar a los aspectos relacionados con variables de tipo colectivo, ni tampoco de tipo organizacional, y subraya demasiado las cuestiones subjetivas.

La polémica reseñada acentúa los rasgos del periodo preperonista y los del periodo peronista. Opone esencialmente dos posiciones genéricas que podemos caracterizar así: *a)* en una se define al peronismo en términos de la aparición de un líder carismático que representa las inquietudes de los “cabecitas negras” o “descamisados”, llamados así por su carácter migrante. Se trata de caracterizar un movimiento profundamente heterónomo inserto en un movimiento sindical dividido; *b)* en la otra posición se afirma la continuidad del proceso político argentino y se define a la clase obrera como autónoma de las instancias estatales; el apoyo de los trabajadores a Perón no descansa en la composición migrante sino en la unidad de la clase. Frente al fracaso del partido socialista para constituir un proyecto y articular acciones que permitiesen mejorar las condiciones de vida de la clase obrera durante la “década infame”, el proletariado apoyó a quien les había demostrado, cuando estuvo a la cabeza del mi-

nisterio de Trabajo, su interés efectivo en el bienestar de los trabajadores.

Los elementos señalados permiten oponer dos perspectivas analíticas: una, basada en el enfoque de la modernización, coloca al proceso peronista en una dinámica deducida de lo ocurrido en Argentina en las décadas anteriores a la llegada de Perón al poder; y otra, basada en una interpretación que coloca al proceso peronista en una dinámica de clase y de luchas de poder insertas en un marco de rupturas. Estas perspectivas dejan ver muy bien cómo es posible caracterizar e interpretar un proceso político concreto recurriendo a toda clase de variables, históricas, electorales, censales. La polémica acerca de los orígenes del peronismo es un ejercicio de gran utilidad para ilustrar el valor de la ciencia social.

El aporte empírico de la teoría de la modernización

Más allá del enfoque de la modernización y de sus supuestos para el análisis de la realidad de América Latina, así como de las relaciones posibles entre dicho enfoque y ciertas posturas políticas dadas en el continente, se puede hacer un balance de las consecuencias de este enfoque en términos de resultados de investigación. El enfoque de la modernización fue útil como marco de referencia general para la recolección y análisis de mucha información empírica y sirvió también para interpretar determinados movimientos sociales.

La concepción del cambio social que postula, referido esencialmente a transformaciones de las expectativas de la gente, a incrementos en los niveles educacionales y sanitarios, a modificaciones en la estructura y en la dinámica de la población, así como a cambios en las formas de relación en las ciudades y en las fábricas, representa un aporte significativo al conocimiento de la realidad latinoamericana. Vale la pena en el contexto de este análisis referirnos con mayor detalle a este aporte.

Podemos distinguir tres esferas de la realidad donde el enfoque de la modernización sirve a nuestro propósito: a) el análisis de la realidad rural; b) el conocimiento de la ciudad y de la cuestión regional; c) al estudio de lo que ocurre dentro de las unidades productivas. Siguiendo este orden, ensayaremos un recorrido por las principales constataciones logradas utilizando el enfoque mencionado.

En el campo

Aquí el logro principal ha sido el conocimiento de la estructura agraria. Mediante su análisis se pudieron determinar las formas de propiedad de la tierra, los grupos sociales que forman la sociedad rural, y conocer mejor los resultados de determinadas estrategias de transformación de dicha realidad, como la reforma agraria. Se ha podido llegar a varias constataciones empíricas: la expansión del área cultivable no guarda relación con el ritmo de crecimiento de la población;

el ingreso personal entre la población rural ha descendido; la tasa de crecimiento de la producción agrícola es más lenta que la tasa de crecimiento de la economía nacional; los niveles nutricionales de la población rural se deterioran rápidamente; las importaciones de alimentos han aumentado, a pesar del incremento de la superficie cultivada, del uso de la mecanización y de fertilizantes, y del aumento en la superficie irrigada.

Los movimientos campesinos cuyo objetivo principal es la búsqueda de la tierra y cuyos actores principales son campesinos sin tierra, son distintos de los movimientos campesinos animados por jornaleros agrícolas.

En las ciudades

Lo que ocurre en las ciudades incluye el estudio de la evolución demográfica, del proceso de urbanización y de la migración rural-urbana. Estos temas forman una unidad que resume los procesos sociales en el área urbana de América Latina.

La evolución demográfica se explica esencialmente por el descenso de la tasa de mortalidad responsable del incremento de la población, y no tanto por el incremento de los nacimientos. A su vez, la evolución de la mortalidad se puede explicar por el nivel de la tasa de analfabetismo, por diferenciales existentes entre las clases sociales respecto a salud, nutrición, vivienda, etc. Igualmente, la reducción de la mortalidad infantil también ha desempeñado un papel en la evolución demográfica, lo cual resulta del mejoramiento de las

condiciones sociales prevalecientes sobre todo en materia sanitaria. La población puede adquirir diferentes características de acuerdo a sus tasas de crecimiento, pirámides de edad y ritmo de la urbanización. Esos factores explican la forma que adquiere la población, su distribución espacial y su dinámica.

En lo que respecta a la migración y la urbanización, diferentes investigaciones señalan que la urbanización es más un proceso de concentración de la población que un proceso de difusión de un modo de vida urbano propiamente tal; ello explica el hacinamiento existente en las grandes ciudades latinoamericanas y las deficiencias en el nivel de vida de la población. Por otra parte, la migración que moviliza grandes volúmenes de población contribuye a transformar las pirámides de edad en lo regional y local: en las zonas de expansión industrial (petróleo, siderurgia), por ejemplo, la población tiende a rejuvenecerse por el impacto de la migración. Por otra parte, en estas mismas zonas, se ha podido constatar que los migrantes están en una situación más favorable que la población nativa y tienen además niveles educacionales superiores a la población local. Asimismo, la migración contribuye a intensificar la diferenciación de la estructura ocupacional. También cabe señalar que la migración contribuye a incrementar la población asalariada y calificada. Se modifica así la estratificación social y se intensifican procesos de movilidad social junto a los cambios en la esfera de los beneficios sociales al aumentar, en términos absolutos, el número de escuelas, viviendas y hospitales. En lo político, la migración contribuye a generar com-

portamientos conservadores. Los migrantes tienden a percibirla como un proceso de movilidad ascendente frente al cual reaccionan en términos defensivos. Los migrantes perciben su localización urbana como un logro. La urbanización y la migración favorecen el aumento del empleo femenino e, indirectamente, el control del crecimiento de la población, ya que las mujeres que trabajan fuera de su casa tienden a tener menos hijos que las que desempeñan un trabajo doméstico.

En la fábrica

Los cambios en el sistema productivo asociados a inversiones en la industria, a la construcción, a los servicios de utilidad pública (electricidad, gas, agua potable) y a la transformación de los servicios motivan una serie de consideraciones respecto al cambio característico de las personas que están inmersas en este proceso. Aparece una fuerza de trabajo crecientemente proletarizada y sujeta a una organización formal de la producción, a tareas específicamente estipuladas y rutinas inflexibles. El proletariado que emerge en el sector industrial tiende a constituir y a ampliar la fuerza del sindicalismo, el cual toma tres formas principales: el sindicalismo profesional, el industrial y el de empresa. Estos tipos de sindicato tienen demandas diferentes y el contenido de su acción es frecuentemente diferente según se trate del sector en que están localizados. La tasa de sindicalización que mide el grado de organización de la población económicamente activa, varía

tanto respecto a la población efectivamente capaz de sindicalizarse como respecto a las características de los sectores económicos en términos de empleo. Los niveles de la conciencia obrera también se modifican a medida que se desarrolla el sistema productivo. Se constata que los obreros jóvenes tienen un nivel de conciencia superior al de los viejos; que el nivel ocupacional no guarda relación con dicha conciencia y que los niveles de insatisfacción en el trabajo elevan los niveles de conciencia. Asimismo, los obreros de origen urbano tienden a tener un nivel de conciencia más alto que los de origen rural; los obreros viejos de origen migrante son más conservadores que los que migran más jóvenes. Finalmente, puede afirmarse que el nivel educacional, el origen y la participación sindical son buenos indicadores de los niveles de conciencia.

Los hallazgos enumerados aquí dan una imagen del tipo de preocupación de los investigadores que suscriben la teoría de la modernización. Esta imagen no pone en entredicho la reproducción de las relaciones capitalistas de producción, da por supuesto un proceso de racionalización creciente de las relaciones sociales; supone que el proceso de desarrollo se da esencialmente dentro del marco del Estado-nación; deja de lado o no reconoce la existencia de conflictos sociales, de clase, dentro de las sociedades nacionales y, finalmente, adopta una posición no ideológica ajena a toda tendencia político-partidista. Esta imagen, fuera de coincidir en gran medida con la que propugnaba la CEPAL en su época de esplendor, lleva implícita la idea de un proyecto evolutivo: el desarrollo es un proceso de acu-

mulación, lineal, continuo, que implica necesariamente la idea del progreso, el paso de una situación negativa a una positiva.

Referencias

- Germani, Gino, "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos", en *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, octubre-diciembre de 1973.
- , *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1963.
- , *Social Modernization and Economic Development in Argentina*, UNRISD, 1970.
- Halperin Donghi, Tulio, "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y los migrantes internos", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, enero-marzo de 1975.
- Hoselitz, Berb y Moore, W., *Industrialization and Society*, The Hague, Mouton, 1963.
- Kenworth y Elden, "The Function of the Little Known Case on Theory Formation, or What Peronism Wasn't", *Comparative Politics*, 1975.
- Laclau, Ernesto, "Towards a Theory of Populism", en *Politics and Ideology in Marxist Theory*, Londres, New Left Books, 1977.
- Landsberger, Henry, "Bourgeois Modernization Theory is not Dead: Long Live Socialist Modernization Theory", manuscrito, 1980.
- Portantiero, Juan Carlos y Miguel Murmis, *Estudios sobre el peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1971.
- Smith, Peter, "The Social Base of Peronism", *Hispano American Historical Review*, vol. 52, núm. 1, febrero de 1972.
- Valenzuela, Arturo y Samuel Valenzuela, "Modernización

y dependencia: perspectivas alternadas en el estudio del subdesarrollo latinoamericano”, en José Villamil (comp.) *Capitalismo transnacional y desarrollo nacional*, México, Fondo de Cultura Económica, Lecturas del Fondo, núm. 37, 1981.

VIII. AMÉRICA LATINA: ¿FEUDAL O CAPITALISTA?

Si el periodo de la posguerra vio la luz de los enfoques del desarrollismo y de la modernización, abordados en el último capítulo de este trabajo, también fue el momento de expresión de interpretaciones de carácter marxista. En efecto, después de dos décadas (es decir, de 1929 hasta 1949) de relativa ausencia en el debate latinoamericano, en los años cincuenta revivieron las visiones de los intelectuales orgánicos de los partidos comunistas, profundamente marcados por la vinculación tan estrecha entre Estados Unidos y la Unión Soviética en la derrota del nazismo. Por ello, cuando surge la Guerra Fría vuelven a plantearse las distancias clarísimas en el periodo anterior a la crisis de 1929. Es decir, la línea ideológica de los partidos comunistas vuelve a retraerse hacia una ortodoxia que subraya los aspectos más mecánicos de la teoría marxista, en particular el esquema de las etapas por las cuales debe necesariamente transitar una sociedad antes de poder plantearse un proyecto socialista. En este contexto aparece el debate acerca de la caracterización de América Latina como dominada por la transición del feu-

dalismo al capitalismo. Si bien esta problemática ya había sido abordada en los años veinte, en la polémica que opuso a Mariátegui y Haya de la Torre y a este último con Mella, no fue sino hasta los cincuenta cuando adquirió plenitud. Puede decirse que este debate fue para los partidos comunistas lo que la teoría de la modernización fue para los funcionalistas que también compartieron el esquema etapista, por ejemplo en la obra de Walter Rostow sobre *Las etapas del desarrollo económico* (1965). De manera que, por casual que pudiera parecer, uno de los problemas fundamentales que enfrenta el análisis de la realidad latinoamericana, el de su caracterización, fue paralelo en los dos grandes marcos de referencia teóricos utilizados en la época por los cientistas sociales. A lo largo de los años cincuenta el debate puede leerse en uno o en otro de los marcos, pero lo significativo es que la naturaleza de las cuestiones discutidas no es muy diferente en uno y en otro, a pesar de que los conceptos utilizados son naturalmente distintos.

Se trataba, en esencia, de estudiar el tránsito del feudalismo al capitalismo en su especificidad periférica pero siempre en el contexto de los grandes debates de los historiadores marxistas europeos. En el caso latinoamericano el problema era operacionalizado mediante la focalización en la cuestión agraria y en la interpretación de la relación entre el continente y el mercado mundial.

La cuestión agraria

La relación entre la industrialización y la agricultura en los dos contextos, el de los países centrales y el de los países periféricos, constituye el punto de partida del análisis de uno de los estudiosos del problema, Peter Singelman (1981). Este autor sostiene que en los países centrales la industrialización y la evolución de la agricultura tendieron a ser complementarias. Además, la industrialización generó empleos en gran escala, lo cual provocó procesos migratorios del campo hacia las ciudades y una demanda de productos agrícolas que mejoró los ingresos de los campesinos. Precios y salarios se incrementaron en las zonas rurales de países como Inglaterra, identificados con este modelo. Dicha situación contribuyó a la creación de un mercado interno para las mercancías industriales en la medida que los salarios aumentaban y permitían un crecimiento de la capacidad de compra de los nuevos obreros. Así, puede decirse que el capitalismo en los países centrales se desarrolló bajo condiciones históricas favorables para el campesinado. Sin embargo, es necesario agregar que este patrón genérico de industrialización llevó a la desaparición de la agricultura campesina y a la consolidación de la agricultura comercial.

En la periferia, la relación entre la industrialización y la agricultura sufrió modificaciones en relación con el modelo anterior. La industrialización tuvo lugar invirtiendo el orden de la revolución industrial clásica, al comenzar a producirse bienes industriales sin que existiera previamente un mercado interno en expansión.

Esto, según Singelman, explica la persistencia del "dualismo" que vincula a un pequeño sector avanzado de empresas con alta intensidad de capital (que tiende a estar basado en el capital extranjero) cuyas ganancias tienden a circular en la economía de los países centrales; además, el sector capitalista nacional se encuentra en una posición débil en cuanto a sus posibilidades de competencia. De lo anterior cabe concluir que, en la periferia, el desarrollo del capitalismo no lleva inevitablemente a la eliminación de la economía campesina porque el paso de la organización feudal a la capitalista tiene lugar en esferas muy limitadas de la sociedad y de la economía. A pesar de la transición, los sectores capitalistas de la agricultura siguen dependiendo de personal que guarda relaciones con la economía campesina. Por otro lado, existen límites claros a la proletarianización generalizada del campesinado que explican por qué la parcialidad de dicho proceso tiende a establecer, simultáneamente, una subordinación formal permanente del trabajo al capital.

Para precisar los términos del debate vale la pena contrastar el proceso de transición en Europa con el de América Latina. En este sentido, en el caso europeo el feudalismo se caracteriza por leyes que restringen la movilidad del campesinado y por la existencia de un aparato jurídico y militar (el de los señores feudales) descentralizado, en el cual cada señor tiene autoridad dentro de su propio campo. Además, la existencia de una iglesia unitaria e independiente del Estado permite legitimar el sistema desde el punto de vista ideológico. Este sistema no debe confundirse con una econo-

mía cerrada y autárquica donde no existen relaciones de intercambio, sólo se produce para consumir y la propiedad feudal se define como autosuficiente. La aparición del capitalismo en este modelo se produce por causas internas y externas. Se verifican conflictos entre señores y campesinos por el uso de la tierra y de la fuerza de trabajo así como por el uso de recursos como el agua. Por otro lado, la aparición de estados centralizados (el absolutismo) tiende a hacer desaparecer el aparato de dominación jurídico-militar de los señores feudales que se subordinan a la autoridad real. Gran parte de la historia europea de los siglos XVI y XVII está marcada por el acaecer de los procesos mencionados. No obstante, al mismo tiempo que se producían esos fenómenos, la Iglesia era despojada de sus tierras y se establecían normas legales que despojaban de su tierra a los campesinos. Ello creó las condiciones para el proceso de formación del capitalismo a mediados del siglo XVII; ellas son el telón de fondo en que se insertarán las innovaciones tecnológicas que permitirán el advenimiento de la revolución industrial.

¿Qué ocurrió en América Latina? De acuerdo a varios autores, entre los cuales sobresale Marcelo Carmagnani (1976), durante la Colonia es posible distinguir dos tipos de economía indígena: *a)* aquella en donde el excedente es apropiado por un grupo dominante (azteca, maya, inca); *b)* aquella en que el excedente se intercambia entre los miembros de un solo grupo (araucanos). En la primera, se desarrolla un Estado que justifica su papel por medio de proyectos de irrigación que tienen por objeto aumentar la produc-

ción de alimentos y generar un sistema centralizado de distribución de los mismos. En la segunda, se trata de consumir un excedente que se distribuye por decisión colectiva. Cuando llegan los españoles esos tipos de economía indígena son transformados en varios aspectos. Por una parte, el excedente se dirige ahora hacia los españoles que se apropian de él en forma de despojo. Los procesos productivos son reorganizados mediante la instauración de las mercedes de tierras (concesiones de tierra más adelante apropiadas privadamente) y de la redistribución de la fuerza de trabajo que tiene lugar en las *encomiendas* (cesión de grupos indígenas a españoles para su usufructo). Además, instituciones como la *mita* se transformaron en una contribución al trabajo colectivo, en una obligación hacia el español. Éste es el origen de una mano de obra servil, subordinada en cuerpo y alma a los españoles y directamente asociada a los rasgos de un “feudalismo” latinoamericano.

El modelo expuesto guarda características que varían de acuerdo con su localización geográfica. En efecto, según su ubicación espacial, existen diferencias en la forma en que tuvieron lugar la producción y circulación de mercancías. En gran medida la circulación estuvo subordinada a la producción. Es importante señalar que producción y comercio no se diferencian claramente y, a pesar de que no se identifican con clases sociales idénticas, sus vínculos son muy estrechos. El intercambio se da esencialmente entre productos para la exportación y productos importados, los cuales dan lugar a la formación de cadenas de intercambios que relacionan a productores específicos con comerciantes

específicos, y confieren una gran transparencia al mercado. Es decir, no existe anonimato en el mercado y los intercambios son más o menos obligados entre los mismos interlocutores. También, en este sistema, España y Portugal desempeñan un papel de intermediación obligado para los países latinoamericanos que deben necesariamente pasar por ellos en sus relaciones con terceros países. Tenemos entonces que este sistema "feudal" opera con una mano de obra servil y con la presencia de una capa de productores-comerciantes poco diferenciados y sujetos a un mercado cautivo poco abierto. Según Carmagnani, el descenso abrupto y masivo de la población aborigen facilitó la consolidación de este modelo ya que permitió en el periodo 1500-1740 la distribución de los factores productivos sin mayores interferencias. En su visión, este modelo de producción "feudal" fue predador tanto con la mano de obra como con los recursos naturales, y es diferente de otros sistemas porque apareció tardíamente, en un momento en que el capital comercial estaba en decadencia internacional. Su única restricción estuvo ligada a la ausencia de grandes cantidades de mano de obra, que se resolvió hasta después de 1700, con la importación de esclavos a varios países.

La polémica Frank-Laclau

Si bien es importante haber expuesto algunos elementos fundacionales respecto a la existencia de un tipo de modo de producción "feudal" en América Latina en

el periodo colonial, el debate acerca de la caracterización del continente como feudal o capitalista adquiere toda su dimensión cuando Andrew Gunder Frank publica su libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (1965). Ahí cuestiona Frank frontalmente la persistencia de un modelo feudal y postula que el continente ha funcionado de acuerdo al modo de producción capitalista desde muy temprano en su historia, en realidad desde la misma Conquista. Según Frank, América Latina ha sido un satélite periférico del capital comercial español y portugués por lo que existe *un* solo sistema económico, dominado por una economía de mercado capitalista y no un sistema *dual* que supondría la existencia de dos universos separados el uno del otro. De acuerdo con este argumento, existe una cadena de nudos interrelacionados detrás de la relación básica centro-periferia caracterizada por la penetración de toda la estructura económica, social y política por las contradicciones del sistema capitalista mundial. Instituciones coloniales como las mercedes de tierra, las encomiendas y la mita pueden asimilarse a un proceso de concentración del capital en manos de un selecto grupo de conquistadores españoles. Siguiendo a Stavenhagen (1965), Frank plantea que la “ciudad se estableció para incorporar al indio en la economía que trajo el conquistador y sus descendientes”. La ciudad fue un instrumento de colonización. Así, América Latina forma parte de un proceso de desarrollo capitalista polarizado que se da a la vez internacional y nacionalmente.

La versión del proceso de desarrollo latinoamericano planteada por Frank dio lugar a diversas reacciones

entre las cuales sobresale, tanto por la calidad de sus argumentos como por la claridad con que fue expuesta, la que Ernesto Laclau publicó en 1968. Laclau comienza afirmando que el esquema de Frank no define adecuadamente al *capitalismo*. La situación de América Latina se discute sin mencionar las relaciones sociales de producción; se asimila al campesino, al indio y al obrero sin establecer sus diferencias. Tampoco se menciona el hecho, fundamental en la teoría marxista, de que el capitalismo debe definirse en función de la existencia de una fuerza de trabajo “libre”, es decir, despojada de sus medios de producción. Se necesita por tanto que los productores directos se hayan transformado en trabajadores libres. Por otra parte, el mismo autor señala la necesidad de distinguir entre *capital* y *modo de producción capitalista*. Ambas nociones apuntan a fenómenos diferentes; puede afirmarse claramente que el capital existió mucho antes de que existiera un modo capitalista de producción. De esta manera el trabajo de Laclau apunta a esclarecer las deficiencias teóricas de Frank en cuanto a su concepción del marxismo.

La crítica no termina allí. Se prolonga con una referencia a los procesos históricos, y en particular a la cuestión del “feudalismo”. Laclau afirma la existencia de una confusión en Frank respecto del significado de este fenómeno. Lo confunde con un sistema cerrado, no penetrado por las fuerzas del mercado, en circunstancias que pueden concebirse en términos de un sistema en donde los mecanismos extraeconómicos actúan sobre el campesinado para absorber el excedente y re-

trasar el proceso de diferenciación interna de las clases sociales y la expansión del capitalismo, que impide también la aparición de un proletariado compuesto de trabajadores "libres".

Igualmente la cuestión de la inserción de América Latina en un sistema económico único es puesta en duda por Laclau. Según él, Frank confunde las relaciones sociales con las relaciones espaciales y al hacerlo, si bien rinde cuenta de la relación metrópoli-satélite no da cuenta de las relaciones de clase dentro del país satélite. Queda claro entonces que el vínculo centro-periferia, metrópoli-satélite, no puede explicar por qué continúan existiendo en la periferia, dentro del satélite, relaciones sociales de tipo "feudal", caracterizadas por la presencia de productores directos, a veces ni siquiera vinculados al mercado nacional de los países periféricos.

Por último, y en ello Laclau coincide con lo que la teoría de la dependencia afirmaba en esos mismos años, al menos en la versión de Cardoso y Faletto (1969), contrariamente a la posición de Frank, que sostiene que no existen *etapas* en el desarrollo de América Latina, debería reconocerse la existencia por lo menos de cambios (por ejemplo, el proceso de industrialización por sustitución de importaciones) que han generado algún desarrollo en la región. Simultáneamente, el desarrollo de un mercado interno, resultado de la industrialización, implica una diferenciación social que transforma las relaciones sociales dentro de la periferia y da lugar a fenómenos políticos influyentes en la formación del sistema de dominación de los paí-

ses periféricos. No se puede definir entonces todo a partir del vínculo con el exterior; es necesario reconocer que los procesos sociales y políticos en la periferia guardan algún grado de autonomía.

El debate entre Frank y Laclau permitió avanzar en la caracterización de la realidad económica y social de América Latina. Los dependentistas, con diferentes orientaciones, se nutrieron del debate y pudieron así formar un enfoque en el que, efectivamente, pudieron coexistir los argumentos acerca de la importancia del vínculo centro-periferia con aquellos que subrayaban la existencia de modelos de dominación un tanto autónomos de este vínculo en cada formación social. El desarrollo de esta propuesta puede vincularse por lo tanto al debate previamente reseñado aquí, que tuvo el papel de catalizador de los argumentos que Cardoso-Faletto, Marini y Dos Santos elaboraron entre 1965 y 1969 y a los cuales pasamos a referirnos.

Comparación

(La polémica Frank-Laclau)

<i>Modo de producción feudal</i>	<i>Modo de producción capitalista</i>
1. Tierra "dada" como resultado de tareas no económicas (mercedes de tierras).	1. Mano de obra "libre" sin lazos con la tierra.
2. Trabajo "dado" (encomienda).	2. La producción es función de la acumulación de capital.
3. Trabajo forzado (más tarde el mismo resultado se	3. El ciclo es dinero-mercancías-dinero. Todo lo cual

(Continuación)

<i>Modo de producción feudal</i>	<i>Modo de producción capitalista</i>
obtendría con las tiendas de raya, las mercantiles, las pulperías).	está vinculado a una clase productiva.
4. La producción es función del <i>consumo</i> y no función de la <i>acumulación de capital</i> .	4. La penetración extranjera se produce en la producción, especialmente en la minería de los países andinos.
5. El ciclo comprende la producción de mercancías-dinero-mercancías, todo lo cual define una clase comerciante.	5. La expansión del mercado interno se produce a medida que la industria se desarrolla. El enclave no está vinculado a este proceso.
6. La penetración extranjera se produce en las finanzas y en los transportes y no en el nivel de la producción.	6. La dominación política se produce por medio de partidos políticos. Al principio es la oligarquía, más tarde son las clases medias.
7. La dominación política se estructura sobre líneas oligárquicas; existen restricciones al sufragio y se instrumentan las instancias representativas para obtener privilegios.	7. Requisa de las propiedades de la Iglesia y creación de una fuerza de trabajo sin tierra.

Fuente: Andrew Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo*, México, Siglo XXI Editores, 1965 y Ernesto Laclau, "Feudalismo y capitalismo en América Latina", en *Política e ideología en la teoría marxista*, México, Siglo XXI Editores, 1978.

Referencias

- Carmagnani, Marcelo, *Formación de un sistema feudal*, México, Siglo XXI Editores, 1976.
- Debray, Régis, *Révolution dans la révolution*, París, Ed. Máspero, 1965 (hay edición en español).
- Fadin, Andrei, “Las ideas políticas de Régis „Debray””, *América Latina*, núms. 11-12, 1981.
- Frank, Andrew Gunder, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1965.
- Halperin Donghi, Tulio, “Dependency Theory and Latin American Historiography”, *Latin American Research Review*, vol. 17, núm. 1, 1982.
- Laclau, Ernesto, “Feudalismo y capitalismo en América Latina”, en *Política e ideología en la teoría marxista*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Singelman, Peter, “La transición clásica del feudalismo al capitalismo y la transformación agraria restringida bajo el capitalismo periférico”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, 1981.
- Ramm, Harmut, *The Marxism of Régis Debray*, The Regents Press of Kansas, Lawrence, 1978.

TERCERA PARTE

DEPENDENCIA Y COLONIALISMO INTERNO

Es posible pensar la revolución cubana (1959) y el golpe de Estado que tuvo lugar en Brasil en marzo de 1964 como momentos de transición entre la industrialización sustitutiva y la gestación de una nueva etapa del proceso de desarrollo de América Latina. Durante esa transición se gestó un nuevo modelo de dominación política en el que los militares empezaron a desempeñar un papel distinto del que habían jugado hasta ese entonces. De manera que lo que Guillermo O'Donnell, pensando en el caso argentino, denominó burocrático-autoritaria se generalizó (1973). En Uruguay, Chile y Argentina, de acuerdo a la especificidad de las fuerzas armadas de cada país, la política adquirió rasgos que identifican el surgimiento de un modelo de desarrollo económico ligado estrechamente a formas de dominación políticas autoritarias. La primera evaluación de este nuevo modelo se plasmó en los borradores de lo que sería el libro de Cardoso y Faletto, *Dependencia y desarrollo*, escrito entre 1965 y 1967 y publicado en México en 1969. Igualmente, el trabajo de Marini (1968), también referido a dicho asunto pero particu-

larmente enfocado en el caso de Brasil, permitió vislumbrar la aparición de un nuevo modelo de interpretación del proceso de desarrollo. Dicho modelo se consolidó con tal fuerza que durante toda la década de los setenta y principios de los ochenta articuló la implementación de políticas económicas y sociales que modificaron radicalmente el curso del proceso de desarrollo latinoamericano. La aplicación de medidas que liberaron el comercio exterior, haciendo más expedito el tránsito de mercaderías y facilitando las importaciones pusieron en duros aprietos a los productores nacionales; la represión de las demandas de los trabajadores y la transformación radical del marco institucional en que se desenvolvían las relaciones obrero-patronales, así como la supresión de los procesos democráticos de elección de las autoridades políticas terminaron con el modelo de desarrollo practicado entre la crisis de 1929 y los años sesenta.

Este proceso está en el núcleo de la reflexión de los "dependentistas". Cardoso y Faletto, Marini, Dos Santos, Bamberger y muchos otros, enfocaron críticamente los esquemas de análisis del desarrollismo y de la modernización y elaboraron nuevas perspectivas de interpretación de lo ocurrido durante la etapa industrializadora. Buscaron utilizar el análisis de clase en dicha interpretación para construir un enfoque que permitiera dar cuenta de las nuevas formas de interrelación entre el Estado-nación latinoamericano y la penetración imperialista de nuevo cuño. En ese propósito, tuvieron que ganarse un espacio frente a las interpretaciones basadas en enfoques marxistas ortodoxos que conti-

nuaron produciendo análisis mecanicistas de las mismas. Los grandes temas —la caracterización de las sociedades latinoamericanas, el contenido de los modelos de desarrollo y su componente social—, fueron abordados en forma original y fuera de los marcos interpretativos tradicionales. Por ello, de la misma manera que el desarrollismo y la modernización habían sido un paso adelante en relación con las proposiciones de los primeros marxistas, el enfoque de la dependencia produjo una visión original respecto de los problemas que afectaban a nuestros países en el lapso posterior a 1965. En este contexto analizaremos los planteamientos que integran esta propuesta.

IX. LOS ENFOQUES DE LA DEPENDENCIA

Con la crisis de la industrialización sustitutiva se inicia una nueva etapa del proceso de desarrollo de América Latina. Durante dicha etapa se hace posible conciliar la penetración imperialista de las economías con la industrialización. La localización de las inversiones industriales tiende a modificarse: las inversiones se desplazan de la minería, la extracción petrolera y los servicios públicos hacia la industria manufacturera, como resultado de los cambios estratégicos decididos por las empresas transnacionales. Estas empresas, en vez de buscar la exportación de materias primas minerales y agrícolas, se interesan en promover coinversiones con las empresas nacionales (estatales y privadas) para alentar el uso de sus tecnologías, diversificar sus mercados y aumentar las bases de sustento de su búsqueda de beneficios. Así, se reduce fuertemente la exportación de bienes y aumenta la exportación de capitales, como resultado de la repatriación de los beneficios que las transnacionales logran obtener en la periferia. Gran parte de las inversiones de estas empresas se financian con capitales locales, proporcionados por los

bancos de los países periféricos. Es decir, la penetración del capital extranjero en la economía periférica experimenta transformaciones sustantivas respecto a las que tenía en la etapa del crecimiento hacia fuera en las primeras décadas del siglo (Cardoso, en Villarreal, 1979).

La conversión de los países latinoamericanos en exportadores netos de capital a través de la remisión de *royalties*, y el pago de patentes y licencias invierte la relación histórica de estos países con los países centrales. Es una política que también compromete al Estado periférico que pacta con las transnacionales la satisfacción de la demanda de los sectores sociales de ingresos medios y altos. Tal situación se refuerza con la aplicación de las políticas de los organismos multilaterales de crédito, que buscan apoyar el nuevo tipo de desarrollo para fomentar la infraestructura, la siderurgia, la petroquímica, la hidroelectricidad, que repercuten en la intensificación del desarrollo regional y favorecen a la vez la expansión de las empresas transnacionales. Se produce así un resultado que, en los hechos, compromete al Estado periférico y al capital transnacional en un esfuerzo común.

Una consecuencia de lo anterior es que aumenta el control extranjero sobre la industria nacional, productora de bienes para el mercado interno. Esta desnacionalización de la industria, a la que se agrega la penetración del capital financiero, repercute también en el creciente uso del ahorro interno por parte del capital foráneo.

Socialmente, se introducen pautas alienadas de

consumo que agudizan el carácter suntuario de la producción manufacturera.

Se inicia con ello un nuevo periodo del desarrollo latinoamericano. Sin embargo, sus correlatos no son sólo económicos. La ruptura coincide también con cambios políticos en los que la participación militar en los sistemas de dominación da al traste con los regímenes democráticos. La nueva estrategia de desarrollo va asociada a un endurecimiento político considerable, a la exclusión de vastos grupos sociales del mercado de trabajo, a la eliminación de las leyes sociales protectoras del salario y del empleo y a la promoción de sectores económicos exclusivamente ligados a la exportación hacia la economía internacional.

El marco de interpretación originado en esta coyuntura y que intentará darle sentido será el de la dependencia. Frente a la crisis del modelo de interpretación basado en la teoría de la modernización, que no permitía interpretar lo que estaba ocurriendo en la región, surge la necesidad de encontrar otro modelo capaz de encontrar un significado a dichos acontecimientos. En 1965, con la publicación de los textos de Frank, Stavenhagen, Cardoso y Faletto y Marini, se inicia el enfoque de la dependencia.

Los antecedentes del enfoque de la dependencia

Podemos distinguir dos puntos de origen: uno es la teoría del imperialismo de Lenin (1916), recogido por

F.H. Cardoso (1973) como impulso inicial; otro fundamental, es el de la crítica a la teoría de la modernización y al desarrollismo, prevalecientes en la vida intelectual latinoamericana de los años cincuenta y sesenta. A partir de estos dos puntos los dependentistas formularán su propio diagnóstico de la situación del continente.

a) *La teoría del imperialismo de Lenin*

En su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1916), después de caracterizar el proceso de concentración del capital, es decir el paso del capitalismo de libre competencia al capitalismo monopólico, Lenin estudia las formas que asume ese proceso, concentrándose en el aparato financiero y en los bancos. También describe organizaciones como los cárteles y los *trusts* cuyo objeto estriba en aplicar el proceso de concentración en el aparato productivo. La separación del capital industrial respecto del capital financiero y la consolidación de éste dan lugar a la subordinación del primero respecto al segundo y proporcionan la base sobre la cual se realizará la exportación de capital que servirá de incentivo a la exportación de mercancías hacia los nuevos países que se incorporan al mercado mundial, como son los de la periferia latinoamericana. Se vinculan así los procesos de concentración de capital con la aparición del imperialismo, identificado con la penetración de esos países en la periferia. Lenin muestra entonces que el imperialismo es una nueva fase

por la que atraviesa el capitalismo y cómo la penetración da lugar en la periferia a transformaciones económicas y políticas.

Aparecen nuevas clases sociales, nuevos sectores sociales que tratan de imponer sus intereses e ideologías. Al hacerlo redefinen al Estado, a las fuerzas armadas y a todas las instituciones políticas. En esa fase del capitalismo, los mercados internos de la periferia no poseen importancia estratégica: se trata sobre todo de controlar la exportación de materias primas y alimentos hacia los países centrales y abaratar así los costos de producción en el centro. Es así como se inicia el carácter dependiente del desarrollo de la periferia, referido más al tipo de relación, comercial y financiera, que a los sectores productivos propiamente dichos. Según el análisis de Cardoso el cuadro trazado por Lenin se mantuvo vigente: el mercado interno de la periferia creció en forma limitada; el sector industrial no creció significativamente; la dependencia financiera creció enormemente (por los préstamos y la deuda externa así generada); la exportación de materias primas constituye la base de funcionamiento de las economías.

Estos elementos de la teoría del imperialismo de Lenin son incorporados a la reflexión inicial de los estudios de la dependencia, que se prolongan, como vimos antes, con un análisis de las transformaciones atravesadas por dicho sistema desde principios de siglo hasta la década de los sesenta. Este análisis muestra el desarrollo progresivo de un sistema capitalista dependiente, donde el mercado interno desempeña un papel cada vez más importante. La participación de la economía

periférica se diversifica y ahora la expansión de las empresas multinacionales depende del grado de penetración en dichos mercados. Es decir, la dependencia pasa de ser un fenómeno financiero y comercial a un sistema de articulación entre los costos relativos más baratos de la periferia, las menores necesidades de tecnología y los imperativos de las transnacionales de lograr mayores tasas de ganancia. Este esfuerzo por vincular la teoría leninista del imperialismo al análisis de las condiciones del desarrollo de América Latina es parte constitutiva del enfoque naciente que durante la década de los sesenta se transformará en el marco de explicación fundamental del proceso.

b) Crítica a la teoría de la modernización y al desarrollismo

Si bien existe un estrecho vínculo con el análisis leninista del fenómeno imperialista, es también indudable que el enfoque de la dependencia nace en diálogo crítico con los supuestos de la teoría de la modernización en boga en los cincuenta y cuyo exponente más sobresaliente era Germani.

Los dependentistas comienzan afirmando que la sociedad nacional no es el contexto analítico dentro del cual debe estudiarse el desarrollo económico latinoamericano. Éste debe comprenderse dentro de la dinámica general de la inserción histórica del continente en el proceso de expansión capitalista. El centro y la periferia están ligados a un sistema global cuyas características originarias fueron descritas por Lenin y cuya es-

pecificidad fue expuesta por los estudios iniciales de la CEPAL.

Por otra parte, se afirma que la inserción de la periferia en ese sistema tiene efectos profundos sobre la evolución de sus estructuras políticas y sociales. Incluso en términos de su distribución geográfica, la estructura económica se ve afectada por la penetración imperialista. En la versión más extrema de esta crítica, la de Frank, se insinúa que existe una cadena cuyos eslabones atan a la más modesta localidad de un país periférico a los centros financieros y económicos del mundo. Por lo tanto, no es posible pensar en un proceso de desarrollo evolutivo basado en tendencias que se puedan localizar dentro de la estructura social periférica. Es necesario buscar las explicaciones últimas en la unión centro-periferia. Al tratar de encontrar su especificidad analítica, los dependentistas se interrogan acerca del sentido que pudiera tener el calificativo "moderno" si el desarrollo de la periferia está ligado a fuerzas económicas situadas en los países centrales que tienden necesariamente a deformar lo que ocurre en aquélla. Niegan entonces el posible valor de la polaridad tradición-modernidad en el estudio del proceso de desarrollo latinoamericano.

Por último, en relación a la idea de racionalidad, tan importante en el planteamiento de la modernización y heredera de las ideas de Max Weber sobre la ética protestante y el desarrollo del capitalismo, cabe subrayar que no es el grado de racionalidad el que varía y moldea el comportamiento de los actores sociales, sino que son los fundamentos estructurales los que

producen diferentes formas de acción social dentro de un universo común de cálculo racional. Esto permite afirmar que no son las actitudes las que influyen sobre el desarrollo; es el contexto sociopolítico el que define una estructura de oportunidad donde los actores deben definir sus proyectos.

Particularmente relevante para la crítica dependencista a la teoría de la modernización es la discusión del comportamiento de obreros y empresarios en el contexto latinoamericano. Así, los estudios sobre los obreros demostraron el peso decisivo de la experiencia urbana en el desarrollo de la conciencia obrera mostrando que las referencias al Estado, a las leyes que regulan el conflicto y la negociación colectiva predominan sobre todos aquellos aspectos identificados con la vida en las fábricas, en los sindicatos o con las actitudes hacia la dominación empresarial. Se observó también la importancia de los medios de comunicación en la formación de las actitudes obreras, en contraste con la imagen ortodoxa, sin base empírica, de las influencias ideológicas. Lo mismo ocurría con la consideración del peso de las confederaciones y de las federaciones sindicales, que desempeñaban un papel mucho menor del que con una lectura superficial de la política podía suponerse. La imagen de la conciencia obrera coincidía con aquellos estudios realizados acerca de las actitudes empresariales.

Por otro lado, los estudios promovidos por la CEPAL indicaban que empresarios aparentemente autónomos, no relacionados con la lógica estatal, eran tan dependientes del Estado como los obreros. Los empresa-

rios latinoamericanos (Cardoso, 1968) estaban más interesados en adaptarse a la situación económica internacional, en buscar apoyos financieros estatales y precios para sus productos, así como rebajas en los aranceles de las materias primas importadas, que en desarrollar proyectos de inversión con base en sus propios capitales acumulados. Además, las relaciones laborales se percibían como sujetas a la intervención estatal. Los empresarios no eran partidarios de mejorar las relaciones laborales en la fábrica y frecuentemente los salarios mínimos o el nivel de las prestaciones eran dejados en manos de las autoridades gubernamentales. De manera que los empresarios aparecían tan dependientes del Estado como los obreros. Así, la imagen de la racionalidad de su comportamiento no derivaba de una concepción “weberiana” de la misma sino más bien del contexto sociopolítico específico donde se desenvolvían.

c) Las escuelas del enfoque de la dependencia

Sería erróneo creer que los estudios acerca de la dependencia comparten una sola perspectiva analítica. Al contrario, desde que Frank publicó el análisis histórico de la evolución de Chile y Brasil (1965) hasta los trabajos más recientes, ha habido diversas posiciones que permiten identificar algunas corrientes que, si bien parten del mismo punto, es decir la relación centro-periferia, divergen en cuanto a las consecuencias y a los énfasis puestos en las diversas dimensiones del fenó-

meno. Podemos distinguir al menos tres grandes corrientes: la de Frank, la de Cardoso y Faletto y la de Ruy Mauro Marini.

1) *La concepción de Frank*. Tal como lo vimos en el capítulo VI, Frank liga el marxismo con el análisis de la dependencia y formula una proposición en la que el subdesarrollo de las formaciones sociales periféricas no hace sino acentuarse; de allí la expresión “desarrollo del subdesarrollo”, muy propia de esta corriente. Además subraya la identidad entre dependencia y dominación colonial, con lo que suprime la diferenciación que los análisis acerca del proceso de desarrollo de América Latina hicieron entre el periodo colonial y la etapa posterior a la independencia a principios del siglo XIX. Por otra parte, Frank también fue un crítico del *desarrollismo* de la CEPAL y del *dualismo estructural*, en lo cual coincidió con las críticas de Cardoso y Faletto, y con las que Stavenhagen hizo a dichos esquemas en su texto sobre las *Siete tesis equivocadas* (1965).

2) *El enfoque de Cardoso y Faletto*. Básicamente, estos autores insisten en que la dinámica del sistema capitalista internacional está ligada a la dinámica de los sistemas sociopolíticos de los países latinoamericanos. Destacan el efecto de la inserción en el mercado mundial sobre las estructuras políticas periféricas. La periodización que realizan del proceso de desarrollo del continente va más allá de su fuente de inspiración (la CEPAL), ya que trata de ligar siempre ambos aspectos en su interpretación. Según ellos, y contrariamente a Frank, el proceso de inserción en el mercado mundial favorece la expansión del mercado interno y por ello

tiene efectos favorables sobre su desarrollo. A partir de esta tesis se ha asociado un *neodesarrollismo* a la concepción de Cardoso y Faletto (Marini, 1978).

3) *El planteamiento de Marini*. Esta escuela se identifica con un enfoque economicista de la dependencia. Se profundizan aquellos aspectos que pueden ayudar a caracterizar mejor los elementos económicos (deterioro de los términos del intercambio por ejemplo) y se subraya la aparición de nuevos fenómenos como el de la *superexplotación del trabajo* y el de *subimperialismo*. El discurso de Marini está muy cerca de un uso riguroso (o pretendidamente tal) de las categorías marxistas.

Desde estas escuelas es posible diferenciar algunas dimensiones básicas del enfoque de la dependencia. En primer lugar, subrayan que el desarrollo de las sociedades del Tercer Mundo, en particular el de las sociedades latinoamericanas, debe estudiarse en el contexto de las sociedades avanzadas. El mundo es un sistema económico único. Por otro lado, las economías subdesarrolladas se articulan con el sistema económico mundial mediante la transferencia de recursos de la periferia al centro, lo que da lugar a distorsiones en la economía periférica y a bloqueos que impiden su desarrollo. Además, la transferencia de valor entre el centro y la periferia constituye un intercambio desigual entre dos modos de producción porque, por una parte, el capitalismo periférico es un tipo de capitalismo y, por otra, porque las formaciones sociales son diferentes en la medida que contienen varios modos de producción que afectan la operación del capitalismo propiamente dicho. Finalmente, la dependencia no es una teoría; es

un paradigma en el que coexisten varias teorías (por lo menos la marxista y la weberiana) y del que surgen explicaciones diferentes acerca de la naturaleza de la relación entre el centro y la periferia. Por un lado, la dependencia es una relación de subordinación entre centro y periferia y como tal se refiere a una relación externa, esencialmente económica, definida por ausencia de autonomía de la periferia respecto del centro. Por otro lado, es un condicionante que altera el funcionamiento interno de la periferia y transforma la articulación de la formación social dependiente. Como tal, ejerce presiones que ligan estructuralmente al centro con la periferia sin que ésta pueda desarrollarse autónomamente. Se da pues el desarrollo del subdesarrollo.

La concepción de Cardoso-Faletto

Elementos biográficos (Kahl, 1976)

Cardoso es un sociólogo estrechamente ligado a la historia política de Brasil. Hijo de un general formado también como abogado y diputado en el Congreso en la época de Vargas, Cardoso es originario de Río de Janeiro donde nació en 1932. Pasó su adolescencia en São Paulo, donde su familia se había trasladado cuando él entró a la escuela secundaria. Al entrar a la universidad en 1949, Cardoso ingresó al Departamento de Ciencias Sociales donde un grupo de franceses en-

cabezados por Roger Bastide (en el que estaba también Claude Levi-Strauss) contribuyó a constituir una escuela en la que se formaron muchos destacados intelectuales paulistas.

Si bien, según el testimonio reciente de Levi-Strauss (1988) la presencia de los franceses en la Universidad de São Paulo no estuvo desprovista de tensiones, su influencia teórica y metodológica fue destacada. Los colegas y contrapartes de los franceses entre los cuales estaban Fernando de Azevedo y Florestán Fernández estuvieron interesados en el estudio del lugar de los negros en el Brasil. A este estudio se dedicó también Cardoso en sus años universitarios, durante los cuales participó además en la publicación de la revista *Fundamentos*, junto a Octavio Ianni. Con él se formaron también en el marxismo, pero la invasión soviética de Hungría en 1956 los alejó de una militancia activa en el partido comunista brasileño. Cuatro años después Cardoso publicó su primer libro, *Color y movilidad social en Florianópolis*, y en 1962 el segundo, *Capitalismo y esclavitud en el sur de Brasil*, ambos resultado de sus investigaciones sobre los negros o en las que es notable la influencia de Bastide.

A principios de la década de los sesenta se hizo presente la influencia de otro francés, Alain Touraine, quien contribuyó a la creación de un centro de sociología industrial en el que se agruparon varios sociólogos que, más tarde, adquirirían renombre: Juárez Brando López, Leoncio Rodríguez y el mismo Cardoso. Su trabajo culminó con la publicación de un número especial de la revista *Sociologie du Travail* a fines de

1961, dedicado al análisis de la problemática latinoamericana. Cardoso publicaría ahí un trabajo sobre la formación del proletariado brasileño junto a contribuciones del propio Touraine, Brandao López y Gino Germani. Entre 1963 y 1964 emprendió la realización de un estudio sobre los empresarios industriales que era parte de un proyecto colectivo auspiciado por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) también realizado en Argentina y México. Cuando ese proyecto estaba todavía en la etapa de recolección de información ocurrió el golpe de Estado en Brasil (marzo de 1964); ante esta situación que causó gran incertidumbre Cardoso se exilió en Chile a mediados de 1965. Asumió la dirección adjunta de la División de Programación del Desarrollo Económico y Social del Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), junto a José Medina Echavarría, su director.

Durante los primeros meses de su estancia en el ILPES conoció a Enzo Faletto, joven historiador chileno, y juntos iniciaron la redacción del borrador de lo que se transformaría con los años en el libro *Dependencia y desarrollo en América Latina*, publicado en 1969 en México. El borrador circuló como documento interno del ILPES y se fue perfeccionando con los aportes del debate. Una vez cumplida la etapa santiaguina, Cardoso fue invitado a impartir una cátedra en la Universidad de Nanterre (París) a principios de 1968. Uno de sus estudiantes fue el dirigente estudiantil germanofrancés Daniel Cohn-Bendit, quien figuraría mucho en los acontecimientos del movimiento estudiantil de 1968 en Francia. Durante ese mismo año Cardoso concluye

su tesis de grado para ejercer la libre docencia en la Universidad de São Paulo y crea el Centro Brasileiro de Analise e Planeamiento (Cebrap) donde trabajará con varios de sus colegas de la época anterior al golpe militar. Rápidamente, Cebrap se transforma en uno de los lugares de mayor creatividad del continente. Las publicaciones realizadas en la primera mitad de los setenta son un aporte sustantivo al conocimiento de la estructura económica, social y política de Brasil. José Serra, Vilmar Faria, Juárez Brandao López, Francisco de Oliveira y otros contribuyen a la elaboración de ese acervo. Se ocupan también en la elaboración de planteamientos conducentes a la fundamentación del proceso de redemocratización de Brasil, iniciado desde fines de la década. Cardoso entra al Movimiento Democrático Brasileño (MDB) y en él desarrolla tareas que lo llevan cada vez más hacia la actividad política directa y lo alejan de la vida académica. Se presenta como candidato a senador por el estado de São Paulo en 1978 supliendo a Franco Montoro, quien más tarde sería gobernador del estado. En 1982 asume la senaduría titular por São Paulo y al propio tiempo es elegido presidente de la Asociación Mundial de Sociología, en el X Congreso celebrado ese mismo año en la ciudad de México.

En los años recientes (1982-1988) Cardoso ha sido parte del proceso de redemocratización de Brasil. Ha participado activamente en la Asamblea Constituyente que elaboró la nueva Constitución promulgada en octubre de 1988. Se ha constituido en uno de los dirigentes del nuevo partido, disidente del PMDB, el Partido

Social Demócrata Brasileño (PSDB) que adopta posiciones de centro-izquierda y refleja las aspiraciones del grupo de clases medias interesadas en la ampliación de los marcos democráticos de la sociedad brasileña. De muchas maneras, los estudios que había realizado Cardoso en los años setenta (1973-1979) sobre la naturaleza de la dependencia, sobre los regímenes autoritarios y sobre los empresarios se plasman hoy en puntos de los programas partidarios que él defiende. Su trayectoria se acerca entonces a la de varios otros sociólogos latinoamericanos que, con una vocación de análisis y estudio de la realidad, pasan a convertirse en actores del cambio social y político.

El análisis de Cardoso y Faletto

Una vez hecho el diagnóstico de que América Latina entra a una nueva etapa de su proceso de desarrollo, inaugurada cronológicamente con el triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959, por un lado, y con el golpe de Estado en Brasil de marzo de 1964, por otro, es necesario realizar un análisis pormenorizado de las razones por las que se producen esos procesos y de las características del nuevo periodo.

Para Cardoso y Faletto se trata de producir "un análisis integrado, es decir económico y sociológico, para dar cuenta de los interrogantes sobre las posibilidades de desarrollo y estancamiento de los países latinoamericanos". Se trata de responder a la frustración generada por la obstrucción de las posibilidades de de-

sarrollo existente desde mediados de los años cincuenta en América Latina. En efecto, el proceso de industrialización por sustitución de importaciones experimenta una serie de debilidades estructurales que impiden su profundización. Entre estas debilidades se puede mencionar la satisfacción de la demanda de los grandes centros urbanos y dentro de éstos la demanda de bienes de consumo durables para las clases medias, que excluye a los grandes núcleos de población campesina insertos en la producción agrícola, que a su vez es puesta en un lugar subordinado desde el punto de vista de las inversiones. Como consecuencia de lo anterior, la estructura productiva adquiere un carácter fragmentado donde no existen vínculos entre los diversos sectores industriales. Además, esta estructura tiende a basarse en los servicios y en las actividades financieras y comerciales, impidiendo así la expansión del mercado interno y favoreciendo la importación de bienes suntuarios desde el exterior. Esto presiona sobre la balanza de pagos e impide el esfuerzo de inversión, indispensable para asegurar una dinámica económica intensa. De manera que la concentración de la demanda en las grandes ciudades, a la vez que alienta la migración hacia ellas produciendo así la macrocefalia de las capitales de los países del continente, no permite la difusión del consumo cada vez más concentrado en grupos muy restringidos de la población. Finalmente, reaccionando a los fenómenos anteriores se fortalece el proteccionismo que contribuye a reforzar las restricciones del mercado interno y a favorecer la entrada de las empresas transnacionales que invierten en los sec-

tores más dinámicos de las economías. En años recientes ese proceso no ha hecho sino intensificarse.

El marco de referencia con que se había interpretado la industrialización sustitutiva y sus consecuencias sociales y políticas había sido la teoría de la modernización y el desarrollismo, que incluso había contribuido a la formulación de propuestas de índole operativa. Cuando dicha política de desarrollo entró en crisis también lo hizo el paradigma interpretativo que le había dado coherencia. El diagnóstico y la interpretación hechos entre 1950 y 1965 acerca del proceso de desarrollo revelaban su incapacidad para interpretar lo que empezaba a ocurrir a fines de los sesenta. Así, Cardoso y Faletto sostienen que no basta con considerar las condiciones y los efectos sociales del sistema económico. Esto se intentó y produjo las nociones de *sociedad tradicional*, *sociedad moderna* y *dualismo estructural*. Este esquema, según nuestros autores, puede criticarse desde los puntos de vista siguientes: *a)* los conceptos son tan amplios que abarcan a todos los sistemas sociales existentes y no dan cuenta de la especificidad de los procesos; *b)* no se alcanza un nexo inteligible entre las distintas etapas económicas y los diferentes tipos de estructura social que presuponen las sociedades tradicionales y las modernas. Se yuxtaponen la economía y la sociedad sin relacionarlas; *c)* tampoco se pueden explicar claramente las formas de transición de un tipo de sociedad a otro, y la correspondencia necesaria —postulada entre subdesarrollo y sociedad tradicional por un lado, y desarrollo y sociedad moderna por otro— no explica los procesos reales, mixtos y ambiguos; *d)* el

paralelismo con lo ocurrido en Europa o en Estados Unidos olvida las condiciones particulares de la trayectoria histórica de los países latinoamericanos cuyas raíces tanto como estructuras políticas y como estructuras económicas se apartan considerablemente del modelo occidental.

A partir de estas críticas al paradigma de la teoría de la modernización se propone una concepción que postula otros requisitos para rendir cuenta adecuadamente de los procesos ocurridos en la región: *a)* debe considerarse la totalidad de las condiciones históricas particulares subyacentes en el proceso de desarrollo; *b)* hay que comprender los objetivos y los intereses que han dado sentido o que alientan el conflicto entre los grupos y clases sociales que ponen en marcha a las sociedades latinoamericanas; es decir, el desarrollo es un proceso eminentemente político dirigido por élites que adoptan determinados esquemas de desarrollo por razones de ese tipo y no por prioridades técnicas; *c)* es necesario superar una interpretación exclusivamente estructural y reinsertarla en un enfoque en términos históricos; *d)* el cambio social no es el resultado de factores “naturales”; al contrario, es el resultado de procesos en los que las tensiones entre grupos encuentran el filtro por el que han de pasar los influjos meramente económicos. Esto obliga a determinar los modos adoptados por las estructuras de dominación. En las palabras de Cardoso y Faletto, “es necesario encontrar el punto de intersección teórica donde el poder económico se expresa como dominación social”; *e)* así, el problema central estriba en el control social de la produc-

ción y del consumo en un análisis del desarrollo orientado desde esta perspectiva.

Una vez señaladas las diferencias con la teoría de la modernización, se postula que el objeto del enfoque de la dependencia supone la inexistencia de un nexo inmediato entre la diferenciación del sistema económico y la formación de centros autónomos de decisión. Al caracterizar a la dependencia se trata de mostrar que el vínculo con la economía internacional pasa por configuraciones específicas entre los grupos sociales de cada país que, a su vez, establecen relaciones con los grupos dominantes de las potencias industriales. Las consecuencias de la dinámica económica internacional sobre las estructuras de los países periféricos, tanto económicas como sociales, son de índole política, y los resultados de esa interrelación no necesariamente son positivos para los países periféricos. Por lo cual, lo que objetivamente ocurre como resultado del vínculo entre economías centrales y economías periféricas no se puede anticipar genéricamente sino que depende del análisis de la acción de actores concretos en coyunturas específicas.

Con base en estos postulados metodológicos Cardoso y Faletto emprenden el estudio de las situaciones específicas que definen determinados vínculos entre las economías latinoamericanas y la economía internacional. Se distinguen dos tipos de vinculación, el que se da en países con un control nacional del aparato productivo, como Argentina o Brasil, y el existente en países de economía de enclave, como Bolivia, Chile o Perú, donde el capital extranjero domina la economía

de exportación. Estos tipos de inserción en el mercado internacional se estudian en distintos momentos del proceso de desarrollo que, a efectos del estudio de Cardoso y Faletto, se identifican con el periodo de expansión hacia afuera, el momento de la transición (vinculado a la crisis de 1929), el periodo de consolidación del mercado interno y el periodo de internacionalización del mercado. Aparecen así ocho celdas donde cabe analizar los correlatos políticos del modo de inserción de la economía periférica en la economía internacional (véase la figura 1). Sin embargo, lo que interesa particularmente a Cardoso y Faletto no es tanto la descripción de cada tipo de inserción en un momento específico del proceso de desarrollo como mostrar los pasos de un momento a otro del propio proceso en cada tipo de inserción. Por ello se analizan primero el desarrollo y el cambio social en el momento de la transición (paso del momento I al momento II del proceso de desarrollo).

En ese análisis, definido como “el proceso histórico estructural en virtud del cual la diferenciación de la misma economía exportadora crea las bases para que en la dinámica social y política empezaran a hacerse presentes, además de los sectores sociales que hicieron posible el sistema exportador, también los sectores imprecisamente llamados medios”. Se trata de estudiar cómo el detonante de la crisis política, la depresión de 1929, contribuyó a la formación de nuevas alianzas políticas y a la búsqueda de un nuevo momento del desarrollo. Por ejemplo, en el caso argentino uno de los sectores, el comercial-exportador, toma el poder y establece un dominio de clase en los años treinta que

eventualmente llevará a la aplicación de un modelo de desarrollo diferente, donde las clases medias forman parte de la estructura de poder. No obstante, las consecuencias políticas del cambio estructural inducido por la crisis no son homogéneas en todos los países con control nacional sobre su sistema productivo. Así, si en Argentina ocurre lo mencionado, en países como Brasil, la incorporación de los sectores medios a la hegemonía se da en un contexto de crisis de la dominación oligárquica mientras que en Colombia se mantiene el predominio oligárquico en un contexto de debilidad de la clase media. Ahora bien, en los países con economía de enclave, la transición puede adoptar también diversos modos.

En México, Bolivia o Venezuela, la clase media se incorpora a la estructura de dominación por medio del quiebre del predominio oligárquico; en Chile y Perú la situación es similar a la de Brasil, en el otro tipo de inserción en el mercado internacional. El acceso de la clase media al sistema de dominación se da por una crisis de dominación de la oligarquía terrateniente. Sin embargo, el esfuerzo de Cardoso y Faletto por caracterizar el momento de la transición no se limita a la descripción de los modos de inserción de los grupos medios en la estructura de dominación; va más allá al hacer una caracterización general en la que sobresalen aspectos como el incremento de las presiones sociales expresado, entre otras cosas, en la multiplicación del conflicto y de las huelgas y sobre todo en la radicalización de los programas políticos. Reconocemos aquí la historia de los años treinta que ejemplifica una fase del

proceso de desarrollo latinoamericano, extremadamente intenso en sus manifestaciones sociales.

En la fase de consolidación del mercado interno se insiste en la presencia de las masas y en la formulación de proyectos de desarrollo en los que se da la primacía a los grupos populares. A pesar de la existencia de conflictos por la hegemonía, que oponen a los sectores agroexportadores y financieros contra la clase obrera y los grupos urbanos y campesinos, el mercado interno termina por imponerse como lugar central de la actividad política y económica. El predominio del mercado interno, concebido como eje de la dinámica económica y también como lugar de enfrentamiento entre los diversos grupos sociales, se expresa en una ideología como el populismo que manifiesta el intento por lograr un grado razonable de consenso y la legitimación de un nuevo sistema de poder ofrecido a la nación con apoyo en un programa de industrialización que propone beneficios para todos. Durante esta fase, tampoco existe una homogeneidad respecto a las situaciones nacionales. En Argentina predomina una orientación liberal en la definición de la política económica aplicada por los regímenes militares de la década de los treinta. En Brasil la puesta en práctica del proyecto industrializador se expresa más bien como un esfuerzo nacionalista que tiende a fortalecer al Estado como agente del desarrollo, lo cual culmina en los años cuarenta y cincuenta con los grandes proyectos desarrollistas de Kubitschek. En los países de economía de enclave controlada desde afuera se pone en marcha un proyecto industrializador que también posee, como en Brasil,

un fuerte tinte estatista. Así, en Chile, la creación de la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo) por un gobierno de frente popular (1938) llevaría a fortalecer a la industria manufacturera de propiedad nacional y sobre todo a la construcción de una industria básica (siderurgia, electricidad, petróleo) de propiedad estatal. La fuerza del discurso populista en estas situaciones nacionales fue menor dada la importancia de una sociedad de clases en el nivel estructural, que no la favorecía.

Es posible realizar una breve digresión sobre la diferencia que existe en esta fase del proceso entre los países que, a pesar de tener un actor estatal fuerte, no tuvieron al mismo tiempo un régimen populista consolidado. En efecto, la política industrializadora en un país como Brasil se da en función del objetivo de incorporar a la actividad económica a una masa movilizada que hubiera podido cuestionar una estrategia de desarrollo que no creara empleos. Por ello es que el varguismo puede asimilarse a un movimiento político en favor de los "humildes" en el que los valores de la nación tienen preponderancia sobre los de la clase. Además, en Brasil, la debilidad de la clase obrera se diluye en el conjunto de la masa urbana. Ahora bien, la misma política industrializadora en un país como Chile se da en función, no tanto de una incorporación de las masas a la actividad económica sino más bien del propósito de la diversificación económica, destinada a disminuir la dependencia del exterior buscando fortalecer la economía nacional. Además, ese proyecto cuenta con la adhesión de una clase obrera organizada, aun política-

mente, que no sólo constituye un mercado sino también es uno de los actores de la aplicación del proyecto industrializador. En este último caso, la ideología populista no es compatible con la forma en que se vincula el momento del proceso de desarrollo con las alianzas de clase producidas para ponerlo en práctica. Por lo cual, si bien en ambos países existe el propósito de realizar la industrialización, no por ello las formas de articulación entre economía, sociedad y política coinciden.

Cardoso y Faletto buscan ligar la aparición del último momento del proceso de desarrollo que les interesa discutir a la crisis del modelo industrializador basado en el Estado y en el cuestionamiento del populismo como ideología capaz de articular los diferentes intereses que participan en esa alianza.

A partir de esa crisis se empieza a producir una integración al mercado mundial diferente de la que había tenido lugar en la etapa del crecimiento hacia fuera. Es decir, el rasgo fundamental del nuevo periodo radica en que la integración al mercado mundial de economías industriales periféricas tiene significados distintos de los que pudo tener la integración de la economía agroexportadora al mercado internacional. Ya no son los sectores exportadores los que subordinan a los sectores que producen para el mercado interno; no son tampoco las compañías extranjeras las que se limitan sólo a la explotación de los enclaves para la exportación sino que, en esta nueva etapa del proceso de desarrollo, los intereses externos se fijan cada vez más en el sector de producción para el mercado interno y buscan consolidar posiciones políticas que les permitan

ampliar su participación en ese mercado. Además, esa radicalización del capital transnacional en el mercado interno se fortalece por el apoyo que el propio Estado nacional le presta. Así, se constituye una nueva alianza política de los sectores tecnocráticos asociados a la estructura del Estado y a las empresas paraestatales con los dirigentes de las empresas transnacionales. Ambos dejan fuera a sectores sociales como los empresarios nacionales, la clase obrera y los grupos medios profesionales asociados al periodo de desarrollo industrial nacional.

Esta nueva alianza política tuvo como núcleo, durante la década de los ochenta, a los militares que tuvieron la voluntad de dirigirla. En países como Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, se aplicó con distintos grados de éxito el proyecto económico que asumió rasgos neoliberales fuertemente excluyentes desde el punto de vista de la marginación de vastos grupos de la población. Sin embargo, si bien las estructuras económicas se vieron muy impactadas por la apertura al mercado exterior y pudieron, en algunos casos, experimentar una "modernización" de los sectores de punta y mejorar la eficiencia con que operó la economía, desde el punto de vista social es difícil evaluarlas positivamente. Además, con la crisis del pago de la deuda externa iniciada en 1982, el proceso que comenzó en los setenta se vio frustrado y seriamente cuestionado. En efecto, la capacidad de las economías para enfrentar al mismo tiempo las presiones del pago de la deuda y las inversiones en el aparato productivo pusieron en duda la viabilidad del modelo económico. Pudo cuestionarse

así la conclusión del estudio de Cardoso y Faletto que afirmaba la posibilidad del desarrollo en una situación de dependencia.

La concepción de Ruy Mauro Marini

También brasileño y con una trayectoria latinoamericanista adquirida en su exilio en Chile y México, Marini forma parte de un sector disidente de la izquierda de su país, opuesto a la línea del partido comunista, identificado con amplios sectores de la burguesía nacional. Marini analiza la situación del continente con la idea de elaborar una teoría marxista de la dependencia. Creó conceptos como los de *superexplotación del trabajo* y *subimperialismo*, polémicos en relación con las concepciones ortodoxas. Si bien los datos de su reflexión provienen esencialmente de la realidad brasileña y se expresan en dos libros fundamentales para comprender su obra, *Subdesarrollo y revolución* (1969) y *Dialéctica de la dependencia* (1973), su proposición central trasciende ese límite geográfico al afirmar que la historia del subdesarrollo latinoamericano está estrechamente ligada a la del desarrollo del capitalismo mundial. Sólo a través de la comprensión de los mecanismos que caracterizan a la economía capitalista mundial puede elaborarse un marco adecuado para ubicar y analizar la problemática de América Latina.

Para llevar a cabo su interpretación del proceso de desarrollo, Marini distingue tres grandes periodos: a) el de la economía exportadora que va de 1870 a

1929 y se define por el aporte de la periferia a la expansión capitalista y por el desplazamiento de la producción de plusvalía absoluta a la plusvalía relativa, a la vez que se reduce progresivamente el valor de la fuerza de trabajo; *b*) el periodo de la economía industrial de 1929 a 1964, donde la industria tiene un papel complementario del sector exportador, que refleja la articulación entre la burguesía y los latifundistas pero también el distanciamiento producido entre ambos cuando la burguesía aplica políticas redistributivas en contra de los intereses de los terratenientes; *c*) de 1964 a la actualidad, cuando se inicia un nuevo anillo de la espiral debido a la crisis del sistema anterior y a la intervención del capital extranjero en el sector industrial. La restricción del mercado interno y la expansión hacia el exterior manifiestan la realización del valor a través de las exportaciones.

A partir de esa periodización, Marini identifica a “la dependencia como una relación de subordinación entre naciones formalmente independientes en cuyo marco las relaciones de producción de las naciones subordinadas son modificadas o recreadas para asegurar la reproducción ampliada de la dependencia”. Explica que la función de la periferia en el desarrollo del capitalismo fue diversa e incluyó al menos los siguientes aspectos: *a*) proporcionó medios de subsistencia de origen agropecuario a los países centrales, lo cual facilitó el desarrollo industrial de Europa; *b*) contribuyó a la formación de un mercado de materias primas industriales cuya importancia creció en función del mismo desarrollo industrial; *c*) hizo que el eje de la acumula-

ción en la economía industrial se desplazara de la producción de plusvalía absoluta a la de plusvalía relativa, es decir, que la acumulación pasara a depender más del aumento de la capacidad productiva del trabajador que simplemente de su explotación. El modo de participación de América Latina en el proceso de acumulación capitalista en los países industriales será entonces contradictorio. La exportación de productos mineros y agrícolas, cada vez más baratos, alimenta la expansión cuantitativa de la producción en los países industriales y contribuye al propio tiempo a superar los obstáculos que el carácter contradictorio de la acumulación de capital crea para su expansión. Este fenómeno, identificado con el deterioro de los términos del intercambio, refleja la depreciación de los bienes primarios, no como resultado del juego de la ley de la oferta y la demanda ni tampoco como efecto de las presiones militares y diplomáticas de los países industriales, sino debido al deterioro comercial que forzó a las economías latinoamericanas a producir en mayor escala. La expansión del mercado mundial es la base sobre la cual opera la división internacional del trabajo entre naciones industriales y naciones no industriales.

La configuración del intercambio desigual se origina en el hecho de que los países industriales, al producir bienes que los demás no producen o no pueden producir con la misma facilidad, pueden eludir la ley del valor y vender sus productos por encima del valor de mercado, y en que se forman los costos de producción que permiten a un país presentar costos de producción inferiores a sus competidores, sin que por ello des-

ciendan los precios en el mercado. El resultado del intercambio desigual así generado es que las naciones desfavorecidas no buscan tanto corregir el desequilibrio entre costos y precios sino más bien compensar sus pérdidas con el incremento de los volúmenes de producción que resultan de una mayor explotación del trabajador. Así se encubre la apropiación de la plusvalía generada mediante la explotación en el seno de cada nación por medio del incremento del valor de las exportaciones. Este fenómeno se identifica con la *superexplotación del trabajo* que se puede definir por el aumento de la intensidad del mismo, el aumento del trabajo excedente (que se logra por la prolongación de la jornada de trabajo), y la reducción de los niveles de consumo de la clase obrera. El intercambio desigual exagera el afán de ganancia y agudiza los métodos de extracción del trabajo excedente. Se configura entonces un modo de producción fundado en la mayor explotación del trabajo y no en el desarrollo de la capacidad productiva. Y ello se verifica con mayor claridad en sectores económicos como la minería o la agricultura, donde el efecto de una mayor explotación del trabajo es más directo. Así se logra incrementar la riqueza producida sin aportar capital adicional. En la concepción de Marini, al remunerar al trabajo por debajo de su valor se logra constituir el fenómeno de la superexplotación del trabajo.

De lo dicho se puede desprender que la producción latinoamericana no depende para su realización de su capacidad interna de consumo. En esta región del mundo la producción se separa de la circulación de

mercancías mientras en los países centrales dicho consumo representa un elemento decisivo de la creación de la demanda para las mercaderías producidas ya que, a través del fordismo, producción y consumo se hacen inseparables. Lo contrario ocurre en la economía periférica donde el consumo individual del trabajador no interfiere en la realización del producto, aunque sí determina la cuota de plusvalía. El sistema imperante en la periferia se orienta hacia la explotación sin límites de la fuerza de trabajo, a la que se incorpora a los indígenas, a los migrantes, quienes consumen cada vez menos de lo que contribuyen a producir. La economía exportadora pertenece al modo de producción capitalista llevado a su extremo, ya que en dicha versión es capaz de definir los niveles de la demanda interna, de constituir al mercado mundial como exclusiva salida para la producción, de generar expectativas de consumo que se satisfacen con importaciones. Dada esta situación, la industrialización que tendrá lugar en América Latina tendrá características muy particulares.

En efecto, el predominio de la actividad exportadora fija los límites de expansión de la actividad industrial. La exportación de bienes primarios, que constituye el centro vital del proceso de acumulación, subordina a la actividad industrial que hasta después de 1929 empieza a constituirse como eje de la acumulación. A partir de este momento, la demanda generada por la plusvalía no acumulada en la economía exportadora implica un mecanismo específico de creación del mercado interno, radicalmente distinto del que operaba en las

economías clásicas. En efecto, en los países industrializados, la formación del mercado interno representaba la contrapartida de la acumulación de capital, había correspondencia entre el ritmo de la acumulación y la expansión del mercado; se trataba de producir bienes de consumo popular y de producirlos a precios cada vez más bajos. Mientras en los países periféricos, la acumulación se da a través del incremento de la productividad del trabajo, que genera plusvalía no expresada en una demanda efectiva y por lo tanto no se acumula. Si bien aumenta la productividad del trabajo, la parte que le corresponde al trabajador disminuye en términos reales.

La industrialización latinoamericana tiene lugar sobre bases distintas a la que había tenido lugar en los países centrales. La compresión permanente que ejerce la economía exportadora sobre el consumo individual del trabajador sólo permite la creación de una industria débil que únicamente se expande cuando factores externos cierran el acceso al comercio de importación.

En el fondo la industria latinoamericana no crea su propia demanda sino que nace para atender una demanda preexistente. En la economía periférica, la industria reproduce los mismos mecanismos de superexplotación propios de la economía exportadora. Y así, se separan la esfera alta y la esfera baja de la circulación en el interior mismo de la economía periférica. Es posible afirmar que la producción industrial en América Latina es independiente de la demanda, es decir del nivel salarial de los trabajadores. La oferta de

mercaderías de origen industrial crece a expensas del poder de compra del obrero.

Por último, la composición de las importaciones latinoamericanas se ve alterada por la disminución relativa de los bienes de consumo y el incremento de las materias primas industriales, y de otros productos necesarios para operar la industria. Además, la industrialización, a partir de que empieza a hacerse compleja y diversificada, atrae los capitales extranjeros que empiezan a localizarse cada vez más en la industria. Coinciden entonces dos procesos: el que animaba a las transnacionales a buscar destinos para sus capitales y el que se da por la necesidad de la periferia de contar con recursos para profundizar el proceso de industrialización. Aparece así una nueva división internacional del trabajo en cuyo marco se transfieren a los países periféricos etapas inferiores de la producción industrial mientras los países avanzados se reservan las partes más avanzadas de los mismos. El capitalismo periférico busca su expansión hacia el exterior de las economías nacionales centrándose en la circulación en la esfera del mercado mundial. Reaparece entonces la vieja economía exportadora pero se concentra en la venta al exterior de productos industriales.

Marini menciona la presencia de un fenómeno, el *subimperialismo*, cuyas características define en función de la dinámica que asume su visión del capitalismo periférico en Brasil. Sostiene que a partir de la ratificación del compromiso de 1937 entre la burguesía industrial y la oligarquía latifundista-mercantil, los militares que toman el poder en 1964 crean estímulos a la inver-

sión extranjera que integra a la industria nacional con la norteamericana. La integración de la economía brasileña al mercado internacional aumenta la capacidad productiva de la industria, acelera el desequilibrio entre crecimiento industrial y creación de empleos para la industria, subraya la incapacidad del capitalismo industrial para crear mercados a la misma velocidad con que aumenta su capacidad de producción, expande la producción pero restringiendo la ampliación del mercado nacional, comprimiendo los niveles de consumo y aumentando el volumen del ejército industrial de reserva. Así, la economía brasileña se dirige cada vez más pronunciadamente hacia el exterior, lo cual compensa la ampliación del mercado interno. Como esta expansión se dirige hacia países de menor desarrollo relativo, Brasil empieza a desempeñar el papel de Estados Unidos en relación con él en otras áreas de producción. Así se define el subimperialismo como fenómeno paralelo al del imperialismo pero en la escala de la periferia. El proceso en cuestión es puesto en práctica y fortalecido por los regímenes militares, capaces de mantener vigentes los requisitos de funcionamiento del modelo, en particular la represión de la demanda interna.

Como en el caso de la concepción de Cardoso y Falletto, existen correlatos políticos del pensamiento de Marini que vale la pena puntualizar. Puede afirmarse que la postura política de Marini se deriva de un análisis similar al de Mariátegui. En efecto, de la perspectiva de la dependencia que afirma que ésta no produce clases burguesas autónomas se deriva que la única manera de hacer frente al imperialismo es a través de la

revolución socialista, de la ruptura con el régimen de producción que favorece los lazos con el exterior. Es posible pensar que la polémica que se dio en 1977 entre Cardoso y Marini (véase *Revista Mexicana de Sociología*, número extraordinario, 1977) reproduce los términos de la polémica entre Mariátegui y Haya de la Torre en los años veinte. Así, mientras Marini ve la integración de América Latina al mercado mundial como un obstáculo absoluto a las posibilidades de desarrollo autónomo de la periferia, Cardoso considera esa inserción en términos relativos y considera que el desarrollo de América Latina es posible incluso dentro de la dependencia.

En el planteamiento de Marini, *subdesarrollo* y *dependencia* están estrechamente ligados y fundamentan el desarrollo de los países centrales que es posible, precisamente por su posibilidad de explotar a la periferia. La pobreza de la periferia se deriva de la expoliación de sus excedentes por los países centrales. En esta posición difiere claramente de la premisa del análisis de Cardoso en que se afirma que existe la posibilidad de dinamismo de las economías dependientes como resultado de su vínculo con el capital monopólico, a pesar de que Cardoso admite que esa forma de industrialización dependiente no involucra necesariamente la realización en estos países de las reformas y tareas históricas que suelen atribuirse a la acción de las burguesías europeas en la fase de la revolución democrático-burguesa.

Las diferencias de apreciación con relación al papel de las clases sociales constituyen un tercer nivel del debate planteado. Mientras en la perspectiva de Marini

se asume una visión ortodoxa del lugar de las clases sociales y se concibe a los actores del capitalismo clásico operando en la periferia, Cardoso mantiene que sólo es posible visualizar este asunto a partir de situaciones concretas.

Finalmente, frente a la ambición de Marini de buscar concebir una teoría del desarrollo centro-periferia, Cardoso afirma la imposibilidad de tal propósito y reafirma otra vez la necesidad de analizar las situaciones concretas de dependencia y sus circunstancias particulares.

El debate entre González Casanova y Stavenhagen a propósito del colonialismo interno (1963-1969). Un corolario del debate dependientista

El debate acerca de la caracterización del proceso de desarrollo de América Latina se vio enriquecido en los años sesenta por los aportes de González Casanova y Stavenhagen. La elaboración del concepto de *colonialismo interno*, como la del concepto de dependencia, partió de una crítica al dualismo estructural, al desarrollismo y a la teoría de la modernización. Frente a esas concepciones que suponían la existencia de una polaridad donde dos sistemas sociales y económicos coexistían sin interconexiones y donde el polo moderno se definía como el polo deseable, destino manifiesto del continente, ambos autores trataron en forma específica de elaborar una concepción diferente tanto de ellas como de

las que elaboró el enfoque de la dependencia. Podemos puntualizar esta elaboración distinguiendo los aportes de cada autor, subrayando las diferencias entre ambos.

En González Casanova (1963, 1965, 1967) aparece la afirmación que coloca a la relación centro-periferia en el mismo nivel que la subordinación de lo atrasado a lo avanzado dentro de la sociedad nacional. Tanto en los países que se constituyeron como colonias de población como aquellos que lo hicieron como colonias de explotación existe un carácter dual de la sociedad nacional pero en un sentido distinto al que le asigna el dualismo estructural; ambos polos existen pero están conectados por relaciones económicas (recursos naturales, trabajo, mercado, inversiones), por relaciones políticas (integración a una dominación dada y a una organización territorial) y por relaciones sociales (pluralidad de grupos que mantienen relaciones de poder entre sí). La conexión entre los dos polos es eminentemente cultural y está identificada con la existencia de desigualdades y discriminaciones entre ambos. No cabe, sin embargo, confundir esta relación con una explotación que siga pautas clasistas. Es aquí donde González Casanova se aparta de Stavenhagen y de otros al postular que este vínculo es una relación de dominio de una población en sus diferentes clases por otra población con sus diferentes clases. Es decir, traducido a los términos del enfoque dependentista, podemos reconocer la subordinación de la periferia al centro en forma global. Por lo cual el fenómeno llamado colonialismo interno incluye la dominación económica, social y cultural que no guarda semejanza con una

dominación restringida a la explotación de una clase por otra. Según González Casanova: "La estructura interna colonial, el colonialismo interno, tiene amplias diferencias con la estructura de clases y suficientes diferencias con las relaciones ciudad-campo como para utilizarlas como instrumento analítico específico".

Por su parte, Stavenhagen (1963, 1967) afirma que el origen del colonialismo interno se identifica con una situación en la que la dominación ejercida por la potencia colonial encubre una dominación de clase. Por ejemplo, la expansión del capitalismo en la sociedad colonial tiende a convertir la relación colonial en relación entre clases. Sin embargo, como los grupos étnicos se mantienen en el mismo lugar y no hay una liberalización del mercado de trabajo, el peso de la relación colonial tiende a subsistir. Existe una tensión permanente entre estas dos dimensiones. El contraste entre estos dos polos de la sociedad dual se da en términos de relaciones de tensión entre las zonas desarrolladas y las zonas subdesarrolladas de la sociedad nacional. Dichas tensiones no se articulan sólo en términos económicos sino que incluyen aspectos culturales. De manera que el colonialismo interno es una "relación orgánica estructural entre un polo de crecimiento o metrópoli en desarrollo y una colonia interna, atrasada, subdesarrollada y en creciente subdesarrollo". Si existe dinamismo del polo desarrollado se hace difícil que el colonialismo interno mantenga su vigencia. Se logra una integración nacional gradual y los grupos étnicos que conseguían mantener su identidad se asimilan a la sociedad nacional. Por lo cual, las relaciones interétnicas

se transforman poco a poco en relaciones de clase y el colonialismo interno tiende a desaparecer.

Puede apreciarse que existen diferencias entre González Casanova y Stavenhagen respecto a la relación entre colonialismo interno y estructura de clases. Para el primero, la diferenciación de clases dentro de la sociedad nacional no desempeña el papel fundamental; es toda la sociedad colonizada la que se subordina a la sociedad colonizadora, incluyendo sus grupos dominantes. Mientras que para Stavenhagen la estructura de clases y el colonialismo interno son fenómenos distintos vinculados por un proceso de tránsito de uno al otro, en González Casanova estamos dentro de una perspectiva que, en la época en que fue formulada, ligaba estrechamente a su autor a la concepción prevaliente del Estado nacional popular, es decir, el Estado mexicano (Durand, 1980). En Stavenhagen nos acercamos a una perspectiva en la que el marco de referencia marxista tiene un papel central. Fiel a su concepción de la estructura de clases como un fenómeno de relaciones que definen determinados modos de organización de la sociedad y no como reflejo del grado de desarrollo de las fuerzas productivas, Stavenhagen identifica a las relaciones de clase y no a las clases como el objeto fundamental del análisis: así, el colonialismo interno constituye una etapa dentro de un proceso de relación entre clases que va siendo cada vez más claro y explícito (Zapata, 1980).

El debate expuesto aquí, que tuvo lugar entre 1963 y 1969, contribuyó significativamente a la elaboración de una perspectiva específica con relación a la cues-

tión de la dependencia. En efecto, la contribución de González Casanova y de Stavenhagen mostró la insuficiencia de enfocar la dependencia desde el punto de vista de la relación centro-periferia y la necesidad de referirse también a lo que ocurría en la periferia propiamente tal. Pues las relaciones sociales entre dominantes y dominados dentro de la sociedad periférica, si bien resultan de una determinada relación con el centro, poseen también un grado de autonomía que repercute en la dirección que toma el proceso de desarrollo dentro de la periferia. Así, el aporte de los sociólogos mexicanos confiere al problema de la caracterización de nuestras sociedades un mayor grado de complejidad que vale la pena considerar en la perspectiva global.

Conclusión

Las cuatro variantes del enfoque de la dependencia —Frank, Cardoso y Faletto, Marini, González Casanova y Stavenhagen— dan fe de las diferencias existentes entre sus diversos exponentes con relación a las implicaciones del fenómeno. Surgidas a partir de la crítica de las interpretaciones ligadas al dualismo estructural, a la teoría de la modernización, al desarrollismo, dichas variantes de la dependencia afirmaron una nueva perspectiva analítica en la que se buscó trascender el plano de la realidad nacional para insertar el proceso de desarrollo latinoamericano en un contexto más amplio. Si bien las diversas variantes estuvieron en desacuerdo sobre algunos puntos fundamentales re-

lacionados sobre todo con las implicaciones políticas concretas que se podían deducir del enfoque, sus aproximaciones a la caracterización de la realidad latinoamericana no fueron sustantivamente distintas. Compartieron, por ejemplo, la periodización de la CEPAL y todas enfocaron el problema de la liga entre capital nacional y capital transnacional como la base de la dependencia. Asimismo, quizás con la excepción de Cardoso y Faletto, partieron de una visión en la que el conflicto de clases, intrínseco a las sociedades latinoamericanas, era compatible con la situación de dependencia. Sin embargo, con el advenimiento de los regímenes militares en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, el tema de las consecuencias políticas de la dependencia pasó a tener otras connotaciones que impidieron considerarla como adecuada para la interpretación de los problemas planteados a raíz de la aplicación de políticas neoliberales en contextos de elevado autoritarismo estatal. Por ello fue necesario encontrar nuevas perspectivas de análisis que permitieran captar mejor los fenómenos de fines de los años setenta y de la década de los ochenta.

Figura 1. El esquema analítico de Cardoso y Faletto (1969)

<i>Tipo de vinculación con el capitalismo internacional</i>		
	<i>En países con control nacional del aparato productivo</i>	<i>En economías de enclave</i>
<i>Momento del desarrollo</i>		
Periodo de expansión hacia fuera.	Control del aparato productivo dentro de la nación periférica; el capital extranjero entra y sale filtrado por el sistema económico interno; comercialización sujeta a vaivenes exteriores pero las élites políticas locales conservan algún grado de influencia.	Desarrollo de un impacto político y social diferente al anterior; uso de mucho capital y poca mano de obra; beneficios repatriados y decisiones sobre inversión y expansión hechas en el exterior. Posibilidad de un desarrollo interno escaso. Las relaciones económicas se establecen en el ámbito de los mercados centrales.

<p>Momento de la transición. La diferenciación de la economía exportadora crea las bases de un nuevo sistema productivo; la crisis del 29 se combina con la crisis del sistema de dominación oligárquica.</p>	<p>Incorporación de sectores medios al control político en diferentes formas según los países; en algunos hay subordinación de la oligarquía a la clase media, en otros es al revés (Colombia).</p>	<p>Quiebre del dominio oligárquico y hegemonía de los sectores medios en México, Bolivia, Venezuela; en América Central mantienen el control los terratenientes que lo comparten con el capital extranjero. Se multiplican las presiones sociales en este periodo.</p>
<p>Periodo de consolidación del mercado interno. <i>Populismo desarrollista</i>: búsqueda de consenso entre sectores agroexportadores, financieros, obreros, masas urbanas, campesinado. Industrialización.</p>	<p>Durante este periodo se combinan los sectores medios que apoyan una industrialización (liberal como en Argentina, nacional populista como en Brasil, estatal como en Chile) y sectores agroexportadores para expandir el mercado interno. En cada caso, la alianza política es distinta y descansa ya sea en empresa privada + terratenientes, empresa privada + Estado, excluyendo a los sectores oligárquicos. En Chile el Estado apoya una industrialización que excluye al capital extranjero con base en una alianza de los sectores medios con los sectores populares.</p>	

Figura 1. El esquema analítico de Cardoso y Faletto (1969) (continuación)

<i>Tipo de vinculación con el capitalismo internacional</i>	
<i>Momento del desarrollo</i>	<i>En países con control nacional del aparato productivo</i>
	<i>En economías de enclave</i>
Período de internacionalización del mercado.	El desarrollo de la periferia no es incompatible con la penetración del capital extranjero en los sectores económicos vinculados al mercado interno. Esto resulta de la crisis del sistema de dominación anterior (del "populismo desarrollista") y de la transformación del tipo de relación entre la economía interna y los centros hegemónicos del mercado mundial. La integración al mercado mundial de economías industriales periféricas asume significados distintos de los que pudo tener la integración al mercado internacional por parte de la economía agroexportadora. Los intereses externos están dentro de la economía periférica y encuentran apoyo en sectores urbanizados. Además, el Estado participa en este proyecto.

El proyecto de los *Chicago boys*: liberalismo estatista.

Referencias

- Amin, Samir, "El Estado y el desarrollo: ¿construcción socialista o construcción nacional-popular?", *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 11, enero-junio de 1987.
- Cardoso, F.H., "Imperialism and Dependency", en Frank Bonilla (ed.), *Structures of Dependency*, Stanford University Press, 1973.
- _____, "Associated Development: Theoretical Implications", en Alfred Stepan (comp.), *Authoritarianism in Brazil*, Yale University Press, 1973.
- _____, "Notas sobre el estado actual de los estudios de la dependencia", en *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1975.
- _____, "Imperialismo y dependencia en América Latina", en René Villarreal (comp.), *Economía internacional: II. Teorías del imperialismo, la dependencia y su evidencia histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- _____, "On the Characterization of Authoritarian Regimes in Latin America", en David Collier, *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, 1979.
- _____, "La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo", en R. Villarreal, *Economía internacional. II. Teorías del imperialismo, la dependencia y su evidencia histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- _____, "Una crítica a las tesis actuales sobre desarrollo y dependencia en América Latina", en varios autores, *Transnacionalización y dependencia*, Ediciones Cultura His-

- pánica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid, 1980.
- y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo*, México, Siglo XXI, Editores, 1969.
- Di Filippo, Armando, "El deterioro de los términos del intercambio treinta y cinco años después", *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 11, enero-junio de 1987.
- Durand, Víctor Manuel, "Pablo González Casanova: del nacionalismo al socialismo", inédito, 1980.
- Fajnzylber, Fernando, "Las economías neindustriales en el sistema centro-periferia de los ochenta", *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 11, enero-junio de 1987.
- Galtung, Johan, "A Structural Theory of Imperialism", *Journal of Peace Research* (Oslo), 1974.
- González Casanova, Pablo, "Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo", *América Latina*, núm. 3, 1963,
- , *La democracia en México*, Editorial ERA, 1965.
- , "Sociedad plural y desarrollo: el caso de México", en J. Jahl (comp.), *La industrialización en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.
- , *Sociología de la explotación*, México, Siglo XXI Editores, 1969.
- , "Les classes sociales au Mexique", *Cahiers Internationaux de Sociologie*, núm. 39, julio-septiembre de 1976.
- Lennin, Vladimir Ilich, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Moscú, Ed. de Lenguas Extranjeras, 1961 (edición original de 1916).
- Levi-Strauss, Claude, *De près et de loin*, Paris, Fayard, 1988.
- Magdoff, Harry, "El imperio norteamericano y la economía de los Estados Unidos", en René Villarreal (comp.) *Economía internacional: II. Teorías del imperialismo, la dependencia y su evidencia histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Marini, Ruy Mauro, *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI Editores, 1969.
- , "Las razones del neo-desarrollismo (o por qué me

- ufano de mi burguesía)", *Revista Mexicana de Sociología*, número extraordinario de 1978.
- _____, *Dialéctica de la dependencia*, México, Editorial ERA.
- Stavenhagen, Rodolfo, "Clases, colonialismo y aculturación: ensayo sobre un sistema de relaciones inter-étnicas en Mesoamérica", *América Latina*, núm. 4, 1963.
- _____, "Las relaciones entre la estratificación social y la dinámica de clases", en Anthony Leeds (comp.), *Estructura, estratificación y movilidad social*, Organización de Estados Americanos, Washington, 1967.
- _____, *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, Siglo XXI Editores, 1969.
- _____, "Siete tesis equivocadas sobre América Latina", *El Día*, junio de 1965. También en *Sociología y subdesarrollo*, México, Ed. Nuestro Tiempo, 1971.
- Smith, Tony, *Los modelos del imperialismo: Estados Unidos, Gran Bretaña y el mundo tardíamente industrializado desde 1815*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.
- Sunkel, Osvaldo, "Las relaciones centro-periferia y la transnacionalización", *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 11, enero-junio de 1987.
- Villarreal, René, *Economía internacional: II. Teorías del imperialismo, la dependencia y su evidencia histórica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Zapata, Francisco, "La innovación sociológica en México: la contribución de Rodolfo Stavenhagen", *Ciencia*, vol. 32, septiembre de 1981.

X. ANÁLISIS CRÍTICO DEL ENFOQUE DE LA DEPENDENCIA

Si bien el enfoque de la dependencia experimentó variantes en la expresión de sus principales planteamientos, con el fin de puntualizar las críticas de que ha sido objeto es posible sintetizarlo como sigue.

A partir de la imagen de que el desarrollo de las sociedades latinoamericanas debe estudiarse en el contexto del desarrollo de las sociedades industrializadas, se propone precisar el carácter de dicho sistema económico único y establecer los vínculos que hay entre los elementos internos diferentes y específicos de las unidades socioeconómicas estudiadas y la economía mundial. Es decir, si se parte del supuesto de que el mundo es un sistema económico único del cual forman parte el centro y la periferia, el objeto del enfoque de la dependencia es determinar el grado de influencia de esos vínculos sobre la economía, la política y la cultura de la periferia. En seguida se propone que esos vínculos denotan una profunda subordinación de la periferia con relación al centro, al punto que los procesos ocurridos en su interior están *determinados* (para Frank o Marini) y *condicionados* (para Cardoso y Faletto). Dicha

subordinación da lugar a obstrucciones, distorsiones y deformaciones de la estructura económica de la periferia así como también a una gran inestabilidad de ésta en su desenvolvimiento a mediano y largo plazo.

El fenómeno del intercambio desigual permite identificar un capitalismo periférico dependiente, donde la operación del modo de producción capitalista experimenta modificaciones respecto a su funcionamiento en el modelo puro, que opera en forma más o menos ortodoxa en los países centrales. Vale la pena puntualizar que el intercambio desigual no se explica necesariamente por los bajos salarios que reciben los trabajadores de los países periféricos si se les compara con los que reciben aquellos de los países centrales. Tampoco se explica por la estructura del consumo que prevalece en los países centrales, argumento defendido por Prebisch. La explicación del intercambio desigual radica en los vínculos de las relaciones internacionales dependientes con la estructura social y económica interna de los países periféricos. Lo nacional y lo internacional constituyen los dos polos de unidad de la economía mundial. Aquí es donde aparece la relevancia del planteamiento de Cardoso y Faletto, para quienes esta situación, definida en términos económicos, se da sobre todo en términos políticos. Afirman ellos, a partir del análisis de las diversas situaciones que distinguen, que el enfoque de la dependencia trata de determinar el punto de intersección entre el poder económico y la dominación social. El problema central de la dependencia es el del control social de la producción y del consumo. La dependencia alude entonces a las condiciones

de existencia y funcionamiento del sistema económico y del sistema político. Existen nexos entre la diferenciación del sistema económico y la formación de los centros de decisión. La integración al mercado internacional supone formas de interrelación de los grupos sociales de cada país entre sí y con los grupos externos. De lo anterior se deriva que el Estado periférico está inmerso en la situación de dependencia. No es sino la expresión del acuerdo entre los grupos dominantes nacionales y los grupos dominantes imperialistas. Obedece a estrategias derivadas de la lógica de funcionamiento del sistema económico internacional. Los grupos populares, las organizaciones sindicales y los partidos políticos cumplen funciones dentro de un proyecto que no controlan. El nexo centro-periferia contamina las relaciones entre los diversos actores sociales de la periferia.

Esta breve síntesis del enfoque de la dependencia, en sus diversas variantes, permite formular algunas de las críticas planteadas en relación con él en los últimos años.

a) *El enfoque de la dependencia: ¿sincretismo?* En primer lugar, aparece un cuestionamiento de la existencia de un objeto teórico en la noción de dependencia. La utilización de marcos teóricos de distinto origen como son la teoría del imperialismo de Lenin, los sistemas de dominación de Weber, las imágenes de Schumpeter en relación con el modo de actuar de los empresarios, etc. debilitan el impacto del análisis propuesto por los dependentistas. Dichos marcos teóricos coexisten difícilmente dentro del enfoque, y en particular en el pro-

puesto por Cardoso y Faletto (Paz, 1981).

b) Una crítica de izquierda: el marxismo ortodoxo. La crítica más contundente es la originada en el marxismo ortodoxo que ve en el enfoque dependentista un uso erróneo de las categorías del mismo y sobre todo en su concepción del sistema capitalista (Osoriò, 1984). Es decir, el punto de partida del enfoque, la relación entre periferia y centro, sitúa el problema en la dialéctica nacional-internacional y olvida la diferenciación de las clases sociales, tanto en el centro como en la periferia. Al concentrar el análisis en el estudio de la relación centro-periferia pierde de vista que la cuestión principal estriba en la explotación de proletarios por burgueses, en ambos componentes del sistema económico internacional. Centrado en la ausencia de un análisis en términos clasistas, el punto de vista del marxismo sobre el enfoque de la dependencia permanece también estrechamente ligado a un planteamiento en donde las variables endógenas son fundamentales para explicar lo que ocurre en la periferia. Paradójicamente, la posición marxista se aproxima al punto de vista que la teoría de la modernización había planteado con relación a los procesos sociales y políticos que tienen lugar en la periferia. Y así es, en el esquema de la modernización, los procesos centrales ocurren dentro de la nación y lo que ocurre fuera de ella no es fundamental.

De esta manera, tanto para el marxismo como para la modernización, el cuestionamiento de la dependencia se realiza en nombre de un análisis en que "las especificidades del desarrollo capitalista latinoamericano se explican por las relaciones de producción vigentes,

por la articulación que éstas establecen con las fuerzas productivas, las modalidades de explotación existentes en cada país''. En consecuencia, la crítica de izquierda, a la que podemos asociar a esta visión de la dependencia, y que en algunos países fue asumida directamente por intelectuales ligados a los partidos comunistas, coincide con las críticas que la teoría de la modernización le podía hacer a la dependencia. Dicha coincidencia no es casual pues, como lo vimos en la presentación del debate entre partidarios de la interpretación de la formación social latinoamericana en términos de feudalismo o capitalismo (capítulo VIII), ambos enfoques también coincidían en esa época en lo referente a la visión por etapas del proceso de desarrollo del continente.

c) *Una crítica a la herencia cepalina de la dependencia.* Aquí la referencia a la ausencia de demarcación entre la dependencia y el pensamiento de la CEPAL es clara. Se afirma que el enfoque posee un marcado carácter estructuralista tanto por el uso de la categoría centroperiferia como por la forma en que se interpreta la inserción de América Latina en el mercado internacional. También se disiente del sentido otorgado a las repercusiones de esta inserción en el plano nacional que, junto a las anteriores, atan indisolublemente a la dependencia con las categorías que había creado la CEPAL para interpretar el desarrollo de la región. Pero la crítica va más allá todavía. No es suficiente que el enfoque encuentre uno de sus puntos de sustentación en las concepciones desarrollistas y modernizadoras de la CEPAL y de la teoría de la modernización. Es posi-

ble confirmar esta crítica al observar la evolución que experimentó el pensamiento de Cardoso en los años setenta cuando defendió alternativas de desarrollo que denominaron neodesarrollistas, al afirmar la necesidad de “propiciar fórmulas más orgánicas y equilibradas de desarrollo capitalista, frente a los nuevos desequilibrios provocados por la creciente internacionalización que vive el capitalismo latinoamericano y a la voracidad de sus fracciones monopólicas y financieras”. Ésta era la crítica que le hacía Marini a Cardoso en 1977. Esta evolución se contrapone a la del pensamiento de Prebisch quien, contrariamente a lo que ocurrió con Cardoso, se dirigió hacia un cuestionamiento frontal de las categorías que había defendido veinte años antes. Cardoso, intensamente preocupado por lograr la redemocratización de Brasil, tendió a enfatizar aquellos factores, como el desarrollismo, que invalidaron la profunda crítica que había dirigido a éste en su trabajo sobre la dependencia.

d) La cuestión de las consecuencias políticas de la dependencia. La premisa en que se basa esta crítica es que si se concibe a la integración de la periferia en la economía internacional como un obstáculo absoluto a las posibilidades de desarrollo autónomo de ésta y de allí se deriva que la única alternativa reside en la ruptura de dicho vínculo, aparece como imposible encontrar estrategias de desarrollo intermedias que tomen en cuenta el mundo real en que se desenvuelven los países periféricos.

Esta crítica trata, por lo tanto, de demostrar que el enfoque de la dependencia es un planteamiento normativo en el que el subdesarrollo de la periferia resulta

de estrategias poco menos que deliberadas de los países centrales. Se trata de destacar modelos ideales que no guardan relación con modelos empíricamente fundamentados. La autonomía nacional tiene un valor absoluto que entra en conflicto con cualquier relación, vínculo o articulación entre la periferia y el centro que la pueda poner en duda. Se trata entonces de ver la implantación del socialismo como alternativa absoluta al capitalismo dependiente. Esta crítica, heredera directa de la perspectiva de Mariátegui, se centra en la búsqueda de la resolución de todos los problemas derivados de la inserción de la periferia en el mercado internacional, los cuales se podrán superar con la ruptura mencionada.

e) *La antinación dentro de la nación.* Una crítica que proviene desde la derecha y asocia directamente a la dependencia con el marxismo busca asociar al enfoque con una visión del conocimiento como subordinado al ejercicio del poder. El conocimiento está definido en términos pragmáticos haciendo difusa la frontera entre su generación y su aplicación. Se trata, de acuerdo a Pakenham (1978) quien formula esta crítica en forma más precisa, de que la dependencia, al buscar caracterizar a todos aquellos que participan del pacto con los grupos dirigentes de los países centrales como representantes de la antinación dentro de la nación, está "satanizando" a estos grupos en forma radical. Para ilustrar su posición hace alusión a la estrategia seguida por los Khmer Rouge en Camboya en los años setenta los cuales, para hacer frente a la occidentalización de su país, buscaron suprimir cualquier resabio de presencia extranjera a través de un regreso forzoso al cam-

po y a la vida natural. Dicha estrategia es un ejemplo extremo de lo que puede ser la aplicación de una interpretación dependentista llevada a sus últimas consecuencias, en donde la antinación debe ser erradicada violentamente de la faz del país. Así, conocimiento y poder son indisociables y todo es, en última instancia, reducible a la política, la única realidad sustantiva.

f) *Dependencia y Estado nacional.* Una última forma de cuestionamiento del enfoque dependentista viene de aquellos que definen una estrategia de acción política centrada en el Estado que, contrariamente al análisis de la dependencia, se percibe como un agente capaz de superar la intervención y la penetración extranjera en el funcionamiento de la economía y de la sociedad periférica. Se valora el carácter popular que puede tener el Estado y su capacidad para sustentar un proyecto nacional. Esta posición se levanta en contra de la dependencia en nombre del planteamiento nacionalista-revolucionario que afirma la posibilidad del desarrollo nacional en función de una política antimperialista, sin caer en la dominación de clase, ni en el autoritarismo estatal basado en la coerción y en la fuerza. De esta manera, se cuestiona la versión radical del enfoque de la dependencia según la cual la única forma de superar el subdesarrollo es mediante la ruptura de la relación entre la periferia y el centro por medio de la implantación del socialismo. Es posible, por medio del uso de los instrumentos estatales, lograr posiciones en la sociedad civil que permiten hacer frente a los desafíos de la implantación del capital transnacional en la periferia.

Referencias

- Cavarozzi, Marcelo, "El desarrollismo y las relaciones entre democracia y capitalismo dependiente", en *Dependencia y desarrollo en América Latina*", *Latin American Research Review*, vol. XVII, núm. 1, 1982.
- Halperin, Donghi, Julio, "Dependency Theory and Latin American Historiography", *Latin American Research Review*, vol. XVII, núm. 1, 1982.
- Myer, John, "A Crown of Thorns: Cardoso and Counter-Revolution", *Latin American Perspectives*, vol. III, núm. 1, 1975.
- Osorio, Jaime, "El marxismo latinoamericano y la dependencia", *Cuadernos Políticos*, núm. 39, enero-marzo de 1984.
- Packenham, Robert, "The New Utopianism: Political Development Ideas in the Dependency Literature", *Working Papers*, núm. 19, Latin American Program of the Wilson Center, Washington, 1978.
- , "Plus ça Change . . . the English Edition of Cardoso and Faletto's *Dependencia y desarrollo en América Latina*", *Latin American Research Review*, vol. XVII, núm. 1, 1982.
- Paz, Pedro, "El enfoque de la dependencia en el desarrollo del pensamiento económico latinoamericano", *Economía de América Latina* (CIDE), México, primer semestre de 1981.
- Poskonina, Liudmilla, "La concepción radical de izquierda brasileña de capitalismo dependiente: aspectos metodológicos", *América Latina*, núm. 6, Moscú, 1982.

- Roxborough, Ian, "Dependency Theory in the Sociology of Development: Some Theoretical Problems", *West African Journal of Sociology and Political Science*, vol. 1, núm. 2, enero de 1976.
- Valenzuela, Arturo y Samuel Valenzuela, "Modernización y dependencia: perspectivas alternas en el estudio del subdesarrollo latinoamericano", en Villarreal (comp.), *Capitalismo transnacional y desarrollo nacional*, México, Fondo de Cultura Económica, col. Lecturas del Fondo, núm. 37, 1981.
- Weaver, F.S., "Capitalist Development. Empire and Latin American Underdevelopment: an Interpretative Essay in Historical Change", *Latin American Perspectives*, vol. III, núm. 4.

CONCLUSIÓN

Inconcluso quedaría este trabajo si no hiciésemos referencia a los regímenes militares y a los procesos de transición a la democracia que han sido los grandes sucesos de los últimos veinte años de la historia de nuestro continente. En efecto, durante gran parte de la década de los setenta Argentina, Brasil y Uruguay fueron gobernados por regímenes controlados directamente por las fuerzas armadas. Chile a la fecha (1989) inicia su proceso de transición a la democracia. A principios de los ochenta en los tres primeros países se iniciaron procesos de redemocratización cuya consolidación está todavía en marcha. Brasil promulgó una nueva constitución, Argentina celebró elecciones presidenciales y Uruguay hace lo mismo. En Chile, a partir de la derrota del general Pinochet en el plebiscito de octubre de 1988 y en las elecciones presidenciales de diciembre de 1989, se inicia lentamente un movimiento hacia la vuelta a la democracia. En suma, el periodo más reciente de nuestra historia debe conferir un lugar central a estos procesos y tratar de caracterizarlos en términos generales. Ese será el objeto de esta conclusión.

Las características de los regímenes militares que tomaron el poder en la década de los setenta difieren radicalmente de otros ocurridos en esos países y también de los que imperaron durante el transcurso del siglo XX. En efecto, la participación militar en la política durante la década de los setenta fue institucional, es decir, comprometió a las fuerzas armadas más allá de los caudillos que pudieron expresarse en otras épocas. La forma institucional que adquiere la participación militar en la política contemporánea de América Latina se identifica con la construcción de un nuevo régimen político que ha sido denominado burocrático-autoritario por O'Donnell (Cuéllar, 1980). Dicho régimen político está estrechamente vinculado con una nueva etapa del desarrollo económico de algunos países donde se han abierto las compuertas del mercado interno a importaciones provenientes de otros países y se ha enfatizado una estrategia de fomento a los sectores con mayores ventajas comparativas para penetrar los mercados de los países industrializados. De manera que los vínculos con la economía internacional se han reforzado con la puesta en práctica de medidas de liberalización del comercio y, en general, con políticas de corte monetarista, neoliberales en el plano interno. Aparece así un grupo político constituido por una alianza de tecnócratas y militares que asumen cargos en la administración de las empresas estatales y promueven inversiones conjuntas del capital nacional y el transnacional.

Dicho régimen asocia estrechamente al autoritarismo con la transnacionalización de la economía. Se facilita

enormemente tanto la inversión como la repatriación de beneficios para el capital extranjero. Aparentemente, la puesta en práctica de este régimen tuvo un éxito relativo. Durante los primeros años de su aplicación, sobre todo en Brasil y Argentina, se pensó que finalmente se había llegado a la modernización tan anhelada por ciertas élites políticas. No obstante, su solidez fue pasajera. Ya a fines de los años setenta, las presiones sociales revelaron que la represión no podía suprimir las diversas peticiones planteadas tanto por los sectores populares como por los sectores del empresariado nacional, no vinculado al capital extranjero.

Esta situación desencadenó en Brasil la llamada "liberalización" expresada en el restablecimiento de algunos derechos civiles, en la realización de algunas elecciones en forma directa y en la apertura en materia de comunicación de masas. Incluso se restableció el derecho de huelga en forma controlada. La liberalización tuvo el propósito de ampliar la base de sustentación política del Estado pero mantuvo el dominio militar sobre las decisiones fundamentales. Liberalización y apertura son procesos controlados por el régimen autoritario. Vale la pena entonces diferenciar ambos procesos de la redemocratización, que irá más lejos.

En Argentina la transición fue mucho más abrupta. En efecto, debido a la derrota militar en la Guerra de las Malvinas, el proceso de reconstitución del sistema político se expresó en la convocatoria de elecciones para remplazar a las fuerzas armadas en la administración del Estado. Además, en el caso argentino, debe mencionarse que la crisis política desencadenada por

la derrota militar vino a agregarse a un deterioro económico muy pronunciado que demostró la incapacidad del régimen autoritario para encarar los desafíos de la transformación económica en este fin de siglo. El incremento de la deuda externa, el debilitamiento de la industria nacional, el excesivo gasto militar, la represión de las demandas de mejoras salariales y el deterioro de la distribución del ingreso hicieron notar claramente que el régimen autoritario no había podido encontrar una fórmula que hiciera viable al país.

De manera que tanto el milagro brasileño como la aplicación de políticas monetaristas fueron modelos cuya fuerza fue más aparente que real. Ni Delfim Neto, ni Martínez de Hoz ni los *Chicago boys* pudieron hacer estable y permanente lo que a principios de los setenta parecía eterno.

La redemocratización. Es entonces en un contexto de deterioro político y económico donde se desarrolla la transición hacia la democracia. En países como Argentina, Brasil o Uruguay dicha transición no es tanto el resultado de una presión organizada de la sociedad civil como la expresión del fracaso de los regímenes militares para constituir un sistema de decisiones estable, durable y flexible. Además, dicha transición ha mostrado, al menos hasta ahora, la presencia de una nueva relación entre sociedad civil y sociedad política en la que actores sociales como los pobladores marginales, los jóvenes, las mujeres, los católicos, los protestantes, las asociaciones culturales y una infinidad de otros grupos pasan a ocupar el espacio que, en décadas anteriores, había sido monopolizado por los partidos políticos

o por movimientos como el peronismo o el varguismo.

Los actores sociales clásicos como los sindicatos, han perdido importancia como agentes demandantes. Ya no es sólo mediante la negociación colectiva como se llevan a cabo las discusiones sobre la repartición del producto social. Además, la puesta en práctica de políticas monetaristas redundó en serios aumentos del desempleo, lo cual redujo la base de sustentación del sindicalismo. Los sindicalizados son una minoría frente al número de desempleados. En esas condiciones los sindicatos sólo pueden realizar una acción defensiva que no siempre tiene éxito, dada su debilidad estructural en el sistema de poder. Las huelgas, casi desaparecidas durante la vigencia de los regímenes militares, no involucran hoy tampoco a grandes grupos de trabajadores. En todo caso las perspectivas de éxito de conflictos planteados en términos políticos son hoy escasas. No queda sino concluir que el sindicalismo debe concertarse con los demás actores sociales, tanto empresarios como desempleados, dadas las presiones que ejerce la transición hacia la democracia y la crisis económica sobre las posibilidades de los países para mejorar la situación de los asalariados.

El proceso de redemocratización no puede entonces sólo restaurar lo que existía antes de la toma del poder por las fuerzas armadas. La liberalización, la apertura y la redemocratización no son sólo válvulas de escape a las tensiones derivadas de la crisis económica que sufren los regímenes autoritarios. Existen transformaciones en la distribución sectorial de las actividades económicas, en la estructura de la fuerza de trabajo, en

la forma en que la sociedad se organiza y en los objetivos buscados, que deben ser tomados en cuenta en este proceso. Ni el autoritarismo ni la crisis han sido erradicados de las sociedades que los padecieron o los padecen. Podemos circunscribir algunas de dichas transformaciones a tres áreas que nos parecen primordiales: la del papel de los partidos políticos, la del lugar de las fuerzas armadas en el régimen político-autoritario y la del carácter de la movilización social.

Los partidos políticos. La organización de los intereses de los diversos grupos sociales, que hasta ahora había sido cumplida por los partidos, ya no puede limitarse a ellos (Cardoso, 1983). En efecto, su eficacia fue puesta en duda, tanto por la implacable crítica a que se vieron sometidos por los regímenes militares como por las fallas que se percibieron en su acción al analizarla retrospectivamente. Su legitimidad se ha debilitado. Además, la viabilidad del populismo, si el liberalismo monetarista fue el modelo económico de los proyectos alternativos que han presentado, ha sido cuestionada y discutida por diversos grupos de la sociedad. De esta forma, la organización de los intereses sociales también se ha democratizado en múltiples formas de agrupamiento que no necesariamente culminan en los partidos políticos. Por lo que cabe suponer que en los próximos años será más difícil ubicar interlocutores con proyectos definidos; el sistema de decisiones estará muy atomizado. Los nuevos responsables del Estado deberán tomar en cuenta esta situación para encontrar maneras de legitimarse en el poder. También cabe preguntarse de qué manera el régimen producto de la

redemocratización encontrará un proyecto económico viable. En efecto, si la industrialización sustitutiva fue el modelo económico de los regímenes autoritarios ¿cuál será el proyecto del régimen democratizador?

El lugar de las fuerzas armadas. El lugar del ejército en la sociedad nacional postautoritaria está en entredicho. Quizás en Brasil esté más definido que en Argentina, donde el fracaso de la Guerra de las Malvinas deslegitimó a tal punto su inserción en la sociedad que es posible pensar que el régimen de Alfonsín tuvo un margen de maniobra mayor, sobre todo porque pudo proceder a renovar la imagen de este sector con mayor libertad de lo que pudo hacerlo el presidente Sarney. En todo caso, a pesar de la especificidad de cada situación nacional, es indudable que dicho lugar pasa también por la reflexión que los propios militares hagan respecto de su paso por el poder. Ya no es posible asumir esa experiencia en forma inocente. Las heridas son demasiado profundas como para tratar de olvidarlas. Además, existen los problemas propiamente militares de la región a los que quizás deberían dedicarse con más atención las fuerzas armadas. Hasta ahora, la preocupación por la estabilidad política interna los ha distraído del cumplimiento de su papel central. En este sentido, la política de los regímenes redemocratizados frente a las fuerzas armadas será crucial y deberá descansar en una redefinición de su lugar en la sociedad nacional.

El carácter de la movilización social. ¿Cómo imaginar la acción de los sectores sociales surgidos a la sombra de la represión (pobladores, jóvenes, religiosos, etcétera)

en esta coyuntura? ¿Cómo articular tan distintos intereses, sobre todo cuando esos sectores han sufrido el impacto pleno de las políticas represivas del desempleo, de la rebaja de los salarios, de la humillación, de la exclusión política? Se trata de asumir las consecuencias de las políticas sociales y económicas puestas en práctica en la última década y media. Dichas consecuencias tienen que ver con el achicamiento del Estado como empleador, lo que redundó en el despido de miles de personas en sectores como la salud, la educación y la administración pública. Apareció el desempleo de cuello blanco. A la vez, el cierre de fábricas medianas y pequeñas y las medidas de incremento de la productividad en los sectores estratégicos de la economía creó un volumen muy alto de desempleados en las capas obreras. Pero, más que estos dos impactos, lo que ha aparecido en forma generalizada es la falta de empleo para los jóvenes que intentan entrar al mercado de trabajo sin conseguirlo. Son ellos quienes sufren en forma más descarnada el impacto de las políticas liberales. En 1982 casi la mitad de los jóvenes con edades comprendidas entre 14 y 24 años estaba sin empleo en Santiago de Chile. No debe sorprender entonces que la movilización social descansa sobre todo en estos grupos. Porque, en resumidas cuentas, si más de la mitad de la población total de los países latinoamericanos está compuesta por personas que tienen menos de 24 años de edad y si una proporción importante de este grupo no encuentra una actividad digna en la cual desempeñarse ¿cómo considerar anómalo que sean ellos quienes se rebelen?

En estas tres áreas debemos sintetizar los problemas que surgen al plantearse la redemocratización en América Latina. Sin embargo, existe un último punto que vale la pena discutir y que se refiere al contenido de los proyectos de democratización. No sólo hay una concepción sobre la forma en que debe asumirse este proceso y por ello vale la pena presentar alternativas.

Una primera concepción parte de suponer que los ciudadanos comparten valores comunes que trascienden los conflictos de interés. La nación es una referencia compartida por todos y la herencia histórica es común para todos sus integrantes. Aquí, la redemocratización es la recuperación de una comunidad de intereses donde las divisiones son postergadas. El régimen político descansa en una dominación legítima en donde los ciudadanos ven reflejadas sus ambiciones, sus preocupaciones. La característica central de esta concepción es la búsqueda del *consenso* más allá de las diferencias que puedan existir entre los que están arriba y los que están abajo en la estructura social. Los de arriba y los de abajo hacen un pacto social que reconoce la jerarquía pero no la convierte en condición de la legitimidad política. El desplazamiento del autoritarismo y del militarismo descansa en la necesidad de encontrar un eje de concertación entre vastos grupos sociales con intereses diferentes. Además, la necesidad de dicho pacto se fundamenta también en el imperativo de compensar la desagregación de la estructura social inducida por las políticas económicas del régimen autoritario.

Una segunda concepción que recoge la herencia de

una tradición ya larga en la historia del continente, es la que establece que la sociedad está dividida en clases con subculturas propias que interactúan en forma conflictiva. Según ello, el régimen político es un acuerdo provisorio entre organizaciones que representan intereses no necesariamente convergentes. Aquí, la búsqueda de la democracia no se limita a la legitimación de un régimen político; es también la búsqueda de transformaciones profundas de la estructura de poder. El proceso de redemocratización es un proceso que restablece la continuidad con las luchas sociales del pasado (Zemelman, 1980). Se trata entonces de crear un nuevo modelo de interacción entre las clases sociales. Esta concepción no descansa pues en el propósito de lograr un consenso. Busca sobre todo establecer las condiciones propicias para un conflicto, regulado si se quiere, pero abierto, no reprimido.

Todos los que forman parte de la dinámica democratizadora enfrentan los dilemas expuestos. No cabe plantearse los como alternativas sino más bien como proyectos en tensión donde las idiosincrasias nacionales desempeñan un papel central. En efecto, no es lo mismo situar el debate en Brasil que en Argentina, en Uruguay o Chile. No sería además fructífero. Es un debate que apela a las formas mediante las cuales se construyeron los estados nacionales, los sistemas políticos y las organizaciones sociales. En cada nivel pueden observarse los problemas que concentran la atención de los que tienen el deber de construir los nuevos sistemas institucionales. Se trata, en suma, del desafío histórico que deben resolver para evitar, en todo lo po-

sible, el silencio, la represión y la muerte, herencia de los regímenes militares.

Referencias

- Cardoso, Fernando Henrique, "Régimen político y cambio social", en Lechner (comp.), *Estado y política en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1982.
- , "Las políticas sociales en la década de los ochenta: nuevas opciones", *El Trimestre Económico*, núm. 197, 1983.
- Coller, David (comp.), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, 1979.
- Cuéllar, Óscar, "Estado, dominación y relaciones de producción: comentario sobre la teoría política de Guillermo O'Donnell", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, 1980.
- Delich, Francisco, "La construcción social de la legitimidad política en procesos de transición a la democracia", *Crítica y Utopía*, núm. 9, 1983.
- Edwards, Sebastian, "Stabilization with Liberalization: an Evaluation of ten Years of Chile's Experiment with Free Market Policies: 1973-1983", *Economic Development and Cultural Change*, 1985.
- Fplishish, Ángel, "El surgimiento de una nueva ideología democrática en América Latina", *Crítica y Utopía*, núm. 9, 1983.
- García, Pío, "Notas sobre formas de estado y regímenes militares en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 28, 1981.
- Garreton, Manuel Antonio, "The Failure of Dictatorships in the Southern Cone", *Telos*, núm. 68, verano de 1986.
- Hirshman, Albert, "The Turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for its Economic Determinants", en Collier, *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, 1979.

- Lechner, Norbert, "El proyecto neo-conservador y la democracia", en Daniel Camacho (comp.), *Autoritarismo y alternativas populares en América Latina*, San José, Costa Rica, 1982.
- Martins, Luciano, "Le régime autoritaire brésilien et la libéralisation politique", *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 65, 1982.
- Moulian, Tomás, "Democracia, socialismo y proyecto nacional-popular", en *Democracia y socialismo en Chile*, FLACSO, Santiago, 1983.
- , "El futuro de la democracia en América Latina", en Portales (comp.), *La América Latina en el nuevo orden internacional*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- , "Una reflexión sobre intelectuales y política", en *Democracia y socialismo en Chile*, Santiago, 1983.
- O'Donnell, Guillermo, *Modernización y autoritarismo*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1972.
- , "State and Alliances in Argentina: 1956-1966", *Journal of Development Studies*, vol. 15, 1978.
- Serra, José, "Three Mistakes theses Regarding the Connection Between Industrialization and Authoritarian Regimes", en Collier (comp.), *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, 1979.
- Varas, Augusto, "Acumulación financiera y gobiernos militares de derecha en América Latina", en Portales (comp.), *La América Latina en el nuevo orden*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- Zemelman, Hugo, "Democracia y militarismo", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 42, núm. 3, 1980.

GLOSARIO

Anarquismo: doctrina política que busca el establecimiento de la justicia, la igualdad y la fraternidad en la sociedad, eliminando todos los mecanismos coercitivos, tanto estatales como sociales.

Antimperialismo: ideología política opuesta a la penetración del capital extranjero que sirve de sustentación para un proyecto nacionalista encabezado por una alianza de clases dirigida por las clases medias ilustradas. En Martí (1853-1895), el antimperialismo reviste una función principal en el diseño de la estrategia dirigida a lograr la independencia de Cuba respecto a España; José Ingenieros (1877-1925) lo considera factor constitutivo de la nación, y Haya de la Torre (1895-1979) lo definirá como uno de los ejes de la lucha revolucionaria nacionalista destinada a unificar a la nación frente al explotador foráneo.

Aprismo: ideología política asociada a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), creada en 1924 por Haya de la Torre, en México. Plantea un *frente*, compuesto por las diversas clases sociales y encabezado por los grupos medios ilustrados, que se propone desarrollar una estrategia nacionalista-

revolucionaria con base en el fortalecimiento del Estado y la valoración de las riquezas naturales nacionales.

Articulación de modos de producción: vínculo mediante el cual dos modos de producción (por ejemplo el feudalismo y el capitalismo) están estructuralmente relacionados. Se refiere al caso de los países subdesarrollados en que formas precapitalistas coexisten con formas capitalistas de producción, estrechamente entrelazadas.

Clase: momento en que una categoría social, definida por la homogeneidad de *status* de sus integrantes, se percibe a sí misma como conjunto integrado de personas que persiguen objetivos comunes. En tal momento, según Marx, ocurre el paso de la *clase en sí* a la *clase para sí*.

Colonialismo: proceso en el que las potencias europeas lograron apropiarse de vastos territorios situados en Asia, África y América tanto con el fin de obtener reservas de materias primas como con el propósito de trasladar a ellos parte de su población.

Colonialismo interno: sistema de dominación y de explotación, históricamente determinado, en el cual un grupo dominante que se identifica con la sociedad nacional mantiene a otros grupos sociales en un estado de sujeción y subordinación, en particular en países con una gran población indígena (Guatemala, Ecuador, Bolivia).

Corporativismo: sistema de representación de intereses en el que las unidades constitutivas están organizadas en categorías singulares, obligatorias, no com-

petitivas, ordenadas jerárquicamente, diferenciadas funcionalmente y reconocidas. Estas unidades son creadas por el Estado que les da un monopolio de representación deliberado en sus respectivas categorías, a cambio de mantener el control sobre la selección del liderazgo y sobre la articulación de demandas y apoyos.

Cuestión social: punto de vista defendido doctrinalmente por los ideólogos católicos que se inspiraron en la *Encíclica Rerum Novarum* (1895), dictada por el papa León XIII. Por su intermedio, la Iglesia católica se obligaba a defender a los trabajadores de los abusos de los patrones, a promover leyes sociales que regularan la vida en las fábricas. En los años treinta, y gracias a los aportes de Jacques Maritain, se transformó en la doctrina social de la Iglesia.

Dependencia: enfoque analítico ligado a una visión en la que la estructura de poder de los países latinoamericanos está estrechamente ligada a las fluctuaciones de sus relaciones con la economía internacional. En la versión de Cardoso la dependencia está relacionada con la forma que adquieren las alianzas de clase dentro de las formaciones sociales del continente cuando se vinculan con las élites dirigentes de los países desarrollados. Así, la dependencia es la articulación del capital extranjero con agentes nacionales que definen sus proyectos político-económicos en función de la dinámica del mercado internacional y de los intereses del imperialismo.

Desarrollismo: enfoque en el que se afirma que la modernización es el simple resultado de la acumula-

ción de capital, lograda merced a la industrialización dirigida por el Estado; implica también cambios en la mentalidad empresarial y en los objetivos sindicales que deben adecuarse a este propósito.

Dualismo estructural: paralelismo entre elementos precapitalistas y capitalistas en una formación social dada sin que existan interconexiones entre ambos.

Enclave: forma de organización de la producción (mina, plantación, hacienda) en la que la producción y la reproducción de la fuerza de trabajo están estrechamente ligadas. Debe diferenciarse de *economía de enclave*, forma de inserción de algunos países latinoamericanos en la economía internacional analizada por Cardoso y Faletto.

Heterogeneidad estructural: característica de las economías y las sociedades latinoamericanas que opone sectores intensivos en capital, con mano de obra calificada y sindicalizada, a sectores intensivos en mano de obra, con mano de obra poco calificada, no sindicalizada.

Indigenismo: movimiento o política estatal orientada a la integración de los indios a la vida nacional dirigida por los blancos y no necesariamente de índole mesiánica.

Intercambio desigual: contraste entre el valor de las exportaciones (minerales, productos agrícolas) y el valor de las importaciones (máquinas) de los países subdesarrollados que tiende a agudizarse.

Nacionalismo: fórmula política o doctrina que propone el desarrollo autónomo, autodeterminado, de una colectividad definida según características externas

precisas y homogéneas y considerada como depositaria de valores exclusivos e imperecederos. Puede asumir formas reaccionarias, excluyentes o formas progresistas, integradoras.

Nacionalismo revolucionario: con base en la integración de los diversos componentes étnicos (en términos de Vasconcelos “la raza cósmica”) se trata de reivindicar a la nación frente a la dominación imperialista mediante el fortalecimiento del Estado y de su acción económica. Defiende los recursos naturales (como en el artículo 27 de la Constitución de México) o su nacionalización cuando pertenecen a empresas extranjeras. Asociado estrechamente a las experiencias políticas de México, Bolivia y, hasta cierto punto, de Perú y Venezuela. En dichos países, organizaciones políticas como el Partido Revolucionario Institucional (PRI), el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR), la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) y Acción Democrática (AD) defienden ideas afines a esta filiación ideológica.

Peronismo: fenómeno político asociado a la personalidad de Juan Domingo Perón, presidente de Argentina entre 1946 y 1955. Durante su gestión, apoyada fuertemente en la movilización popular y en la creación de un sindicalismo estrechamente ligado al Estado, el país consiguió industrializarse, redistribuir los ingresos, fomentar la participación del pueblo en el desarrollo. Es una forma de populismo.

Populismo: alianza política de las clases medias (incluyendo a los capitalistas industriales), de los sectores oligárquicos y de los sectores incorporados del pro-

letariado para promover la industrialización bajo el control del Estado.

Radicalismo: ideología política asociada a los partidos radicales que aparecieron en Argentina y Chile a finales del siglo XIX y que llegaron al poder como resultado del apoyo que obtuvieron de grupos medios de la sociedad en el momento de la crisis del sistema de dominación oligárquico. Partidarios de la educación laica, de la separación de la Iglesia y el Estado, los radicales defendieron el desarrollo económico nacional y se opusieron al rentismo de los grupos oligárquicos. Promovieron la expansión del sufragio universal, el registro civil y la educación universal.

Reforma universitaria: movimiento social animado por los estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba en 1918 que buscó democratizar las instancias de decisión y conseguir un espacio para que los grupos medios de la pequeña burguesía encontraran posibilidades de movilidad social. Expresa el desajuste entre la masificación de la educación superior y la dificultad para proporcionar vías de ascenso social a sus egresados.

Subimperialismo: fenómeno que se produce cuando una economía periférica busca realizar el capital fuera del mercado nacional; es resultado de su integración al mercado internacional, del desequilibrio entre el crecimiento industrial y la capacidad de expansión del mercado nacional y de la compresión de los niveles de consumo y del aumento del ejército industrial de reserva.

Superexplotación: aumento de la intensidad del trabajo por el incremento del trabajo excedente mediante la prolongación de la jornada de trabajo y la reducción del tiempo necesario para la reproducción del trabajador. Se configura así un modo de producción fundado exclusivamente en la mayor explotación del trabajo y no en el desarrollo de su capacidad productiva.

Teoría de la modernización: modelo analítico evolucionista en el que se incrementa la racionalidad, se institucionaliza el cambio, se diferencian las estructuras políticas, se desarrollan altas tasas de movilidad social, y en el que predominan personalidades orientadas por el logro. Contrasta con el modelo de sociedad tradicional gobernado por orientaciones irracionales, estáticas, y no diferenciadas.

Varguismo: régimen político asociado a la persona de Getulio Vargas que gobernó Brasil entre 1930 y 1945 y entre 1948 y 1952 y durante el cual se estableció una alianza entre capitalistas industriales, clase obrera naciente y ciertos grupos militares para promover la industrialización y la modernización del país bajo un gobierno populista.

EL COLEGIO DE MEXICO

308/J88/no. 115

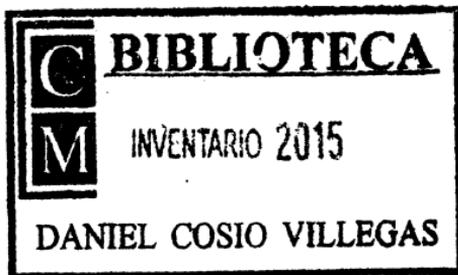


3 905 0013881 6

Este libro se terminó de imprimir
en mayo de 1990 en los talleres de
Grupo Edición, S.A. de C.V.,
Moras 543-bis, Colonia del Valle, 03100
México, D.F.

Se imprimieron 1000 ejemplares
más sobrantes para reposición.

La edición estuvo al cuidado del
Departamento de Publicaciones
de El Colegio de México.



Recuperación de la herencia ideológica pero a la vez búsqueda de los hallazgos que las ciencias sociales han logrado obtener a partir de investigaciones sobre distintos aspectos de la realidad de América Latina, cada parte de este libro se ajusta aproximadamente a una etapa del proceso histórico vivido por el continente durante el siglo xx. Pretende presentar algunos de los argumentos que ideólogos y políticos, así como sociólogos y economistas, utilizaron para caracterizar dichas etapas. Tales argumentos conforman filiaciones ideológicas que sirven de base para estructurar un discurso estrechamente ligado a la trayectoria de los sistemas políticos y a la acción de los movimientos sociales. Estos distintos elementos constituyen una unidad que pretendemos desglosar a partir de una lectura de los textos, del debate polémico sobre las alternativas planteadas y de comparaciones con los acontecimientos políticos más significativos que han ocurrido en América Latina desde fines del siglo xix hasta la actualidad.



Centro de
Estudios Sociológicos

EL COLEGIO DE MÉXICO